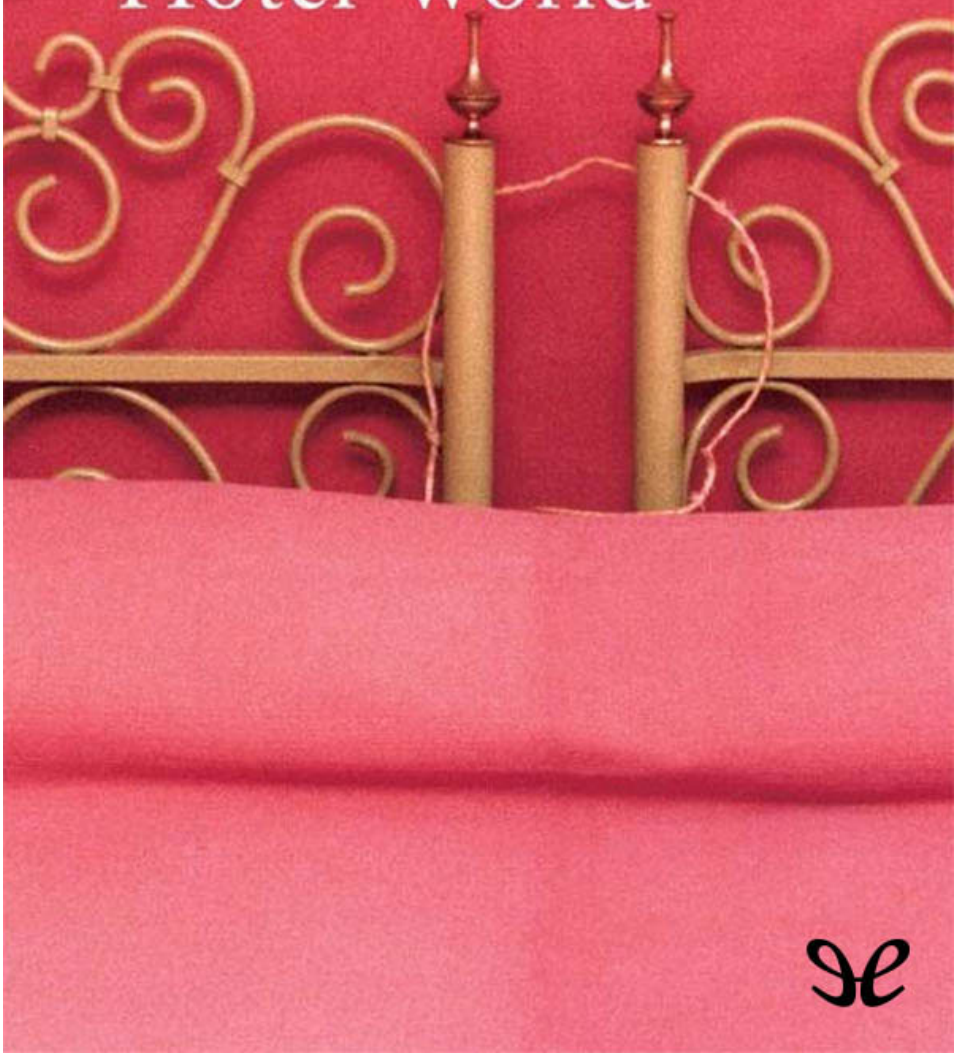
Ali Smith

Hotel World



Cinco mujeres: cuatro están vivas, tres son forasteras, dos son hermanas, una está muerta. Y todas han pasado alguna vez por el hotel.

«Hotel World» nos acoge en una noche de sus vidas. Por los pasillos caminan sus esperanzas y desencantos, cobijados en la memoria de ese lugar. Cada una cruzándose con las demás sin reparar en la casualidad de sus encuentros.

Juego, desafío, inventiva desbordante, esta novela es una alquimia de mundos opuestos que chocan para dar como resultado una parábola moderna sobre la comunicación y la indiferencia, y, finalmente, una defensa del amor.

Ali Smith

Hotel World

ePub r1.0
Titivillus 24.01.2017

Título original: *Hotel World*
Ali Smith, 2001
Traducción: María Jesús Asensio & África del Valle
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

a
Daphne Wood,
por su generosidad

Andrew & Sheena Smith,
por su amabilidad

Sarah Wood,
por todo

agradecimientos

gracias a la Royal Literary Fund por su amable ayuda a la hora de escribir esta novela.
gracias, Simon, y gracias, David.
gracias, Philippa, Angus, Kate, Frances, Xandra, Kasia y Sylvia.
gracias, Becky.
gracias, Donald.
gracias, Sarah.
el extracto de *The Child Dying*, de Edwin Muir, se ha reproducido con el permiso de Faber and Faber.

Recuerda que tienes que morir.

MURIEL SPARK

La energía es gozo eterno.

WILLIAM BLAKE

Universo amigo y enemigo,
guardo tus estrellas en mi monedero
y me despido de ti, te digo adiós.
El hecho de poder dejarte, de marcharme,
de irme, de desaparecer absolutamente,
según mi padre, es el milagro.

EDWIN MUIR

Las religiones tradicionales ponen de relieve la constancia,
los Modernistas, con sus modelos mecanicistas,
resaltan lo previsible,
pero el cosmos es mucho más dinámico
que cualquier mundo programado
o que cualquier máquina…,
cada movimiento es un gran misterio.

CHARLES JENCKS

La caída tiene lugar al amanecer.

ALBERT CAMUS

pasado

Uyyyyyyy-

yyyyyyyy qué caída qué vuelo qué descenso en picado qué carrera a la noche a la luz qué desplome qué golpe qué bajada qué prisa qué impulso qué miedo qué locura de son en susurro cómo me hago papilla qué fractura qué susto qué fin.

Qué vida.

Qué momento.

Qué sensación. Y después. Se acabó.

Ésta es la historia; comienza por el final. Era pleno verano cuando me caí; las hojas estaban aún en los árboles. Ahora es pleno invierno (las hojas se han caído hace mucho) y ésta es mi última noche, y esta noche lo que deseo yo más que nada en el mundo es tener una piedrecita en el zapato. Andar por la acera, aquí, en el exterior del hotel y notar un guijarro que se mueve dentro del zapato mientras camino, una piedrecita irregular que se clava en la planta del pie, aquí y allá, y hace el daño justo para que resulte placentero, como rascarse un picor. Imaginad un picor. Imaginad un pie, y una acera debajo de él, y un guijarro, y todo el peso del cuerpo cayéndole encima, y el guijarro incrustado en la piel de la planta o apretado contra los huesos del dedo gordo, o de los otros, o en la curva inferior, o en el talón, o en esa bola carnosa que permite al cuerpo mantenerse vertical, equilibrado y moverse por esa superficie de la tierra, aún dura, que te deja sin aliento.

Porque ahora que yo, nunca mejor dicho, me he quedado sin aliento, echo de menos continuamente una minucia como el picor. No deseo nada sino eso. Me preocupan sin cesar detalles que jamás me habrían importado ni por un momento cuando aún estaba viva. Por ejemplo, y para poder descansar en paz, mi caída. Me gustaría muchísimo saber cuánto duró, cuánto exactamente. Y lo haría otra vez inmediatamente si tuviera la oportunidad, el regalo de otra

oportunidad, la oportunidad de vivir un minuto, sesenta segundos completos, sólo eso. Lo haría si se me concediera una fracción de ese tiempo con todo el peso de mi cuerpo detrás de mí de nuevo si fuera posible (y esta vez me arrojaría voluntariamente uyy-

yyyyy e iría contando durante el descenso: un elefante, dos elefaaa…) si pudiera sentirlo otra vez, cómo me di contra el suelo, el del sótano, desde cuatro pisos más arriba, de los pies a la cabeza, muerta. Piernas muertas. Brazos muertos. Manos muertas. Ojos muertos. Muerta toda, cuatro pisos entre el mundo y yo, eso es lo que tardé en matarme, ésa es la medida, en resumidas cuentas, el breve adi…

Pisos muy altos y espaciosos, pisos de buena calidad. Nadie podría decir que no tuve un tránsito elegante; las habitaciones, reciente y magníficamente amuebladas, con camas sólidas, caras y de muy buen gusto, los techos altos, con molduras, en la primera y la segunda, y una imponente escalera a cuya parte de atrás yo caí paralela. Veintiún peldaños entre cada piso y dieciséis hasta el sótano; a lo largo de todos caí. Una distancia considerable desde la gruesa alfombra de arriba a la gruesa alfombra de abajo aunque el sótano es de piedra (lo recuerdo, muy duro) y la caída fue breve, menos de un glorioso segundo completo por piso, calculo yo ahora, tanto tiempo después del suceso, del descenso, del fin. Fue una cosa muy especial. La caída. La sensación. Un único testarazo; el vuelo hacia el amargo final, bajando y bajando hasta morder el polvo.

Un bocado de polvo estaría bien. Vosotros podéis recogerlo en cualquier momento, ¿no es así?, en cualquier momento que os apetezca, de los rincones de las habitaciones, de debajo de las camas, de lo alto de las puertas. Pelusas, partículas secas y motitas de lo-que-en-su-día-fue-piel, todos esos encantadores restos de seres vivos reducidos hasta la esencia y aglomerados con residuos de telas de araña y pequeños fragmentos de una polilla, pedacitos transparentes del ala desprendida de una moscarda. Vosotros podríais, fácilmente (porque para vosotros sería posible hacer tal cosa cuando os viniera en gana, si quisierais), mancharos la mano de polvo, enrollar esa preciosa insignificancia entre el índice y el pulgar y verla estamparse en las yemas de vuestros dedos, vuestras, únicas, de nadie más. Y después podríais quitároslo de allí lamiéndolo; yo podría lamerlo con la lengua si tuviera lengua de

nuevo, si tuviera una lengua húmeda, y lo saborearía como lo que es. Una hermosa suciedad, gris y antigua, la mugre dejada por la vida, que se pega al huesudo paladar y no sabe prácticamente a nada, lo cual es mejor que nada.

Yo daría cualquier cosa por saborear algo. Por saborear aunque fuera polvo.

Porque ahora, que casi he desaparecido, estoy más presente aquí de lo que estuve nunca. Ahora que no soy sino aire, lo que quiero es respirarlo. Ahora, que estoy en silencio para siempre, ¡ja, ja!, lo único que tengo conmigo son palabras palabras palabras. Ahora, que no puedo estirar una mano y tocar, lo que quiero es precisamente eso.

Así es como fue el final. Yo me subí al, al. Al ascensor de los platos, un cuarto pequeño esperando suspendido sobre un hueco, se me olvida la palabra, tiene su propio nombre. Las paredes, el techo y el suelo eran de un metal color plata. Estábamos en el piso de arriba, el tercero; hace doscientos años eran las dependencias de la servidumbre, cuando en la casa había sirvientes, y después fue un burdel y allí arriba vendían su mercancía las mujeres más baratas, las enfermas o las de más edad, y ahora que es un hotel y cada habitación cuesta dinero todas las noches, las más pequeñas cuestan todavía un poco menos porque los techos están más cerca del suelo en el piso más alto. Yo cogí los platos y los puse en la alfombra. Tuve cuidado de no derramar nada. Era sólo mi segunda noche. Estaba haciéndolo bien. Entré en el ascensor, para demostrar que podía; me enrosqué como un caracol en su concha con el cuello y la nuca apretujados, oprimidos contra el techo metálico, la cara entre los brazos, el pecho entre los muslos. Me hice una bola perfecta y el cuartito se balanceó, el cable se soltó, el cubículo cayó uyy-

yyyyy se rompió, y yo me rompí también. El techo se vino abajo, el suelo subió para encontrarse conmigo. Se me rompió la espalda, se me rompió el cuello, se me rompió la cara, se me rompió la crisma. La cavidad en la que estaba mi corazón se abrió y el corazón se salió. Creo que era el corazón. Se salió del pecho y se me metió en la boca. Así empezó. Por primera vez (demasiado tarde) conocí el sabor de mi corazón.

Tengo nostalgia de un corazón. Echo de menos el ruido que hacía, el calor que podía irradiar, cómo a veces me mantenía

despierta. Aquí voy de habitación en habitación y veo camas deshechas después del amor y el sueño; luego, camas limpias y preparadas, esperando de nuevo a que los cuerpos se deslicen en ellas; sábanas recién planchadas y dobladas, camas con la boca abierta diciendo *bienvenido, date prisa, métete, que llega el sueño*. Las camas son tan acogedoras. Abren la boca todas las noches, en todo el hotel, para que los cuerpos se metan en ellas con otros o solos; todo el mundo con sus corazones latiendo, ocupando espacios que otras personas dejaron vacíos, otras personas que se han marchado Dios sabe dónde, que calentaron esos mismos espacios sólo unas horas antes.

He estado intentando recordar cómo era dormir sabiendo que vas a despertar. He estado mirándoles detenidamente, a los cuerpos, y observando lo que el corazón les permite hacer. He estado viéndoles dormir después; me he sentado a los pies de camas satisfechas, de camas insatisfechas, camas que roncaban, camas indiferentes, camas con insomnio, las camas de personas que no notaban mi presencia, que no notaban a nadie excepto a ellas mismas.

Date prisa. Que llega el sueño. Los colores están desapareciendo. Hoy he visto que el tráfico era incoloro, toda la calle invernal estaba descolorida, expuesta al viento y al sol durante demasiado tiempo. Hoy ni siquiera el sol tenía color, ni el cielo. Sé lo que esto significa. He visto los lugares que antes eran verdes. No he visto apenas rojos, y ningún azul. Echaré de menos el rojo. Echaré de menos el azul y el verde. Echaré de menos las figuras de mujeres y hombres. Echaré de menos el olor de mis pies en verano. Echaré de menos el olor. Mis pies. El verano. Los edificios y las ventanas que tienen. Los llamativos envoltorios de los alimentos. Pequeñas monedas sin mucho valor, su peso en el bolsillo o en la mano. Echaré de menos oír una canción o una voz procedentes de la radio. Ver fuegos. Ver hierba. Ver pájaros. Sus alas. Sus redondos y brillantes . Las cosas con las que ven. Las cosas con las que vemos, dos, situadas en la cara, por encima de la nariz. La palabra se me ha ido. La tenía hace un momento. En los pájaros son negros y como cuentas de collar. En la gente son unos puntitos rodeados de color: azul, verde o marrón. A veces pueden ser grises, el gris es también un color. Echaré de menos ver. Echaré de menos la caída que me

destruyó, que me hizo el uyy-

yyyyy que soy hoy. Qué mierda, para siempre, per secula seculorum el mundo eterno con un final después de todo, amén. Yo volvería a hacerlo una y otra vez. Subo todas las noches desde que me caí el verano pasado (mi último verano) al último piso y, aunque el ascensor ya no está, Dios sabe dónde estará ahora, lo han quitado por alguna razón relacionada con el buen gusto (mala imagen, una tragedia, una triste historia de la que no se habla, mi muerte salió en los periódicos un día y al siguiente se la llevó el viento, un hotel tiene que seguir funcionando), el hueco sigue allí detrás de la escalera con su siniestra invitación a recorrerlo entero, y yo me tiro, y es todo lo que puedo hacer, flotar en el aire y posarme en el suelo como nieve aburrida. O si me lanzo dentro, si hago un esfuerzo especial por volar aprisa y dar contra la piedra, la atravieso como si la piedra fuera agua, o yo fuera un cuchillo caliente y la piedra, mantequilla. No puedo dejar marcas en ningún sitio. No me queda nada con lo que romper las cosas.

Imaginad que os sumergís en agua, agua que se separa alrededor de vuestros hombros para hacerte sitio. Imaginad algo caliente o frío. Imaginad mantequilla fría derritiéndose en pan calentado, de color dorado en su superficie, desapareciendo. Hay una palabra para pan calentado. Yo la sé. La sabía. No, ya se me ha ido.

Ésta es la historia. Cuando di contra el sótano quieen yo era se fracturó toda, se desconchó por arriba igual que saltan las chispas de un fuego. Fui al funeral para ver quién había sido yo. Fue un poco lúgubre. Era un día frío de junio; la gente iba con abrigo. En realidad es muy agradable el sitio donde la han enterrado. Los pájaros cantan en los árboles, y llega el ruido distante del tráfico; entonces yo oía toda la gama de sonidos. Ahora los pájaros están muy lejos, y casi no hay ruido de coches. Voy allí muy a menudo. Estamos en invierno. Han puesto una lápida con su nombre, unas fechas y una fotografía ovalada. Todavía no se ha borrado. Lo hará, con el tiempo; le da el sol del atardecer. Otras lápidas tienen también el mismo tipo de fotografía, y llega la lluvia y a medida que las estaciones transcurren por las lápidas, calentándolas y enfriándolas, la condensación se introduce bajo el cristal de los retratos. Aquel chiquillo con la gorra de la escuela puesta, al otro lado de los montículos de hierba; aquella señora mayor, esposa

querida; ese joven vestido con su mejor traje, a la moda de hace veinticinco años; todos respirando aún detrás de sus cristales. Espero que el nuestro produzca esa misma impresión de que respira también. El de ella.

Bajo la superficie, con el frío, entre los variados olores a tierra, madera y barniz humedecido, le están ocurriendo un montón de cosas emocionantes. Tal vez le hagan cosquillas las tenaces bocas de los gusanos, cosas así. Eramos una chica. Morimos jóvenes; lo contrario de viejas, morimos así. Teníamos un nombre y diecinueve veranos; todo eso lo dice la lápida. Suyo/mío. Ella/yo. Toc toc. ¿Quiii-

ééééén hay ahí? Yo. ¿Tú-

úúúú? Tú-úú misma. Alguien ha recortado la fotografía de ella para que encaje. Veo el temblor de las diligentes tijeras alrededor del borde de la cabeza. La cabeza de una chica, el pelo oscuro hasta los hombros. La boca cerrada y sonriente. Brillantes y tímidas las cosas con las que veía. Antes eran de color azul verdoso. La cabeza del cristal ovalado es la misma de los marcos que hay en los distintos cuartos de la casa, una en la habitación delantera, una en el dormitorio de los padres, una en la entrada. Yo me fijé en las personas más tristes y las seguí para ver dónde habíamos vivido. Me parecían vagamente conocidas. Se sentaron en primera fila en la iglesia. No podía estar segura. Tuve que adivinar. Pensé que era nuestra, aquella gente, y estaba en lo cierto. Después del funeral, fuimos a casa. Es pequeña; no hay escaleras, no hay espacio para una buena caída. En esa casa, una silla puede ocupar casi toda una pared. Un sofá y dos sillas saturan una habitación de tal manera que difícilmente queda sitio para las piernas de los que están sentados.

Un perro me ladró dos casas más allá. Un gato tembló al pasar por donde habían estado mis tobillos y se frotó contra el aire. Vinieron otros asistentes al funeral y la casa pareció todavía más pequeña. Les observé mientras tomaban té en medio de la falta de espacio en la que ella había vivido. Fui a su cuarto. Dos camas lo llenaban. Floté sobre una cama. Regresé atravesando las cosas. Floté sobre los tristes. Floté sobre el televisor. Floté sobre el aspirador.

Comieron salmón, ensalada y pequeños emparedados, y se marcharon; le dieron la mano al hombre de la puerta, el padre. Se sentían aliviados al irse. La oscuridad se extendía sobre las cabezas

de la mayoría de ellos cuando salían por la puerta del jardín y cerraban con un clic. Yo volví a la casa a mirar a los que quedaban. Había tres. La mujer era la más triste. Estaba sentada en una silla y las palabras no pronunciadas que le rondaban por la cabeza decían: aunque éste es mi hogar y he vivido en él veintidós años y estoy rodeada de familia y objetos familiares, ya no sé exactamente dónde me encuentro en el mundo. El hombre hizo té y quitó los platos. Toda la tarde, mientras se bebía té o se quedaba frío, él recogía las tazas en una bandeja, iba hasta la cocina, llenaba una tetera y hacía más, y luego volvía con las tazas llenas otra vez. En la cocina, abría un armario, no sacaba nada de él y lo cerraba de nuevo. Le quedaba viva una chica, otra. Ésta tenía una fisura de ira que le nacía en la raya del pelo, le cruzaba la frente, pasaba por la mitad de la cara, y le dividía la barbilla, el cuello y el pecho, hasta el abdomen, donde se retorcía en un nudo negro. Este nudo apenas servía para mantener unidas sus dos mitades. Estaba sentada abrazándose las rodillas bajo la foto enmarcada de la chica muerta. En esa foto se nos veía con corbata y cara de timidez, y sosteniendo un trofeo con la figura de un nadador.

Quedó un poco de salmón en el plato. Yo me preguntaba cómo sabría. El hombre pasó, se lo llevó, lo echó en una bolsa de plástico en el patio de atrás. Fue un desperdicio. Podría haberlo guardado. Podrían haberlo comido más tarde o al día siguiente y habría sabido igual de bueno, o mejor; yo quería que él lo supiera. Le miré con tristeza, luego azorada, y entonces me vio. Dejó caer la bolsa de plástico. Hizo ruido al dar en las losas rotas. Abrió la boca. Ningún sonido salió de ella (en aquella época yo todavía oía perfectamente). Agité en el aire mi trofeo de natación. Él palideció. Sonrió. Movió la cabeza y miró a través de mí; luego, se marchó otra vez y tiró el salmón. La mitad entera de un pez, y habría sido muy fácil quitar las espinas, estaba muy bien cocinado. Era de un rosado precioso. Aquél fue el último verano, mi (de repente) último verano. Entonces aún podía percibir toda la gama de rojos.

Me puse a practicar con la fotografía escolar que estaba encima del televisor. Aquella cara denotaba inocencia y cansancio, unos trece años, un ligero bizqueo en los, los. Las cosas con las que ella veía. Rocé la perfección con la rojez que había en ellos en otra fotografía, una en la que se veía a otras chicas, todas borrosas, con

brillos colorados y un descaro burlón en los rostros y copas en las manos. Comprobé que interpretaba a la chica que tenía que interpretar. Allí estaba, escondida en el fondo. Me esforcé mucho con la cálida mirada de la foto colocada en la repisa de la chimenea, una en la que rodeaba con el brazo los hombros de la mujer que en ese momento se encontraba sentada en la silla completamente desolada. Su madre.

Pude representar a la del óvalo de la lápida sin ningún problema. Era muy fácil. Una leve sonrisa, aunque seria; la fotografía del pasaporte para entrar en otros mundos. Pero la que más me gustaba interpretar era aquélla en la que se veía también a la hermana que había dejado atrás y que ésta llevaba guardada en su bolso y sólo la miraba cuando sus padres se dormían o ella se encontraba en un cuarto cerrado con llave. Las dos estaban sentadas en un sofá, pero a la chica muerta la habían pillado a medio decir algo, sin mirar a la cámara. Ésa era mi obra maestra, la postura, la cara risueña, lo que faltaba por decir. En ésa me costó aparecer natural.

Del verano al otoño hice todo lo que puedo hacer. Me aparecí al padre. Me aparecí a la madre. Me aparecí a la hermana. El padre fingía no ver. Cuanto más veía, más miraba para otro lado. Poco a poco fue levantando un muro desde los hombros, alrededor de la cabeza; cada vez que me presentaba añadía una hilera más de ladrillos. En otoño el muro le sobrepasaba la cabeza; fluctuante, construido de mala manera y peligrosamente desnivelado, casi rozaba el techo del cuarto de estar y chocaba contra la lámpara, que lanzaba luces y sombras al dar vueltas cada vez que él cruzaba la habitación.

Sólo me presenté dos veces a mi madre. Se echó a llorar, se sintió triste, nerviosa y asustada. Fue desagradable. Ambas ocasiones terminaron en lágrimas y semanas de insomnio. Era más considerado no aparecerme, así que la dejé en paz.

Pero la hermana me consumía con su tremenda sed. Nunca me aparecía lo suficiente para ella. Con el trofeo, con los reflejos rojos en la cara, con la sonrisa del pasaporte, con las cosas divertidas que quedaron sin decir. Todas las caras que imité se colaron y desaparecieron por la fisura que se abría a lo largo de su cuerpo. Pasó el verano, llegó el otoño y ella continuaba sombría a causa de

aquella sed; estaba más sedienta si cabe, quería más, y los colores iban desvaneciéndose. En invierno dejé de aparecerme. (Desde entonces ha sido más fácil, pienso yo, aparecerme a la gente que no reconoce lo que ve. Miré la cara partida de la chica triste y, a la vista de la intensa expresión de aquel rostro, comprendí que resulta más sencillo no tener ninguno.)

Por encima de mí, el canto de los pájaros, cada vez más lejano. Cada día un poco más lejos, más apagado, como si tuviera lana en los oídos. (Imaginad la lana. El áspero roce de las hebras.) Me senté unos centímetros más arriba de la tumba sobre el aire mullido. Era sábado por la tarde; estaba aburrida de trastornar a la familia, aburrida de aparecerme al azar a gente que no sabía quiénes éramos. Las hojas amarilleaban en los árboles. El césped, cuidado y nuevo, languidecía con el invierno, y bajo esa alfombra empapada estaba ella y dos magníficos metros de tierra removida y amontonada. Miré el pasaporte del óvalo, la forma del rostro que habíamos llevado juntas. Bajo la tierra dormía ahora. Ella no podía subir. Pero yo sí podía bajar. Atravesar el légamo, los huevos puestos por criaturas de muchas patas y las termitas, sus voraces larvas, esperando todas a que llegue, para salir, la estación que viene después del invierno, no recuerdo cómo se llama, la estación en que las flores brotan de nuevo pase lo que pase.

Y allá bajé, a más profundidad que los inertes bulbos, hasta que traspasé la tapa del habitáculo de madera, suave y lujosa por fuera, de aglomerado barato por dentro. Me introduje por última vez en nuestra antigua figura, alzándola por los hombros y penetrando en sus piernas y brazos y a través de sus astilladas costillas; pero encajé mal, estaba rota y pudriéndose, así que quedé mitad dentro mitad fuera de ella bajo los fruncidos del interior del habitáculo, fríos, lo reconozco, y de un rosa inútil en la oscuridad.

Las cosas con las que veía se han ennegrecido. Le sellaron la boca. Hola, dijo a través del pegamento. ¿Otra vez tú? ¿Qué buscas?

¿Qué tal estás?, pregunté. ¿Duermes bien?

(¡Me ha oído!) De momento bien, contestó. Bueno, ¿qué? Más vale que tengas una buena razón.

Sólo me gustaría, susurré, llevarme una cosa a la superficie. La única cosa. Hoy es sábado. ¿Lo sabías? La semana pasada tu hermana plantó azafrán de primavera sobre tu cabeza, ¿lo sabías?

¿Quién?, dijo ella. ¿Qué? Que te den por el culo. Déjame en paz. Estoy muerta, por el amor de Dios.

Tengo que saber algo, dije. ¿Recuerdas la caída? ¿Recuerdas cuánto tardamos en caer? ¿Recuerdas qué sucedió antes? Por favor.

Silencio. (Pero sabía que me oía.)

No me iré hasta que me lo digas, insistí. No me iré hasta saberlo.

Silencio. Así que esperé. Me quedé allí tumbada en la caja, a su lado, durante días. Ni que decir tiene que no dejé de importunarla. Le manoseaba los puntos de sutura. Entraba y salía de ella. Me colaba por una oreja y aparecía por la otra. Cantaba canciones de los musicales del West End («oh qué mañana más hermosa; todo lo que deseo es un sitio en alguna parte / aislado del aire frío de la noche; adiós pero vuelve pronto; por favor, por favor / persígueme, dispárame / seguiré amándote»), se las cantaba en la nuca, hasta que las protestas de las tumbas vecinas me hicieron callar. Entonces me dediqué a meterle sus propios dedos por aquella nariz con tapones, a pellizcarle los lóbulos de las orejas.

Me perdí tres salidas y tres puestas completas de sol (días preciosos para mí aunque no para ella, allí tumbada con los bolsillos llenos de arena y una capa de tierra por encima, tan a gusto y segura en su túnel de días y noches que pasan y pasan sin ningún sótano al final) hasta que por fin dijo sin pestañear:

Vale, vale, te lo diré. Si prometes marcharte y dejarme en paz.

De acuerdo, me iré, trato hecho, respondí.

¿Lo juras?, preguntó.

Por tu madre, contesté.

Cristo bendito. Mi madre. Regla número uno de aquí abajo. Nada de recuerdos, dijo. Y número dos. Sólo la caída; nada más, ni una cosa más.

Vale, convine. Es lo único que quiero.

¿Qué es lo que sabes?, preguntó a través de los dientes apretados. ¿Hasta qué momento tengo que remontarme?

Bueno, sé que sacamos los platos de la habitación pequeña, dije. Sé que tuvimos cuidado. Recuerdo que nos acurrucamos dentro de la habitación, con las piernas encogidas como las de un feto, pero no recuerdo por qué. Y recuerdo la caída, uyyyyyy-

yyyyyyyy ya lo creo.

Di patadas con nuestras piernas en las finas paredes de madera.

Noté que no le hacía ninguna gracia. Con el suspiro de un muerto dijo:

No era una habitación. Demasiado pequeño para ser una habitación. Era un montaplatos, ¿te acuerdas?…

(Ésa es la palabra, así se llama; eso *es*; montaplatos montaplatos montaplatos.)

… y ésta es la historia, ya que tantas ganas tienes de oírla. Dichoso el que se da cuenta de que es demasiado tarde justo una fracción de segundo antes.

¿Demasiado tarde? ¿Demasiado tarde para qué?, pregunté.

Sin interrupciones, replicó. Ésta es mi historia, ahí va, ¿estás escuchando? Me enamoré. Me enamoré perdidamente. Me cogió por sorpresa. Fui feliz, y luego desgraciada. ¿Qué podía hacer? Toda mi vida había esperado enamorarme de algún chico, de algún hombre, había estado esperando y mirando. Y un día se me paró el reloj. Pensé que a lo mejor se había metido agua en él y lo llevé a la tienda de enfrente del mercado. ¿Sabes la que te digo?

No, pero la encontraré, contesté.

Bien, dijo ella. Las manecillas se habían parado a las dos menos diez, aunque no era esa hora realmente. Me lo quité de la muñeca y lo puse en el mostrador y la chica que había al otro lado lo cogió para examinarlo. Lo tuvo un rato en las manos. Unas manos serias. La miré a la cara para saber lo que iba a costarme, y cuando lo hice, cuando vi cómo fruncía el ceño mientras tocaba, giraba y sacudía mi reloj, cuando vi en su rostro aquel momentáneo gesto de concentración mientras sostenía la esfera, no pude evitarlo. Caí rendida. Ella vende relojes, de todas clases, y correas y pilas. Se encarga de enviar fuera los relojes de la gente para que los limpien de nuevo y vuelvan a funcionar. Ella está allí rodeada de relojes en vitrinas, en estuches, relojes por todas las paredes, no tenía ni idea de que hubiera tantas clases de relojes para poder elegir, y todos ellos con las manecillas paradas señalando diferentes, posibles, horas del día. El único reloj que funcionaba en la tienda aquella mañana era el que ella tenía en el brazo, haciendo tictac en el cálido reverso de su muñeca. Abrió la caja de mi reloj parado y comprobó la pila. Sekonda.

¿Es así como se llama la chica?, pregunté.

Te aviso, respondió ella a través de su boca cerrada. Sólo te lo

voy a contar una vez, ¿recuerdas? Hemos hecho un trato. Sekonda era la palabra escrita en el reloj, el nombre de la clase de reloj. Es la primera palabra que me dijo. ¿Sekonda?, así, con entonación interrogativa. El mío también es Sekonda, añadió. Giró la palma de la mano hacia arriba y me mostró la esfera de su reloj. Tenía números romanos. Luego dijo: Hay que enviarlo fuera. Tardará unas tres semanas, quizá más. Te costará treinta y cinco libras aproximadamente. Eso es lo normal, pero podría costarte más, eso no se puede saber. Podrías comprarte uno nuevo por menos. ¿Quieres que lo mande a arreglar de todas maneras? Sí, contesté; no se me ocurría otra cosa que decirle. Tienen que arreglarlo los expertos, explicó ella. Los relojes Sekonda siempre se envían fuera. No podemos arreglarlos aquí. Sí, dije yo, sí, y cogí el recibo que ella me tendía y salí de allí, con la campanilla de la puerta sonando a mis espaldas.

Fuera de la tienda me apoyé en la pared con el tintineo aún en los oídos. Crucé los brazos sobre el estómago con fuerza. No sabía qué me pasaba. Pensé que podría volver a entrar en la tienda y decir, tu reloj es mucho más bonito que el mío, quiero uno con números romanos, dame uno igual que el tuyo. Pero no me moví. Era incapaz de moverme. Me quedé allí fuera escuchando los latidos de mi corazón. Me sentía rara, distinta.

Entonces me di cuenta. Me había enamorado, y había sido de la chica de la relojería. Era feliz. Y tenía un recibo.

(Me estiré encima de ella en aquel habitáculo enterrado. No había mucho espacio; era una suerte ser incorpórea. La historia me había hecho olvidar que estábamos muertas. Pero la miré y vi la adusta expresión de su boca cerrada, con las comisuras caídas.)

Así que arrugué el recibo en la mano, continuó. Metí la mano con el recibo caliente en el bolsillo. Aquel día, durante tres horas enteras, paseé por las calles como si fueran mías, como si el mundo entero fuera mío.

Después fui a nadar.

Era un cálido día de mayo; fui a la piscina al aire libre. ¿Sabes cuál te digo?, la que tiene los vestuarios anticuados, con puertas de madera, de esas que se abren y se cierran como las de los bares de las películas del Oeste.

Nos gustaban mucho las películas del Oeste, ¿te acuerdas?,

comenté yo.

Nada de nostalgias, protestó ella. Normas de aquí abajo. ¿Qué te estaba diciendo? Ah, sí. Busca la piscina también.

Aquel día nadé como si hubiera nacido para eso. Era feliz, y el agua me impulsaba hacia delante. Volví a mi vestuario y me puse la toalla alrededor del cuello. Estaba secándome el pelo cuando oí que pasaba algo, un alboroto junto a la piscina. Miré para ver qué ocurría. Dos críos señalaban en mi dirección. Algunas personas se asomaban desde un lateral y también me hacían gestos desde los asientos de la parte de arriba. Una chica, subida en el trampolín con el cielo de fondo, estaba observando; arriba y abajo, en todos los rincones había gente mirando, incluso dentro de la piscina, apoyada en el borde y echando agua por la nariz; algunos se reían. Noté cierta sensación de frío bajándome por la espalda.

Pero el frío que sentí era sólo el agua que me escurría del pelo; no estaban mirándome ni señalándome a mí. Claro que no. Miraban algo que había cerca de mí, a mi lado. Asomé la cabeza un poco más para ver de qué se trataba, y esto es lo que vi.

Una mujer de mediana edad, tres vestuarios más allá, estaba tratando de cerrar las puertas de su cabina. Sólo que las puertas no se cerraban. No es que fuera una mujer enorme pero los vestuarios de señoras son pequeños y su barriga sobresalía, impidiendo que las puertas se cerraran. Salió e intentó entrar al revés, pero las puertas seguían abiertas. Y así se quedaron sobre la curva de su trasero. Entonces retrocedió y trató de entrar de lado, pero fue aún peor. Daba la impresión de que llevaba un buen rato con ese trajín.

Volví al agua y nadé hasta el otro extremo. La gente me hizo sitio, se apartó para que pudiera sentarme en el borde con las piernas en el agua y mirar como ellos.

Y vi como ellos. Para entonces la mujer se había dado por vencida y había empezado a quitarse la ropa con las puertas abiertas, pero no tenía suficiente espacio para poder levantar los brazos o agacharse, así que se quedó fuera. Se descalzó. Se inclinó para quitarse las medias y le vimos la parte superior de las piernas. Alguien le silbó. Todos se echaron a reír. Alzó los brazos por encima de la cabeza para sacarse la prenda de arriba. Cuando volvió a asomar la cabeza se la veía toda colorada y nerviosa. Estaba en ropa interior. Jaleábamos al vigilante, que corría por el borde de la

piscina para impedir que se desnudara del todo. Otro vigilante recogió la ropa del suelo. Con uno a cada lado, igual que un ladrón escoltado por la policía o conducido a un tribunal, la sacaron de allí entre voces y aplausos. Iba descalza, con la falda puesta todavía, y sólo el sujetador de cintura para arriba. Se le veía la piel fláccida bajo los brazos. Un hombre le gritó que se tapara. Oí murmullos femeninos de adhesión. Si se metiera en la piscina, no quedaría espacio para el agua, y menos para nosotros, dijo un señor que estaba a mi lado; miraba mi cuello mojado, y yo hice un gesto con la cabeza y sonreí porque estaba tonteando conmigo, y me tiré de nuevo al agua.

Después todos en la piscina parecían muy animados. Les oía mientras trataba de vestirme con la piel aún tan húmeda que la ropa se me quedaba pegada. Cuando me marchaba, varias personas me dijeron adiós, como si fuéramos viejos amigos, como si nos conociéramos bien unos a otros, como si hubiéramos pasado juntos por alguna experiencia.

Estaba tumbada en la cama aquella noche y mi hermana pequeña se desnudaba para acostarse en la suya. Clavó en mí los ojos. ¿Qué miras?, me preguntó. Yo había estado observando, contemplando, sin darme cuenta, la forma de su cuerpo, su vientre y la parte que tapaban las bragas, y había estado pensando en cómo sería el cuerpo de la chica de la relojería sin ropa. Era la primera vez en mi vida que se me ocurría pensar algo así de alguien, y sentí un remusguillo de vergüenza en las tripas que se me extendió por todo el cuerpo. Nada, contesté. Joder, pues no lo hagas, tía rara, soltó mi hermana y me dio la espalda para meterse la parte de arriba del pijama antes de desabrocharse el sujetador. Cuando se volvió de nuevo no quería mirarme, pero tenía la cara colorada, como si ella también estuviese avergonzada. Se metió en la cama, apagó la luz y nos quedamos a oscuras.

En aquella oscuridad decidí ponerme a pensar un poco más en la chica. Era mucho más fácil sin luz. Así no parecía ni mucho menos tan arriesgado como hacerlo inconscientemente con la luz encendida. Pensé en ella hasta que me di cuenta de que mi hermana dormía, respirando como si respirar le resultara difícil.

Sabía lo que mi hermana pensaría. Pensé en lo que mis padres pensarían; les oía respirar al otro lado de la pared. Lo que nuestros

vecinos pensarían; ellos también respiraban al otro lado de la otra pared. Lo que Siobhan y Mary y Angela, y todos los chicos, todos mis amigos de ir de copas pensarían. Lo que pensaría la gente que me conocía. Lo que pensaría la gente que apenas me conocía o no me conocía en absoluto. Lo que pensaría la gente de la piscina al aire libre, por ejemplo, si yo me quitara toda la ropa allí, delante de ellos hasta quedarme en cueros y con el corazón latiendo violentamente.

El corazón me latía violentamente.

Regresaría al día siguiente con el recibo y sencillamente pediría mi reloj, y la chica sencillamente cogería el recibo, buscaría mi reloj estropeado, me lo devolvería y, al entregármelo por encima del mostrador, sencillamente miraría, me miraría, y me vería.

Al día siguiente volví a la relojería. Me quedé fuera.

Al otro día después de ése fui a la relojería y me quedé fuera.

Hice lo mismo durante tres semanas los días laborables, también los sábados. Su día de descanso variaba. Su hora del almuerzo variaba. Podía ser en cualquier momento entre las once y media y las cuatro. Todos los días de la tercera semana comió a las doce y media, y todos los días de esa semana ella abría la puerta, haciendo sonar la campana, se despedía con la mano de alguien que quedaba en la tienda y soltaba la puerta para que se cerrara tras ella, cruzaba la acera, andaba por la calle, hacia mí, derecha hacia mí, y pasaba de largo, a sólo unos centímetros. Era muy guapa y miraba a través de mí al pasar, como si yo no estuviera.

Enamorarme de ella me había hecho invisible.

El decimoctavo día de espera me permití contemplar una última vez la espalda de su chaqueta marrón cuando pasó. Me fui a casa. Me encerré en nuestro dormitorio. Doblé el recibo tantas veces como fue posible, hasta que se abría él solo en mi mano, y lo metí en la caja de música del tocador. Era de mi madre, de los años sesenta, de cuando ella era una chica. Al abrirla, se despliega una bailarina de plástico, suena un chasquido y gira sobre un pedestal; tiene un pie sujeto a él con pegamento. Sólo tiene una pierna, se supone que son dos, pero están pegadas juntas. Los brazos forman un círculo. Las manos, unidas por encima de la cabeza; los dedos, fundidos unos con otros. Mientras gira, se oye una melodía. El tema de Lara, de *El Doctor Zhivago*. Suena mal. Inserté el recibo doblado

en el espacio que hay bajo el pedestal al extremo de la pierna. La música se paró cuando cayó la tapa, y la bailarina se plegó. Volví a poner la caja en su sitio y me dispuse a salir. Tenía prisa. Era la primera noche en mi nuevo empleo.

La primera noche, un chico que trabajaba en el servicio de habitaciones dijo que él me enseñaría cómo funcionaba todo.[1] Había mucho trabajo, era fin de semana. La segunda noche estábamos en el piso de arriba. Era lunes. Apenas había huéspedes en aquella planta. No recuerdo el nombre del chico. Me contó la historia del hotel. Llevaba los bolsillos llenos de bebidas para reponer en los minibares. Andábamos entreteniéndonos, sentándonos en las camas de las habitaciones vacías, viendo la televisión con subtítulos y el volumen muy bajo para que nadie se enterase de que estábamos por allí. Era bastante temprano, alrededor de las diez y media. Él metía la vajilla en el montaplatos. Bajo la cubierta metálica, alguien había dejado un filete y casi todas las patatas fritas. Yo comí unas cuantas. No hagas eso, me aconsejó; yo que tú no lo haría, no llevas aquí trabajando el tiempo suficiente para saber por dónde ha pasado. Yo le dije: Te apuesto cinco libras a que quepo ahí. Saqué la bandeja. Casi dejo caer la salsa en la alfombra, pero no se derramó; la dejé en el suelo y me metí dentro, me acoplé perfectamente y estaba girando la cabeza para decirle lo que me debía, cuando.

Ya sabes el resto, dijo ella. Estabas allí.

Nuestro cuerpo roto al fondo del túnel. Yo estaba allí. Uyyyy-

yyyyy, sí, qué sensación en aquel momento. Eso me hizo recordar. ¿Cuántos segundos?, pregunté.

Se acabó el tiempo, dijo ella. Es tu historia. Vete.

Pero ¿cuánto duró exactamente?, pregunté otra vez. ¿No recuerdas exactamente cuánto tardamos en caer?

No, dijo ella.

¿Pero qué cuerdas te enseñó el chico? ¿Eran largas o cortas? ¿Influyó eso en la velocidad de la caída?

Por lo que más quieras, joder, contestó. Te he contado todo lo que sé.

Estaba perdiéndola. Probé con otra táctica. ¿Te acuerdas de aquella piscina?, dije. ¿Te lanzaste alguna vez a ella desde el trampolín de arriba? ¿Era muy alto? ¿O desde el trampolín de

arriba de otras piscinas? Porque yo calculo que fue así, el mismo uyyy-

yyyyy sólo que quizá más.

Por supuesto que sí, dijo ella. Tú sabes que sí. Era muy buena en eso. Sabía hacer el doble salto mortal. Mira, esto ya está resultando molesto. Vete. Dijiste que te irías. Ya te lo he contado. ¿No tienes un hogar adonde ir? ¿No tienes que irte al cielo o al infierno o a algún sitio?

Enseguida, dije yo (a Dios sabe dónde).

Cuanto antes, mejor, dijo ella. Tengo sueño. Márchate. No vuelvas. Ya no tenemos nada que hacer juntas, y se cerró como una tapadera. Así que volví a subir. La dejé allí, dormida, deshilachando cada una de las letras del nombre que compartíamos y deshaciéndose de las hebras que hacían que no fuese el nombre de nadie más.

Quiero preguntarle otra vez el nombre de las cosas con las que vemos. Quiero preguntarle el nombre del pan calentado.

Ya lo he olvidado otra vez, el nombre del ascensor para los platos. Me ha fatigado contaros su historia, a todos vosotros que pisáis la acera, que veis, oís y pasáis aburridamente hacia un lado y otro por delante de la puerta principal del hotel. Pierdo las palabras; se desparraman por la tierra igual que las esquirlas de granito que saltan de una piedra al grabar un nombre. Yo subí a través de la tierra. Un bocado de tierra estaría bien, oscura y sustanciosa, esponjosa y áspera y pegándose a la lengua, desmenuzándose debajo de ella y entre los dientes como mostaza. O un puñado de tierra; turba cubierta de hierba que se desmiga como un buen preparado para hacer bizcocho si se frota entre los dedos, que se espesa como pintura si lo untas con un poco de saliva.

Si yo tuviera saliva, dedos, manos, boca.

Vosotros podéis meteros tierra en la boca ¿a que sí? Vosotros, sí, vosotros. Tenéis manos. Podéis cogerla con ellas. Yo la atravesé y me fue imposible retener ni un poco. Me elevé sobre pasos elevados que crujían con el peso del tráfico. Vi hierba llena de basura en las orillas de las estaciones; un frigorífico desechado; un coche quemado; un mueble viejo podrido por la lluvia. Vi la piscina debajo de mí. La habían vaciado para los meses fríos. La oscuridad se acercaba. Las hojas muertas volaban en círculos en la parte más

honda.

A ambos lados vibraban las hileras de puertas, bien cerradas de cara al invierno. Un gorrión esperó a que las hojas se quedasen quietas, saltó al fondo de la piscina y ladeó la cabeza. No había nadie allí. Ni nada para comer.

Tengo que daros un recado, les dije al gorrión y a la piscina vacía. Escuchad. Recordad que tenéis que vivir.

El trampolín más alto se balanceó levemente debajo de mí, agitado por una brisa extraña.

¿Adónde podía ir yo? De vuelta al hotel. De camino, vi una muralla de rostros movedizos que caían como agua. Éstos son: vi a una mujer joven caminando penosamente por una calle; acarreaba cosas voluminosas e incómodas de llevar. Vi a un hombre sobre el tejado abierto de una casa, con el pelo y la nariz cubiertos de polvo blanco; tenía un lápiz detrás de la oreja. Vi a una fila de gente; un hombre con las manos debajo de la falda de la mujer que le acompañaba. Él estaba levantándola por la ingle; los dos se reían, tenían cara de borrachos contentos. Las otras personas de la fila vacilaban entre la discreción y la ira. Vi el interior de la cabeza de un hombre; pensaba en cuchillos y sangre.

Vi un anciano con las manos alzadas hacia un joven que se iba en un coche lleno de cosas. El viejo siguió con una mano en el aire un buen rato después de que el coche se hubiera marchado y luego se quedó junto a la tapia del jardín entre los gorjeos de los pájaros y la nada. Me olía a pasteles, vagamente. En la cafetería, una mujer estaba sentada a una mesa leyendo en el periódico la historia de una familia que había hecho un viaje en barca y se los habían comido los tiburones a todos excepto a uno. Lo leyó en voz alta, piernas cercenadas y cabezas mordidas, a la mujer de la barra, que se reía, horrorizada. El humo del cigarrillo formaba espirales y se detenía con su risa, ensuciándole la garganta. Vi un coche en un aparcamiento distante bajo la lluvia del atardecer. Llevaba una L en la parte de adelante y otra L en la de atrás, y dentro un chico y una mujer hacían un ruido sordo al golpear contra los asientos. Ah, el amor. Todo el peso de otro ser. La mujer sostenía una tablilla con pinza bajo un brazo, con el otro rodeaba al chico, que estaba muy acalorado. Los dos desprendían vapor, que escurría por las ventanillas del coche.

Se lo dije a todos ellos.

Se lo dije a todo el público de la cola del cine. Estaban esperando para ver algo. Se lo dije a todo el mundo en Boots, la farmacia. Estaban esperando para comprar medicinas. (Imaginad un glorioso catarro nasal. Imaginad una infección vaginal como si un tordo os picotease en la ingle. Imaginad que sois un color y la sensación de dejar de serlo.) Fui al supermercado; los pasillos estaban rebosantes de alimentos. Se lo dije a las cajeras. Estaban esperando a que terminara la tarde del sábado. Era su peor día.

Recordad que tenéis que marcharos.

Era casi de noche. Encontré una tienda con los escaparates llenos de relojes. Había una chica sentada sola, con un brazo apoyado sobre el cristal del mostrador. Debajo había relojes. Detrás había relojes. Ella estaba mirándose la muñeca, donde la manecilla que se movía en la esfera de su reloj avanzaba y se detenía, avanzaba y se detenía, avanzaba y se detenía.

Pasé a través de ella. No pude resistirme. No sentí nada. Espero que fuese la tienda que yo creía. Espero que fuese la chica que yo creía. Ella sacudió los hombros y se libró de mí.

Puse el espacio donde había estado mi boca a un lado de su cabeza. Le dije:

Tengo un recado para ti. Escucha.

Movió la cabeza para arreglarse el pelo. Se rascó la nuca. Volvió a poner la mano sobre el mostrador y se quedó observando el reloj, los segundos, haciendo tiempo.

¿Uyyyy-

yyyyyy? ¿Algo esta vez? No, nada. Lo intento de nuevo. Nada. Sólo el sueño, que llega. El tiempo, casi acabado.

Es mi última noche aquí. Doy vueltas por el hotel y evoco las piedras, el polvo, la tierra. Unas habitaciones son pequeñas, otras son más grandes. El tamaño determina el precio.

Me deslizo por los corredores, invisible como el aire acondicionado. Vuelo por el restaurante de mesa en mesa, de plato en plato de *nouvelle cuisine*. Me filtro por la puerta de la cocina; fuera, en la parte de atrás, hay apilados contra la pared cinco cubos de basura llenos de comida desperdiciada.

Me quedo flotando en recepción como el hilo musical. Me reconoceréis; soy una melodía tristemente conocida. Subo y subo

por los brillantes pasamanos hasta el piso de arriba, atravieso la puerta de una de las habitaciones, recorro la alfombra, traspaso la ventana más alta y caigo dando vueltas por la fachada del edificio (hasta el enlosado con el nombre del hotel que todas las mañanas limpia con el cubo y la fregona, sin tener en cuenta el tiempo que hace ni la oscuridad ni la luz, la señora cansada a quien mañana ya no veré y echaré de menos). Uyyy-

yyyyy tengo un recado para ti, le digo al cielo oscuro de encima del hotel, y a las ventanas iluminadas a las cuatro y media de los lados, de la fachada y de la parte de atrás, y a las puertas que giran con la gente que entra y que sale.

Aquí hay una mujer a la que tragan las puertas. Va bien vestida. No lleva nada a la espalda. Su vida podría estar a punto a cambiar. Ahí hay otra dentro, con el uniforme del hotel y trabajando en su escritorio. Está enferma y no lo sabe todavía. La vida es cambio. Aquí hay una chica, junto a mí, tapada con mantas, sentada justo delante de las puertas del hotel, en la acera. Su vida, unas monedas de cambio.

Ésta es mi historia.

Recordad que tenéis que vivir.

Recordad que lo importante es amar.

Lo demás, bruma, hojas…

(Echaré de menos la bruma. Echaré de menos las hojas. Echaré de menos el, el. ¿Cuál es la palabra? Perdido, la he, la palabra. La palabra para. Ya me entiendes. No me refiero a una casa. No me refiero a una habitación. Me refiero al modo de Muerta para el . Fuera de este Palabra.

Floto caigo me rompo entre esta palabra y la siguiente.

Cronometradme, por favor.

Vosotros. Sí, vosotros. Os hablo a vosotros.)

presente histórico

Else está fuera. Un poco de cambio es lo único que ha conseguido, casi todo monedas de cobre de un penique, de cinco, de diez. Alguna moneda esporádica brilla todavía como recién salida de una caja registradora de Marks & Spencer, pero la mayoría están deslucidas entre tanto manoseo y el frío. Nadie echa de menos un penique, ¿a que no? que se ha caído de la mano o de un bolsillo al suelo de la calle. Hay uno ahí, junto a un pie de Else. ¿Quién necesita un penique? Algún jodido don nadie. Resulta graciosa la idea de joder con nadie, un espacio donde podría haber un cuerpo y tú moviéndote adelante y atrás contra el aire.

Si Else se inclina hacia delante, podrá alcanzar esa moneda de un penique sin tener que levantarse.

Se inclina. Le duele al inclinarse.

Deja de intentarlo. Ya lo cogerá cuando se vaya.

Está

(¿M d ns mnds?)

sentada cerca de una rejilla por la que sale un poco de calor. Es un buen sitio este en el exterior del hotel, y es suyo, si se coloca dentro del hueco del muro que hay en las proximidades de la puerta principal, bastante bueno y digno, y lo suficientemente alejado como para que el personal del hotel la deje en paz. Levanta la vista. El cielo es su techo. Se está echando encima, el anochecer. En la cornisa más alta del edificio de enfrente se han congregado los estorninos y están acomodándose y desacomodándose entre revuelos y peleas con las patas y los picos. Huevos de estornino: color azul claro. Hacen los nidos con hierba y plumas, algunas veces con trocitos de basura, en árboles, aleros o boquetes en los muros. Son verdaderos pájaros urbanos. Tienen estrellas pintadas en el pecho. Al anochecer se apiñan en el cielo y giran al unísono en majestuosos movimientos.

Ya ha caído la noche; la calle que hay entre los edificios está iluminada por farolas y las luces de la fachada del hotel, la de las tiendas y las de los coches que pasan. A Else le duele el cuello de tanto mirar hacia arriba. Baja la vista por un lado del edificio. Sí. Ha vuelto esa chica, sentada en los escalones de El Mundo de las Moquetas. Sí, es ella. Está convirtiéndolo en una costumbre. Todo el mundo sabe que éste es el territorio de Else. Pero esa chica se comporta como si no lo supiera. Tiene la capucha puesta, pero es ella sin duda.

Else observa a la chica. La chica observa algo que está junto a Else. Else deja de mirar. Alguien pasa y se comporta como si hubiera visto a Else pero hubiese decidido no prestarle atención; la mayoría de la gente no ve a Else en absoluto, así que resulta razonable pensar que con una persona como ésta, si Else pide, algo obtendrá.

(¿M d ns mnds, pr fvr?)

Dos monedas de diez peniques.

Métete una moneda de diez peniques en la boca y muérdela y si tienes los dientes débiles se te romperán. ¿Qué metal es más duro, la plata o el cobre? No es plata maciza. Es una aleación. Lo buscará en la enciclopedia de la biblioteca el próximo día que llueva, si la biblioteca está abierta. Ya lo ha buscado una vez, pero lo ha olvidado. Está casi segura de que la más dura es la de diez peniques; parece lógico. Una vez, Ade y ella se llenaron la boca con todas las que pudieron. Él podía meterse más que ella; tenía la boca más grande, ¡ja!, ¡ja! Se le infló la cara como la de un hámster; ella veía la forma de los cantos de las monedas abultándole en las mejillas. Te deja la cabeza pesada, el dinero, si te llenas la boca de él.

Le hace reír pensar en aquello. Reírse duele. El dinero acabó en sus manos cubierto de saliva; él escupió sus monedas en las manos de ella, y aquello terminó pareciendo un reluciente vómito. Quédatelo, dijo él, lo necesitas más que yo. Jesús, debían de estar borrachos o colocados o algo así; no ignoraban lo sucio que suele estar el dinero y aun así se lo metieron en la boca. El sabor era a metal. Después, cuando Ade la besó, le supo a metal también. Él le pasó una moneda de diez peniques a la boca de Else con su propia lengua, más adentro de los dientes, dejándola en la de ella como una hostia de comulgar; Else la mantuvo ahí como si fuera a

derretirse, luego abrió la boca y se la sacó. La fecha grabada era 1992. Dios. Habían besado todas

(¿M d ns mnds?)

las monedas de diferente tamaño que llevaban consigo, la cara y la cruz, como en un juego, a ver a qué sabía cada una.

Else intenta recordar.

Recuerda el sabor de aquel beso con más claridad incluso de lo que recuerda a Ade, cómo era él, cómo era su cara. Todo un periodo puede reducirse a un único sabor, un instante. Una persona a un pequeño fragmento de sí misma. De vez en cuando restriega una moneda contra el jersey y se la lleva a la boca; la plata tiene un sabor más limpio que el cobre. El cobre sabe a carne estropeada; el canto de las monedas de uno y dos peniques es liso; el de las de cinco y de diez está cortado en pequeños surcos; aunque son pequeños resultan grandes al tacto con la punta de la lengua. La punta de la lengua es muy sensible. El peso de una libra es realmente sorprendente. Else recuerda haberse sorprendido mucho. *Nemo me impune lacessit*. Ése es el lema que lleva. Lo que se puede ir siguiendo con la punta de la lengua en el canto del dinero de peso.

Else tiene siempre ese sabor en los dedos, siempre latente en la garganta. O quizá el sabor del dinero, o del amor, es exactamente el mismo que el de las flemas.

Else levanta la vista, hacia el otro lado de la calle. Aquella chica tiene hoy puesta la capucha y la gente le va a dar menos dinero porque no distingue si es chico o chica. Con la capucha quitada conseguiría mucho más. Aunque no se le está dando mal del todo. Sin duda le está yendo mejor que a Else. Pero, bueno, con la capucha bajada le iría mucho mejor. Else debería acercarse hasta allí y decírselo. Esa chica no tiene ni idea. Llegó a las cuatro y diez. Da la impresión de tener catorce años, como mucho quince; se nota que ha ido al colegio. Tiene cara

(¿M d ns mnds?)

de ser buena estudiante. Lleva el pelo demasiado brillante y bonito, bajo esa capucha. No parece que ande mal de dinero. Cambia de ropa. Tiene más de un abrigo. Y pinta de haberse escapado de casa, pero hace poco, una recién llegada. Así que le dan dinero con facilidad, ya lo creo, tiene la misma cara que aquellos cándidos cachorrillos que había en las tapas de las cajas de bombones que

nos daban hace años, si se los comparara con un gato o un perro de verdad. Lo único diferente es que esta chica parece muy triste, apagada. Tiene el color del hielo pisoteado en un charco. A Else le da mucha pena.

Pero se diría que la chica no quiere dinero, de todos modos. Ni siquiera parece ver las monedas que le tiran delante de ella. Siempre que está ahí ocurre lo mismo; consigue una auténtica fortuna que no parece querer ni una puta vez. Else recuerda lo que era tener su edad y no importarle nada. Eso hace que te den más, los viandantes, así que ellos sí deberían importarte. Algunas personas hasta le han dado billetes. Else lo ha visto. Se ponen en cuclillas ante ella y hablan, meneando la cabeza con seriedad, gesticulando con seriedad, y la expresión de la chica es como sería la de alguien si, si…, a Else no se le ocurre qué. Sí, como si esa chica se despertara, se levantara de la cama, bajara las escaleras, saliera a la calle

(¿M d ns mnds?)

y se encontrara con que por alguna razón la gente de toda la ciudad hablara algo que ella desconoce, como noruego, o polaco, o cualquier otra lengua que ella ni siquiera sabe que es una lengua.

La gente pasa de largo. No ven a Else, o no quieren verla. Else les observa. Llevan teléfonos móviles pegados a la oreja y es como si se sostuvieran los lados de la cara y la cabeza en una especie de agonía. Los que llevan móviles con auriculares parecen unos locos, hablando solos en su propio mundo. Todo eso le hace reír a Else, y le resulta doloroso, reírse. El cielo es el techo, los edificios son las paredes; tiene el muro del hotel a sus espaldas, sujetándola. En su interior, otro muro la mantiene erguida, va desde el vientre hasta la garganta y está hecho de flemas, y algunas veces, cuando no puede toser, cuando tiene que toser, y no puede evitarlo, el muro se derrumba. Se lo imagina rompiéndose como cemento cuarteado. Pero tiene su utilidad. La mantiene erguida. La sostiene tan derecha como lo está la pared del hotel.

Ella imagina dónde está el corazón, los músculos y la sangre que le rodean las costillas y los pulmones. Imagina el crujido y el silbido de sus pulmones, enmarañados en sangre y músculo como líneas telefónicas en mal estado, anticuadas ya de todas maneras, y como si alguien estuviese tratando de hacer conexiones en algún lugar en

que sencillamente no pueden hacerse. Como si llegara alguien a instalar los cables telefónicos, saliera de la furgoneta y se encontrara fuera de un puto castillo enorme con estrechas rendijas en lugar de ventanas, en pleno siglo quince, y no existiera esa cosa que llaman electricidad.

(¿M d ns mnds?)

Figúratelo, al Hombre del Teléfono, allí de pie como algo demasiado evolucionado, el de las teorías de Darwin, post-Neanderthal, con su mono, los cables enrollados en los brazos y a su espalda la furgoneta llena con otros enormes rollos; y allí está él rascándose la cabeza como un simio porque no hay rejilla metálica en el suelo que levantar para hacer el trabajo, y una dama con griñón mirándole a hurtadillas a través de una rendija como si fuera un marciano llegado en una nave espacial porque es el siglo quince y no existen las furgonetas. Figúrate sus caras. Reír le hace toser. La tos lanza —Jesús, sí, piensa a la vez que tose— un haz de flechas medievales que le atraviesa el pecho, con todas las puntas de sílice y los filos metálicos mellados, y eso que es sólo una ligera tos, una tos reprimida, porque una tos de verdad, piensa, atreviéndose a aspirar profundamente para recuperarse, sacudiría los cimientos y enviaría al foso un buen pedazo de muro de una fortaleza. Una tos de verdad —Else recompone los músculos de los brazos y de los hombros y menea la cabeza— es como todas las putas antiguas propiedades del National Trust al completo reduciéndose a escombros.

Else va a tener que dejar de pensar. Va a tener que dejar de usar la

(¿M d ns mnds?)

imaginación. No se atreve a reír otra vez; no se atreve a toser otra vez. Quién sabe lo que expectorará. Algo del tamaño de un puto cochinillo, a juzgar por la sensación que da al tacto, cubierto de putos pelos. Joder. Coño y joder. La tos que le sale le produce satisfacción y dolor. Reír le hace toser. Respirar le hace toser. Así que es de suponer que follar le produciría una hemorragia. Moverse le hace toser; aunque sólo sean los hombros, la cabeza. Else no se atreve a moverse, todavía no.

Cuando por fin decida levantarse, esto es lo que hará. Cruzará la calle en dirección a aquella chica, como hizo las dos últimas veces,

y recogerá el dinero que le han echado a los pies. Así es como han resuelto actuar, ella y la chica, y así es como van a hacerlo. Primero Else se pone de pie. Después cruza la calle. Luego la chica la ve venir y se marcha corriendo. Entonces Else coge el dinero. Es justo. Está en su derecho. Todo el mundo sabe que el hotel es de Else. Pero tiene que tener cuidado con cómo lo hace. Debe actuar en el momento oportuno. Si se levanta demasiado pronto puede ahuyentar a la chica demasiado pronto también y perder un dinero potencial. Si no se levanta ella, podría levantarse la chica y marcharse, y ¿qué pasaría si por una vez se lo llevara todo?, ¿qué, si por una vez lo quisiera para ella? Else trata de respirar con calma. Todo saldrá bien. Dentro de un rato la gente empezará a volver a casa, poco después todo habrá terminado; la chica puede hacer Dios sabe cuánto más en ese tiempo. Else esperará. Se sentará tranquilamente y esperará, porque le pueden ir, digamos, diez o quince pavos en ello,

(¿M d ns mnds?)

y eso supone quince pavos más de lo que Else puede conseguir, puesto que hoy no ha conseguido prácticamente nada. Nunca se consigue nada si se tiene una puta tos. Todos te rehuyen. Ha reunido tres libras y cuarenta y dos peniques desde que anocheció. Así que podría llegar a cogerle bastante cariño a aquella chica. Han formado una buena sociedad. Else podría cenar bien esta noche e incluso pagarse una habitación.

Si la chica no se adelanta y se lleva el dinero.

Si Else es capaz de aguantar a que pase la hora punta y la chica sigue allí todavía.

Si no viene nadie a echarlas de allí.

Largo de aquí.

A la gente no le gusta ver esto.

Y a mí tampoco.

¿Vale?

Buena chica.

Gracias.

Otras cosas que hombres y mujeres policías le han dicho a Else en otras ocasiones:

¿Son éstas tus cosas? Llévatelas. O van a la basura. Que te las lleves. Largo de aquí. (un hombre)

¿Cuántos años tienes? A este paso no llegarás al año que viene. Lo sabes, ¿verdad? No es porque yo te lo diga. Son las estadísticas. Todos los días muere gente como tú. No me lo estoy inventando. Nosotros lo vemos a diario. Os desplomáis en la calle. ¿No quieres llegar a los treinta? (una mujer)

Tendrás una casa. Todo el mundo tiene algún lugar. Vete a casa ahora mismo, sé buena chica. (un hombre)

Márchate ya, Else, no podemos permitir esto; sabes que no podemos. (una mujer)

¿Alguna vez has pensado en trabajar? Los demás tenemos que hacerlo. No podemos pasarnos la vida holgazaneando por ahí como tú. (una mujer)

(en susurros) Te lo voy a decir claramente y sólo una vez. Lo que tú quieres es un buen polvo, te lo estás buscando. Como te vea otra vez por aquí lo vas a conseguir. Te lo digo en serio. Esto es una promesa, no una amenaza. ¿Te has enterado bien? ¿Te has enterado? ¿Eh? (un hombre, en la comisaría)

¿Es que no te entra en la cabeza que la gente decente detesta a la gentuza como tú? Sois la escoria de la sociedad. Vosotros nos lo ponéis muy difícil a los demás. La puta escoria de la sociedad. (una mujer, en la comisaría)

Aquí tienes, bonita. ¿Leche? ¿Azúcar? Remuévelo bien, el polvo está todo en el fondo. (un hombre, en la comisaría)

¿Has mirado bien el tablón de anuncios, Elspeth? ¿No? Tienes derecho a solicitar asesoramiento. Los jueves, aquí, en la tercera planta. Tienes derecho. Eso quiere decir que es gratis, que no tienes que pagar si eres demasiado pobre. Para eso estamos aquí, para ayudar a la gente. Sólo tienes que apuntarte. Sólo tienes que solicitarlo. (una mujer, en la comisaría)

Else recuerda esa palabra, del colegio. Pobre. Entonces era una palabra de la asignatura de Historia, de los tiempos en que había cosas como filántropos (otra palabra de Historia), que es lo que era Robert Owen, que construyó para los trabajadores de su fábrica una iglesia, una escuela y un hospital, y no empleaba a los hijos más pequeños de aquéllos hasta que no eran un poco mayores que los niños que empleaban los que no eran filántropos. New Lanark era el nombre de sus fábricas de tejidos, como si su filantropía hubiera creado un lugar nuevo en el mundo. Los pobres. Ellos son la razón

de que la historia se esforzara en progresar, en hacer mejores las cosas. Pero eso era antes. Esto es ahora. En una de las páginas de periódico que envuelve uno de sus pies (las botas le están demasiado grandes) hay un artículo escrito por alguien que sugiere que las cajas para las contribuciones monetarias, de la gente que tiene dinero para la gente que tiene que pedirlo, podrían ponerse en tiendas como Sainsbury, de manera que aquellos que quieran darlo puedan hacerlo, pero sin que nadie

(¿M d ns mnds?)

tenga que pedírselo. Un acuerdo así (se aventura a reír para sus adentros y algo en su pecho rebota y vuelve a su sitio) dejaría a Else sin trabajo.

El penique que hay junto al pie de Else, el que alcanzará dentro de un momento, está cara arriba, ella lo ve, y es una moneda reciente, tiene la mofletuda cara de la reina de los últimos años. Else la mira. No se va a ir a ninguna parte. La cogerá dentro de un momento.

Le gusta envolverse los pies con cosas importantes. MÁS DESIGUALDAD EN GRAN BRETAÑA QUE HACE 20 AÑOS. UNA DE CADA CINCO PERSONAS VIVE EN LA MISERIA. Estos titulares hacen que esté más mullido el talón. ¡Ja! Los arrancó del periódico de la biblioteca. La ciudad histórica en una de cuyas aceras está ella sentada, con todos sus edificios medievales y sus construcciones modernas tambaleándose sobre cloacas medievales, es todo lo que queda de la historia; un lugar para que los turistas traigan sus cheques de viajero en verano. La historia moderna no existe. Else lo sabe; es una chica inteligente, siempre lo ha sido. Todavía recuerda cómo se escribe filántropo. Sin embargo, no se acuerda qué manecilla señala qué en un reloj, si es la corta la que marca los minutos o es la larga la que lo hace.

(¿M d ns mnds, pr fvr?)

Mnds. M d ns.

S pds lr st mnsj pdrs hcrt scrtr y cnsgr n bn mpl.

Primero se imagina a sí misma cnsgnd n bn mpl, con el pelo arreglado y vestidos cortos y bonitos, las piernas con medias del color de moda y zapatos apropiados bien sujetos, saliendo de un edificio de oficinas como ese de ahí encima de El Mundo de las Moquetas. Luego piensa en cómo se lo imaginaba ella de niña

cuando iba con su padre en el metro de camino a Londres leyendo aquellos anuncios de cnsg n bn mpl, una niña observadora con el pelo recogido atrás y bien arregladita con la ropa que su madre le ha hecho, hace mucho tiempo de eso, cuando leer el anuncio, comprendiendo lo que significaba, era una prueba más de su inteligencia, la manera más corta de decir las cosas. Eso la hace reír. Se le escapa la risa; no puede contenerla. También la tos, lo suficientemente fuerte y repentina como para darle un susto a un perro que pasa, que tira de la correa y empieza a ladrar, y a medida que se forma un barullo con la tos y el ladrido, y un brazo se lleva al animal a la rastra, la convulsión le hace daño, el fragmento de sí misma cuando era pequeña que se le ha quedado clavado le hace daño, la combinación de la tos y el pasado la atrapa en sus fauces, igual que un perro agarra un trapo, y la sacude.

Para dejar de temblar, para dejar de pensar, piensa en ellas, en todas las secretarias con un bn mpl que ha habido a lo largo del tiempo, hilera tras hilera de

(¿M d ns
(pausa para toser
demasiado larga, la persona se ha ido)
mn?)

taquígrafas, a 100 palabras por minuto. Se las imagina despiezando cuidadosamente las palabras, con las papeleras rebosantes de las íes, las oes, las úes, las es y las aes que han quitado. Pero ahora están todas desempleadas, piensa ella, todas esas scrtrias. Ya son historia. Ja. Las han despedido a todas reemplazándolas por flamantes chicas nuevas con dictáfonos y ordenadores que escriben lo que dices al mismo tiempo que lo vas diciendo. Probablemente están todas en la calle ahora, las scrs, haciendo el mismo trabajo cotidiano que Else. Ella tampoco necesita vocales. Sabe todas las maneras de abreviar. Se imagina la acera llena de las letras que se caen de las medias palabras que usa (ella no necesita las palabras completas). Se imagina dando explicaciones a la policía, a los barrenderos municipales o a los transeúntes indignados. Las recogeré cuando me vaya. Son sólo letras. De todos modos, son biodegradables. Se pudren como las hojas. Son muy buenas para hacer abono. Los pájaros las usan para forrar los nidos, para mantener calientes los huevos.

Huevos de estornino: azul claro. Huevos de petirrojo: blancos con vetas rojas. Huevos de tordo: con motas o lunares marrones. Huevos de gorrión: jaspeados de gris y marrón. Huevos de pinzón: rosados, con matices pardos. Huevos de mirlo: una especie de azul verdoso con pintas marrones. Ella conoce los huevos de los pájaros urbanos; los conoce desde que era pequeña y en el jardín trasero miraba el nido del mirlo entre el seto, los tres huevecillos azules verdosos en el lecho de hierba y ramitas de arbusto. No los toques, le decía su madre. Si los tocas, la mamá pájaro se dará cuenta y no volverá con ellos, y morirán. ¿Cómo se dará cuenta?, preguntó Else. Lo sabrá, sencillamente, contestó su madre, ya te lo digo, no los toques. Else llevaba un vestido de crimplene amarillo con un ribete rosa en el cuello, en los puños y en el dobladillo. Era el mes de mayo de mil novecientos setenta y nueve, mucho tiempo atrás. Los huevos eran preciosos. Cogió uno y lo sostuvo en la palma. Era muy frágil, podría cascarse con facilidad allí en su mano. Ella podría romperlo sin esfuerzo; sólo con moverlo un poco se rompería. Volvió a ponerlo en el nido junto a los otros dos. Nadie la había visto.

Al día siguiente la mamá pájaro aún no había regresado. Tres días después los huevos estaban fríos. Los pajaritos que había dentro serían mucosidad, los huesos no se les habrían formado adecuadamente, serían sólo secciones de alas.

Deja de llorar, le dijo su madre. Eso no le sirve de nada a esos pobres pajaritos. Le entregó un libro a Else, tenía aves en la cubierta. El libro le hizo a Else sentirse dolorida por dentro. Ella se obligó a aprender cosas de ese libro. En el verano del año siguiente, cuando un calor excepcional producía reverberaciones a ambos extremos de la calle y los nidos ocultos en todos los árboles y setos estaban llenos de polluelos y los huevos del año anterior no eran ya sino un mal sueño, Else (con un delantal nuevo de algodón azul, de cuello bajo y redondo y el adorno de una margarita cosido en el bolsillo) sabía estas cosas de memoria: los huevos de los vencejos eran blancos y alargados, los huevos de las urracas eran azulados con motas marrones.

Éste es el sueño recurrente de Else en los últimos tiempos: entra en una habitación cuyas paredes están cubiertas de armarios. Abre la puerta del primero y dentro, en una balda, está la máquina de

coser de su madre protegida del polvo por un grueso celofán transparente. A su alrededor, debajo y encima, hay cajones. En el interior de cada uno de ellos hay un complicado sistema de carpetas archivadoras. Dentro de cada una de estas carpetas hay una prenda muy pequeña. Un vestido, una chaqueta de punto, un chaleco, unos pantalones, un delantal. Todas las prendas están hechas para Else. Las carpetas llenan los cajones, los cajones llenan los armarios y los armarios atestan la habitación de modo que no queda casi espacio, y cada prenda está aplastada dentro de su carpeta, encogida, sin aire, como empaquetada al vacío. Else se siente mareada. Saca la primera prenda, luego la siguiente, una tras otra van apilándose a su alrededor, encima de sus pies; aunque ya ha abierto cientos de carpetas, quedan todavía miles, todas distintas, todas hechas a mano, todas cosidas con esmero, y miles de cajones más esperan a ser abiertos por ella. Mangas abombadas. Frunces y cinturillas. Bordes dentados. Cintas negras en zigzag. Crimplene y algodón, nailon y lana, poliéster, terylene y ante. Y todas inútiles; demasiado pequeñas, demasiado frágiles, demasiado limpias, demasiado; los armarios siguen abarrotados para siempre de amor no ponible, y en su sueño Else sabe con absoluta desesperación que está dormida y que, siendo imposible llevarse todo eso, la desgarrará una vez más tener que despertar y dejar atrás esa ropa, esa ropa única y vacía.

Es una pesadilla.

Ha llegado a tal punto que Else tiene miedo de dormir por si llega ese sueño, y miedo de no dormir por si no llega.

(¿M d ns mnds?)

Intenta reír. Tose de nuevo. No se desprende nada. Tiene ampollas en las entrañas. Sabe que las tiene; se parecen a la pintura que ha estado demasiado cerca de una fuente de calor. Están quemadas como la tierra baldía que rodea un edificio abandonado con las ventanas rotas y los cristales se han dejado por allí dentro en el suelo de las habitaciones vacías. Si alguien entrase allí, digamos, para intentar echar un sueño, se cortaría con el cristal. Si se sentara para descansar, lo haría sobre vidrios rotos. Cuando Else respira, cuando se mueve, se siente como un cristal hecho añicos.

Se ha destrozado las entrañas viviendo como vive. Ella lo sabe. No es divertido. Esa destrucción ha ido invadiéndola igual que la miseria. Se ha roto las entrañas, las ha quemado, las ha llenado de

tierra como para evitar la quemazón. La Belleza, la Verdad y la Rareza. La Gracia en toda su sencillez. Aquí yacen enterrasad en cenizas. Enterrasad, con la última sílaba escrita al revés. Ntrrsd. Shakespeariano. Shksprn. La biblioteca de esta ciudad es buena. Ahora se pone a pensar en la biblioteca. Es mejor que la de Bristol. Generalmente permanece abierta hasta más tarde, y los bibliotecarios raramente echan a nadie aunque sea alguien que se haya quedado dormido. Ella ha leído a los poetas metafísicos. Que la Verdad y la Belleza sean sepultadas. O: Yo he sido reengendrado. De la Ausencia, la Oscuridade, la Muerte; cosas que no son. La oscuridad poética, piensa Else, respirando con cuidado, tiene una *e* de más, como si se tratara de una clase de oscuridad más larga de lo normal, y una O mayúscula. Esencia de oscuridad. Ha leído un poema sobre un chico que actuaba en obras de teatro para la reina Isabel I; era muy bueno interpretando a hombres ancianos y murió cuando sólo tenía trece años. A Else también le gusta William Butler Yeats. Me adentré en el bosque de avellanos. Porque la cabeza me ardía. Vete por tu camino, oh, vete por tu camino. He elegido otro blanco. Las chicas a la orilla del mar. Quién entiende la oscuridad. Ya no se molesta en leer novelas. Ha leído suficientes para toda la vida. Le llevan demasiado tiempo. Dicen demasiado. Y no es necesario que digan tanto. Arrastran historias tras ellas, como si te atases latas viejas a los tobillos y después intentases caminar.

A Else le entra el pánico. Ha estado soñando y ahora la chica ha desaparecido. Ya no la ve. ¿Está ahí todavía? Hay gente al otro lado de la calle, no puede ver más allá. No ve a la chica.

Todo bien. Todo bien. La gente pasa y la chica está aún allí. No se ha movido. Sigue con la capucha puesta.

Da la impresión de que esa chica está dolorida. Es demasiado joven como para que le haya ocurrido algo, pero, por el modo en que mira al vacío, es evidente que algo le ha pasado. Pero en conjunto apenas se la ve ajada; se la ve lustrosa, como fuera de lugar, como si alguien hubiera dejado una cuchara en el jardín por error durante unas cuantas noches, y estuviera allí tirada en la hierba, exactamente donde la dejaron, cuando vienen a buscarla. Da la sensación de que viene de algún sitio con jardín y con muebles de jardín.

Else imagina un jardín para la chica y la sienta en una tumbona.

Unas flores de tallo alto bambolean sus cabezas. Ella bebe una lata de Coca-Cola. Parece disgustada. Alguien grita algo desde la ventana de una cocina. ¿Qué? Grita la chica a su vez, con la cabeza vuelta, la boca abierta. ¿Qué has dicho?

No. No grita nada. Es invierno, no hay ningún jardín, y está sentada allí, una chica gris en los escalones grises de El Mundo de las Moquetas, al otro lado de la oscuridad, mirando al hotel.

Tiene la mirada absorta de los que están perdidamente enamorados. Eso

(¿M d ns mnds?)

es; sí. Está mirando hacia el hotel por si ve entrar o salir a una persona. A un hombre que venga desde el otro lado de la calle, un amigo de sus padres que lleva tirándosela desde que cumplió catorce años, encima de su chaqueta, extendida debajo de ellos sobre el precioso tresillo de pana del cuarto de estar de su madre, al salir del colegio, o en la hora del almuerzo, o mientras su madre está en la ducha o de compras, y ahora la esposa de él, o la madre de ella, se han enterado, o tal vez el padre le ha descubierto y ha salido en su busca para partirle la cara, están buscándole, y ella ha venido aquí al hotel a prevenirle, se ha escabullido de su cuarto, ha salido por la ventana y rodeando la casa porque la puerta estaba cerrada con llave, la habían encerrado, ella sabe que él dijo que estaría en este hotel si alguna vez

O. Está esperando a que alguien se asome a una ventana del hotel y la vea. Tal vez un viajante que pasa por la ciudad dos veces al mes, que acaba de aflojarse la corbata y de desabrocharse la bragueta de los pantalones de su traje de trabajo, que está de pie con la camisa fuera, mirando a la noche que envuelve la ciudad, y —ahí, mira— la ve esperándole pacientemente, la, hmm, la (¿cómo se habrán conocido?) chica tímida y traviesa que hacía el té y el café en el congreso de vendedores de hace dos meses, que bromeaba con él y él bromeaba con ella a propósito de las bolsitas de azúcar, cuya virginidad él cree que se llevó por delante entre las 10.45 y las 10.50 de la mañana en el desierto Salón de Actos, detrás de las altas pilas de asientos, rápidamente, porque ella tenía que volver a su trabajo a las 11 en punto y él tenía que hacer una demostración justo después del descanso.

Ah, el amor. Else se desternilla de risa, lo conoce muy bien. Una

parte del público, por ejemplo, está siempre pidiéndoselo, como si fuera parte de su trabajo dárselo a cambio de las monedas que le entregan.

Algunas de las cosas (relativas al amor) que una parte del público le ha dicho a Else a lo largo del tiempo:

¿Te apetece darme un poco de calor? (un hombre con traje a medida)

Disculpa. Me preguntaba si un billete de veinte libras te parece un buen trato. (un hombre con chándal)

Tengo un día horrible. No sé qué otra cosa hacer. Estoy al límite de mis fuerzas. No sé con quién más hablar. (una mujer, agachándose y hablando al oído de Else, extendiendo los brazos para que se los sostuviera mientras hablaba. Else pensó en ello después. Había dejado que la mujer se sentara con su brazo entre los de ella durante casi media hora; le había dado facilidades porque hacía mucho tiempo que nadie le daba la oportunidad de pensar que usaban su nombre de esa manera. No sé qué, Else, hacer. No sé con quién, Else,[2] hablar)

¿Seguro que no te tienta? ¿Quieres cinco libras? (el hombre del traje otra vez)

¿Cuántos años tienes? ¿Te gustaría venir a casa conmigo? (una mujer con ropa elegante de ejecutiva)

¿Quieres venir a la furgoneta? Te tocaré una canción. ¿No? ¿Seguro? Tengo cucuruchos y todo. Podemos meterle un canutillo. (dos hombres desde la ventanilla de una furgoneta de helados parada delante del semáforo)

¿Te encuentras bien? Hace mucho frío hoy. ¿Qué tal lo llevas? Anda, abrígate. (una mujer bastante joven que sólo trataba de ser amable. Pero ¿no es la misma cosa?, se pregunta Else, ¿no viene a ser todo lo mismo? Cucuruchos y tratar de ser amable ¿no son variaciones sobre el mismo tema?)

¿Cuánto? (un chico de trece años poco más o menos. Else vio cómo se le enrojecía la parte de atrás de su rapada cabeza. Le cobró diez libras, por adelantado, y se llevó al muchacho al aparcamiento de varios pisos. Era al atardecer; la planta D estaba tranquila e iluminada; allí, con el olor a gasolina y tubos de escape, sobre el suelo de hormigón, entre los parachoques delanteros y traseros de los pequeños utilitarios: el amor. Ahora pasa de vez en cuando por

delante de ella en la calle. Ya es mayor; anda por ahí con amigos granujientos y llevan camisetas con los nombres de grupos americanos de *heavy metal*. Parece avergonzado, mira hacia otra parte. Ellos nunca la molestan. Él nunca le da dinero)

Alguien vestido de uniforme ha salido por la puerta giratoria del hotel y está en las escaleras. Un uniforme generalmente significa tener que moverse de sitio. Else se para a medio toser. Se queda completamente inmóvil. Ha visto hacer lo mismo a las arañas y cochinillas. A ella se le da bien. No la verán.

Cuando después se atreve a levantar la vista, la mujer con el uniforme del hotel está cruzando la calle entre los faros de los coches que pasan a toda velocidad. La ve llegar al otro lado y arreglarse la blusa junto al bordillo antes de seguir. Ve cómo se acerca a la chica de la capucha antes de que ésta se dé cuenta, se levante y se aleje corriendo por el callejón lateral de El Mundo de las Moquetas más aprisa que un pájaro ante la súbita aparición de un gato.

Mrd, dice Else en voz alta. La chica se ha ido. Escupe fuera del forro del abrigo el esputo que ha retenido en la lengua. Mira al lugar donde antes estaba la chica. Mierda. Comienza a toser, y la tos la desgarra en su interior hasta notar las entrañas abiertas en un zigzag violento y rojizo como si le saliera de la garganta la boca de un tiburón con las mandíbulas partidas hasta…

¿Se encuentra bien? Disculpe. ¿Está usted bien?

Else abre los ojos. La tela de fibra artificial del uniforme del hotel está allí mismo, al lado de su cabeza. Refleja las luces de las farolas. Ella se pone en movimiento. Empieza a recoger sus cosas.

No, dice enseguida la mujer del uniforme, extendiendo la mano. No, no hay problema. Yo no voy a echarla. Quédese donde está. No voy a echarla.

La mujer se agacha al lado de Else.

Else le ve la cabeza y un lado de la cara, muy próxima a sus ojos; así, de cerca, a la luz del hotel, el blanco de los ojos de la mujer aparece con manchitas y aspecto enfermizo. Else se prepara. Pero la mujer no está mirándola a ella, sino al otro lado de la calle, al vacío. La insignia bordada en la solapa del uniforme dice, en tonos verdes y marrones: HOTELES GLOBAL. En el bolsillo de arriba hay unas palabras bordadas en blanco. La mitad superior del círculo

dice: *en todo el mundo*. Y la parte inferior dice: *para nosotros usted es lo más importante del mundo*. Else fija la mirada en el suelo. Hay pequeños fragmentos de vidrio y suciedad en la línea donde se juntan el muro del hotel y la acera. Algunos cristales son verdes, otros blancos. Los ve a pesar de la oscuridad. Muy cerca, un pegote aplastado de chicle seco en forma de moneda es parte ya del pavimento. Muchas de las cosas que hay en la calle guardaron una estrecha, íntima, relación con la gente, hasta las tuvieron en la boca, antes de terminar aquí.

La mujer de uniforme es más joven de lo que parece. Suspira. Se vuelve hacia Else. De nuevo Else mira hacia otro lado. Cuatro colillas de cigarrillos, dos con filtro —una de ellas manchada de carmín—, otra sin filtro, blanca y partida, con unas hebras de tabaco fuera. Otra de un cigarrillo liado a mano con un extremo fruncido, como una boca manchada.

Permanecen así sentadas durante lo que le parece mucho tiempo a Else, que cuenta, catorce, quince, dieciséis, las puntadas de la manta y los espacios entre el tejido.

La mujer resopla, como decidiéndose. Sacude la cabeza.

Else observa atentamente su propia manga. La mano. La punta de la bota (el pie dentro, dormido). Mugre en las junturas de las losetas de la acera. Una loseta rajada; debe de haber recibido un golpe muy fuerte; tres grietas salen del centro. Su propia saliva, que ha salido de sus pulmones, allí también sobre la piedra, reflejando la luz.

Escucha, dice la mujer.

Aunque Else sigue con la mirada baja y perdida, pone cara de escuchar, por si acaso. Está siendo precavida. Todavía no conoce el juego del uniforme.

¿Quieres pasar la noche en una habitación?, pregunta la mujer.

Ah. Else no se sorprende, realmente. Pocas cosas le sorprenden ya. No dice nada. Sigue mirando hacia abajo.

Trabajo en el Global, dice la mujer. Se prevé que esta noche va a ser más fría. Toses mucho; te oigo desde recepción…

Else se estremece.

… y con el viento la temperatura llegará hasta los seis grados bajo cero. Tenemos muchas habitaciones. La mayoría están vacías. Eres bienvenida.

Bienvenida, Else imagina la palabra, tal y como aparece escrita en los felpudos. Ahora resulta que tiene que cambiar de sitio porque la gente del hotel la oye toser.

Por supuesto, no te costaría nada, sería gratis, dice la mujer del uniforme del hotel como si de repente se enfadara consigo misma. Entrarías en calor. No tendrías que pagar nada. Sin condiciones.[3]

Por supuesto, piensa Else. *Tres cosas que se le vienen a Else a la mente segundos después de oír la frase Sin condiciones*:

Hace diez años. Está en Londres. Sólo lleva allí unos días y apenas le queda dinero. Se encuentra en la entrada de la estación de metro Camdem y un hombre viene hacia ella. Parece un buen tipo. Aseado, decente, como los que hacen campaña para el partido conservador. Tiene dinero en la mano; dinero recién salido del cajero, ni siquiera está arrugado. El hombre le dice que le dará los tres billetes de diez libras que lleva si entra con él a su habitación del hotel. No hay razón para preocuparse. Puede confiar en él. Sin condiciones. Le tiende el dinero. Hasta puede olerlo, está tan limpio. Ella lo coge. El hombre llama a un taxi. Ella no ha montado en taxi desde que era una niña. Se sienta en el asiento trasero, y el hombre, enfrente en el asiento plegable. Parece distinguido. Tiene cierta semejanza con su padre. Él no le presta atención. Se bajan del taxi en una estación de metro; King's Cross, ahora lo sabe; entonces no lo sabía. Al otro lado de la estación hay un sitio de comida rápida. Fuera, en un letrero colocado encima de la puerta, hay una lista de lo que allí se vende, escrita con todas las palabras seguidas. Se lo señala al hombre mientras esperan para cruzar la calle. Mira, dice ella. SALADSPIES.[4] Qué gracioso. Pero el hombre no la escucha. La agarra por el hombro al cruzar la calle y, sujetándola aún (tendrá moratones durante una semana), la empuja hacia un callejón y llama al timbre de una puerta. Desde dentro alguien presiona algo que abre la puerta. La obliga a entrar. La escalera huele a desinfectante. Dos tramos más arriba el tipo abre otra puerta con una llave y la hace entrar en la habitación a empellones. Hay un hombre de pie junto a la ventana. No hay muebles en la habitación, ni moqueta, nada, ni siquiera una silla. *Haz que se siente*, dice el hombre de la ventana. *Le he dado treinta libras*, dice el primer hombre. Y le dirige una mirada fulminante. El suelo es lo único que hay para sentarse. Ella se sienta rápidamente. El hombre al que le

hace sombra la ventana que tiene a sus espaldas la estudia con atención. Cruza la habitación, moviendo la cabeza, hablando entre dientes. Cuando llega hasta ella, se lleva una mano al interior del abrigo y saca algo. Es un libro. Lo abre y le pone una mano sobre la cabeza, a unos centímetros del pelo. Huele a loción capilar. Durante horas, mientras observa cómo cambia la luz, desde media mañana hasta la tarde, los dos hombres se turnan para canturrear a su alrededor con el libro abierto sobre su cabeza. Piden para que se salve y sea perdonada. Hablan de ella como si no estuviera allí. Else se levanta y se marcha en el momento en que uno se toma un descanso para ir al baño y el otro se encuentra en una especie de trance. La puerta de abajo se cierra tras ella y vuelve a estar en la calle. La gente pasa de largo. Nadie la mira. Vomita en una papelera. Inmediatamente después tiene hambre. De vuelta a la calle principal, pide un kebab en el sitio de comida rápida. Paga con uno de los billetes de diez libras y guarda el cambio en el bolsillo, donde están los otros dos doblados. *Tienen un letrero muy gracioso*, le dice al hombre que corta la carne de la barra giratoria. Esto era cuando aún podía pronunciar palabras enteras. *El letrero. Que dice que hay salad spies*[5]. *Salads. Pies. En su letrero está escrito como si fuera una sola palabra, así que parece que dice salad spies*. El hombre no la entiende. Sólo la mira una vez, cuando le entrega la comida. Tiene grasa de kebab en el bigote. Debe de ser un buen sitio para trabajar, si es que él puede comer allí.

Y: tiene catorce años y acaba de llegar a casa del colegio. Son las cuatro y el señor Whitelaw y ella están follando en el cuarto principal. Él ya estaba allí cuando ella llegó a casa. Ha pasado toda la tarde, le ha dicho, instalando las persianas venecianas de toda la casa. Andará por los cuarenta. Se parece a Patrick Duffy, el de *Dallas*, sólo que con el pelo un poco más canoso. Su madre se encuentra arriba duchándose. No puede oír nada debido al ruido de la caldera. *Dios*, está diciendo el señor Whitelaw. Le brilla la cara con el sudor, tiene la frente surcada de arrugas. Me recuerdan al sistema de agricultura en franjas de Historia de Escocia III. El hombre tiene los ojos clavados en algo un poco más allá de la cabeza de Else. De fondo se escucha en la televisión *El Pájaro Carpintero*. Oye la música y el ruido de taladro que el pájaro hace cuando se ríe. Se le ocurre que el señor Whitelaw podría estar

mirándolo por encima de su hombro. *Dios*, exclama otra vez, como si detestara aquel programa. Luego dice: *Elspeth. Suéltate. De mi espalda. Estás demasiado tensa. No te agarres. Tus uñas me. Jesús. Suéltate. Un poco. Joder*. Ella lo está haciendo mal. Se agarra con demasiada fuerza. Tiene que soltarse un poco. Por más que lo intenta no se le ocurre cómo hacerlo. Entonces se acuerda de la marioneta de Blancanieves que tiene colgada detrás de la puerta de su dormitorio. Imagina que tiene que ser como si la descolgara del gancho y la extendiera sobre la cama con las cuerdas de los brazos y las piernas distendidas. Finge que sus brazos y piernas son como las de la marioneta, como que todo esto no tiene nada que ver con ella, que sólo alguien desde arriba puede hacerla funcionar. *Eso. Es*, dice el señor Whitelaw. Él la restriega hacia atrás y hacia delante sobre la pana. Ella piensa en la nariz de la marioneta, que consiste en un tubo de madera pegado. Hay también una marioneta de Pinocho con una nariz graduable, fabricada por la misma gente que hace la de Blancanieves. Le dan ganas de reír cuando piensa en la nariz y se imagina al señor Whitelaw con el miembro sobresaliéndole del mono de trabajo cuando ella entró por la puerta. No debe reírse. Trata de pensar en algo diferente. Yo tenía cuerdas, pero ahora ya no, piensa. Ya no llevo ninguna. Piensa en la entrecortada melodía de la serie mientras se golpea la cabeza en el brazo del sofá. *Eh*, está diciendo el señor Whitelaw. *Buena chica. Elspeth. Eres una. Buena*.

Después: ella y Ade pasean por Bristol en mitad de la noche. Se hallan cerca de Brandon Hill cuando se cruzan con un anciano tendido con medio cuerpo en la carretera y el otro medio en la acera. Está muy borracho. Debido a su acento, al principio no entienden lo que dice. *Las piernas*, dice. *No puedo levantarme. No me responden las piernas. Sus piernas están perfectamente*, le dice Ade. *Vamos, arriba*. Le ponen de pie. Huele a whisky y a cuero nuevo. Le sostienen rodeándole los hombros con los brazos. *No puedo andar*, repite todo el tiempo que tardan en llevarle a su casa. *Me fallan las piernas*. Les cuenta que tiene setenta y dos años y dónde vive. *Benditos seáis, de verdad*, dice. *Me habéis devuelto las piernas. ¿Queréis entrar a tomar unas galletas? Tengo una caja de tamaño familiar*. Vive en una habitación de un edificio con más habitaciones. Enciende la luz al abrir la puerta. Hay un aseo en un extremo con una cortina que se puede correr. Un fregadero y una cocina de varios

quemadores en el otro. Y una cama en mitad de la pieza. El anciano se deja caer en ella. *Mis piernas*, dice, *no me funcionan nada bien*. Ade, con los ojos abiertos como platos, mira fijamente. Señala las piernas del hombre, que cuelgan de la cama. El hombre lleva unas botas altas de cowboy con los pantalones metidos por dentro. Relucientes; esmeradamente cosidas; el cuero es de color beis y está impoluto. Tienen flecos a la altura de la rodilla y del tobillo. En pocos minutos el hombre se duerme y empieza a roncar. Ade le quita las botas con cuidado. Deciden pasar allí la noche; Ade cree que al anciano no le importará. Hay un trozo bastante grande de moqueta junto a la cama; ellos dos caben casi por completo aunque Ade tiene los pies en el linóleo y los suyos lo estarían también si se los quitara a Ade de las espinillas. Else flexiona los dedos de los pies. Se los pasa a Ade por las piernas; nota lo velludas que las tiene, y lo duros y grandes que son los músculos que tiene por todo el cuerpo. Cuando se despierte por la mañana lo primero que verán serán las viejas y gastadas botas de Ade al lado de las increíbles botas de cowboy. Las de Ade tienen la forma de sus pies. Los grasientos cordones verdes que se entrelazan en los agujeros y sujetan las botas a los pies de Ade tienen un nudo en los extremos para que no deshilachen. Aquella mañana se estirará todo lo larga que es sobre el pedazo de moqueta medio deshecha y bostezará, con el aliento de Ade en la oreja, y contemplará cómo se refleja la blanca luz del sol en los dos pares de botas. Lo recordará, aquella mañana, aquel sol, aquellas botas, como uno de los momentos de su vida en que fue completamente feliz.

De nuevo en el presente. La mujer con el uniforme del hotel está diciendo algo pero Else está mareada y no oye bien. Mira los zapatos de la mujer. Son nuevos y modernos; tienen unas suelas gruesas de plástico con un aspecto industrial y prehistórico al mismo tiempo.

La mujer se pone de pie. Se para, vuelve a agacharse y coge algo. Toma, le dice a Else, alargando la mano.

Entre los dedos sostiene la moneda de un penique que Else no alcanzaba antes.

Else hace un gesto con la cabeza y lo coge.

Es tuyo, dice la mujer. El que se te escapó. Casi.

La mujer endereza la espalda y se va. Se queda en el bordillo

durante unos instantes observando la calle, arriba y abajo.

Adiós, dice a Else volviéndose un poco.

Camina por la calle, sube los peldaños y desaparece por las puertas del hotel. Los cristales de las puertas giratorias lanzan destellos, oscuros y claros, otra vez oscuros y luego claros. Else sostiene el penique sobre un montoncito de monedas que tiene junto a las rodillas. Lo deja caer. Hace un único y ligero clic cuando choca contra las otras monedas.

Alguien pasa, cargado de compras.

(¿M d ns mnds?)

No sucede nada. Nadie más en los alrededores. Else tapa el dinero con un extremo de la manta. Saca un pie de debajo, despacio. Luego el otro, despacio. Tiene que dejar de toser. Trata de toser quedamente, porque pueden oírla desde el hotel. Se pone de pie apoyándose contra el muro del hotel a sus espaldas. Está mareada; escupe. Le ocurre siempre cuando se levanta después de haber estado sentada. Recupera el aliento y espera a que haya menos tráfico, después se pone en marcha. El bordillo; acordarse de bajarlo. Un paso, el siguiente, el siguiente, el siguiente y el siguiente; ya está a medio camino. Un coche; esperar. Otro coche. Ahora. Un paso luego el siguiente y luego el siguiente, continuar. El bordillo; subir.

El corazón le late de alegría. Tose. Luego se ríe. La chica ha dejado el dinero y el dinero aún sigue allí.

Se sienta en el bordillo y lo cuenta. No está mal, unas treinta y dos o treinta y tres. Treinta y tres libras en tan poco tiempo, va bien la cosa. Diez veces más de lo que Else ha obtenido. Esa chica podría haber conseguido aun más si se hubiera dejado ver la cara. Da igual. Da igual. Ha sido un buen día, piensa Else, uno con mucha suerte, al menos hasta ahora.

Desde este lado de la carretera es imposible no ver el hotel. Es como si la calle existiera sólo para que el hotel esté en ella. Está plantado delante de Else como un perro enorme y sumiso. Tiene iluminación exterior; unas luces altas a lo largo de la fachada le dan un aire lujoso, caro y extraño. De ella sobresalen unos mástiles sin banderas; las banderas sólo se ponen en verano para los turistas, supone Else. Con los toldos a ambos lados de la puerta, el edificio tiene una especie de rostro. Los toldos son los párpados, la palabra

GLOBAL impresa en los dos. Cuanto más arriba del edificio más pequeñas son las ventanas. Algunas están iluminadas. No hay ninguna abierta. Las costosas telas les dan un aspecto ostentoso. Puede ver las clásicas lámparas que hay entre las cortinas. En la parte delantera del hotel una verja pintada de blanco coronada de picos rodea toda la planta baja. Else se acuerda de una chica del colegio que tenía una cicatriz debajo del mentón por haberse caído encima de una verja similar; una de las barras le había atravesado el mentón, la boca y la lengua. Tuvieron que darle puntos.

Sobre la puerta principal del hotel, enorme incluso comparada con la ventana más grande, se ve la cabeza de un niño, un ángel o un cupido tallada en la dovela del arco. De la cabeza sale un ala con plumas, sólo una; las plumas se extienden a los lados del rostro a modo de intrincada barba. En algún momento hubo un hombre aquí esculpiendo esa cara, rebanando trozos como si la piedra fuese una tarta o un pan. El edificio del hotel parece bastante antiguo. Else se pregunta cuánto cobraría aquel hombre. Mucho. Lo suficiente. Peniques, en aquel tiempo. Se pregunta adonde iría a parar al final la piedra que se quitó para hacer la cabeza y las plumas y las otras curvas talladas de las puertas y las ventanas de abajo.

Empieza a recoger el dinero. Oscuridad invernal, frío invernal, la ciudad vacía por el invierno. No hay nadie en las calles. Ya no conseguirá más dinero esta noche.

Está empezando a llover.

Podría ir al sitio de la tienda de vídeos, si no hay ya alguien allí.

La mujer del hotel dijo que iba a hacer más frío. Para Else ya hace bastante frío.

Podría ir al albergue de invierno. *Las normas del Albergue son las siguientes*:

a. Este Albergue es sólo para la gente que de otro modo tendría que dormir en la calle.

b. No se permiten drogas ni alcohol en las instalaciones del Albergue de Invierno.

c. Los usuarios del Albergue de Invierno deberán comportarse correctamente dentro del edificio.

d. Se ruega a los usuarios que traten con respeto y consideración a sus compañeros en los trayectos diarios al o desde el Albergue.

e. El Albergue de Invierno abre a las 5 de la tarde y cierra a las 9

de la noche. Los usuarios deberán dejar el Albergue antes de las 9 de la mañana del día siguiente.

Else no usa el albergue siempre que puede evitarlo. Es una habitación llena de sueño ensordecedor, toses, ronquidos y voces de un montón de gente que duerme o que no duerme. Los aparcamientos de varias plantas (hay tres para escoger) son mejores, más tranquilos, puede que estén calientes, depende, y allí es menos probable que tengas que hablar o follar con alguien dependiendo del vigilante que esté de servicio. Allí no hay nada excepto el brillo de los coches vacíos y los espacios manchados de aceite que ocuparon y ocuparán otros coches. Los pisos de arriba son bastante silenciosos desde las once de la noche hasta las siete de la mañana. A veces se encuentra dinero. Monedas que se le caen a la gente de los bolsillos o de las manos cuando buscan cambio para el ticket de la máquina. Hay luces que permanecen encendidas toda la noche. Hay muros bajos que protegen del viento. Hay buenos sitios donde apoyarse. Hay cámaras; hay seguridad. Nadie te molesta, depende.

Else tiene donde elegir.

La cabeza voladora de la fachada del hotel. ¿Qué pasaría si te salieran plumas en vez de pelo? Estaría muy bien poder separar la cabeza del cuerpo y que volara sola. Else se pregunta adónde iría su cabeza si pudiera desprenderla, sostenerla en las manos y lanzarla al aire, y que se pusiera a volar, dejando el pecho, el abdomen y las piernas, y los brazos moviéndose en un gesto de adiós, elevándose por sí misma más allá del alboroto de los estorninos muertos de frío. El cielo se abriría. El techo se quitaría. Tendría mucho cuidado allí arriba. Esquivaría los aviones. Se encaramaría con su cuello-tallo a las copas de los árboles, se posaría en la punta del asta de la bandera (con cuidado de que el pico no le atravesase la barbilla) y miraría hacia abajo. Observaría el suelo. Toda la ciudad quedaría debajo de ella.

Allí abajo, allí, ve sus restos; el saco de dormir, la manta, la recaudación del día. Está todo amontonado en el lugar donde se sienta habitualmente, como un error, como basura, contra el borde del hotel.

Deja sus imaginaciones. Van a hacer que se vuelva loca.

Un taxi se para. Alguien se baja, paga por la ventanilla, sube los

escalones del hotel y pasa la puerta.

Ella podría pasar la noche en el hotel.

Esta noche podría pasarla en un hotel.

Esa mujer que le ha ofrecido una habitación en el hotel; nunca es tan arriesgada la oferta de una mujer como la de un hombre. Eso es de sentido común. Las mujeres no son tan fuertes normalmente, y de todos modos es menos probable que te hagan pasar un mal rato, aunque es igual de probable que te mientan. Pero ella podría asegurarse. Podría organizar un buen jaleo si las cosas no fueran bien. Seguro que habrá otras personas en el hotel. Un hotel dispone de personal que tiene que limpiar las habitaciones, o por lo menos lo hacen cada pocos días. Habría siempre alguien por allí, en definitiva, si ella corriera peligro.

Sin condiciones. ¿Quién sabe lo que eso significa?

Podría significar dinero.

Podría significar algo repugnante.

Podría significar algo bueno.

Incluso podría tratarse de un eufemismo, de una manera especial de referirse a algo que tal vez la haga feliz.

O podría significar algo que ella no sabe, que no puede saber aún, otra cosa. Algo. Else.[6] Y no se puede negar que ese día ha sido un día con suerte, hasta el momento. Se inclina hacia atrás, se estira para tocar el marco de la puerta de la tienda de moquetas. Tocar madera. Ése ha sido un día bastante bueno. Se trate de lo que se trate, podría merecer la pena, en definitiva, pasar la noche en su propia habitación, con cama y todo.

Mete el dinero de la chica a puñados en el bolsillo del abrigo, donde cae dentro del forro.

Cruzará la calle y recogerá las monedas que ha guardado bajo la manta y las pondrá también en el bolsillo. Después, caminará por la calle como alguien que va a pasar la noche en un hotel. Pasará debajo de la cabeza voladora. Ahora ya no sabría decir si sólo son imaginaciones, mientras pasa empujando la puerta giratoria hacia la bofetada de calor y los olores a carne y salsas que hay en el aire del hotel. Nadie la detiene. Va andando sobre una alfombra que se hunde como un barro esponjoso y pasa por delante de unas sillas que son tan grandes como ella. Nadie la ha detenido todavía. El mostrador de recepción le llega a los hombros. La persona que hay

detrás está al teléfono. A la luz, parece diferente, impresiona más. Está hablando muy alto, y con un acento especial. Algo corta las palabras cuando salen de su boca. Else imagina que el corte lo hacen unas tijeras dentadas; estrechos recortes de material sobrante, con los bordes en suave zigzag, que se desprenden de las palabras de la recepcionista, caen temblorosos al suelo y aterrizan alrededor de sus pies, bajo el mostrador de recepción, igual que las tiras de diálogo que salen de la boca de la gente en los cómics y los cuadros religiosos dibujados y pintados hace muchos siglos.

La recepcionista aprieta un botón, aleja de sí el auricular y se vuelve.

¿Qué desea?, pregunta.

Y luego dice: Ah, sí. Claro. ¿Qué… qué desea?

Else carraspea y traga.

¿Una habitación?, dice la mujer. ¿Para esta noche?

Else dice que sí con un gesto.

La mujer mira hacia los lados; parece más joven cuando hace esto, y nerviosa. Después, asiente con la cabeza, una vez.

Para una noche, dice muy alto. Claro, señora. Espere un momento, por favor.

Teclea algo en un ordenador, luego algo más. Aprieta un botón. Suena un timbre en un pasillo. Else se prepara para correr hacia la puerta. No ocurre nada. La mujer se levanta y se da la vuelta para coger una llave.

Else reprime una tos apremiante. Eso hará que el pecho le estalle, pero la contiene. La mujer espera, con las manos sobre el mostrador, hasta que Else está lista. Else ve que lleva una insignia con cuatro letras. L.I.S.E. Se pregunta a qué palabras corresponderán esas iniciales.

Habitación 12, dice la mujer. El desayuno en el comedor está incluido en el precio.

Cuando el pánico aparece en la cara de Else, la mujer sacude la cabeza ligeramente. Y sigue con su cantinela. Por favor, no dude en llamar si necesita cualquier cosa. El botones la acompañará a la habitación. Esperamos que disfrute de su estancia con nosotros aquí en el Hotel Global.

Le tiende una llave. Else la coge. Va unida a un contrapeso siete veces más voluminoso que la llave. Es más grande que la mano y la

muñeca de Else.

Jdr, dice Else. A la recepcionista le cruza fugazmente por la cara, como si le diera un rayo de sol, una expresión divertida.

Primer piso, dice sonriendo.

Else está dentro. Tumbada en el baño y mirando los grifos.

Ha estado observando los frasquitos de champú y cosas para la ducha, tan parecido todo a las medicinas para niños, tan apetecibles con sus vivos colores que ha abierto uno y lo ha probado con la lengua, como si pudiera sentarle bien para la tos. Ha observado la blancura de la toallita y la tira de cartón de alrededor con la G de *Global* impresa en ella. Alguien en una fábrica o taller de alguna parte ha envuelto el jabón en papel de modo que para usarlo tengas que desenvolverlo como si fuera un regalo. Hay discos de algodón y cada uno está empaquetado individualmente. El hecho de que estén empaquetados individualmente ha hecho que Else se sienta desgraciada. Ahora ya no puede dejar de mirar los grifos.

Estos dos grifos no han dejado nunca de estar resplandecientes. Todos los días ha entrado alguien y los ha limpiado para que parezcan nuevos otra vez. Else ve su propia imagen en el baño reflejada en cada una de sus curvas plateadas, en sus largos codillos, en sus suaves y relucientes pomos en forma de estrella, distorsionada, enrojecida y borrosa, reducida y comprimida en el reflejo. Ha querido encontrarlo gracioso. Una pigmea. Un fenómeno de feria. Pero se encuentra a sí misma amenazadora, tan pequeña y deforme.

El agua se acumula en el borde inferior de uno de los grifos, forma una gota y cae —es imposible que no caiga— a la bañera, donde se mezcla con el resto. El líquido escurre por la cara de Else y por sus pechos, y hace lo mismo. Cuando da en el agua, se convierte en agua.

Se acurruca en un lado de la bañera y observa los grifos y el reflejo en ellos de sí misma encogida.

Y qué tos le dio, sin embargo, una de las buenas, de las mejores; pero no hasta que el chico/hombre con el uniforme del hotel, que mantuvo la mirada baja todo el rato por las escaleras y a lo largo de la alfombra del corredor, se hubo marchado y la puerta se cerró con llave tras ella y no quedó nada excepto ella y las cuatro paredes y el cuarto de baño, otra habitación completa detrás de su propia

puerta. Una vez sola en las habitaciones, carraspeó y rugió como un león. Había dado respingos y sacudidas por toda la lujosa cama; le había dolido la hostia, como ella imagina que debe de doler parir. Parir una tos. ¡Enhorabuena! La feliz madre de mocos y escupitajos expectora una carcajada. El ruido que hace resuena en el cuarto de baño y la atemoriza. El no aire caliente del dormitorio había contribuido, haciéndole cosquillas en la garganta como una espátula de médico. Y luego, la satisfacción de toser en una habitación en la que no hay nadie más, abandonándose verdaderamente al silencio de un lugar sólo tuyo, un lugar donde no hay nadie que se quede mirando (o que no se quede mirando, que, algunos días, es peor). La satisfacción pura y creciente de remover tus viejos y amarillentos esputos, carraspear hasta llevarlos a la boca y escupirlos al agua de la taza del baño, oírlos caer y observar cómo se sumen y desaparecen; eso estuvo bien; realmente bien; una vez que se cerró la puerta, insistió con ahínco, como quien martillea sobre una roca, y rompió y escupió, echó todo lo que pudo en la limpia boca del inodoro para gente rica, y ahora, tumbada en la bañera, con su ropa en el suelo tirada en un montón sudoroso, y el sudor corriendo por su cuerpo, Else está agotada, todavía débil, con los músculos doloridos por el esfuerzo, pero ha merecido la pena, sí.

La habitación del hotel es una colección de cosas, todas haciendo juego. Hay un frigorífico con bebidas y chocolate en su interior; en la puerta, Else lee un letrero: *Bienvenido a su Minibar Global. Este Minibar está equipado con láser. Cualquier cosa que se retire del Minibar durante más de veinte segundos se cargará automáticamente en la cuenta de su habitación. Puede ver la lista de precios del Minibar en el folleto informativo Global. Global le pide por favor que no guarde nada en el Minibar, ya que activaría el láser. Hoteles Global. Por todo el mundo.* La cama es buena. Huele a limpia de un modo que no huelen ni siquiera esas tiendas llenas de cosas que nadie ha tocado todavía. Una tarjetita doblada sobre la almohada dice: *Por favor, marque el 0 para que alguno de nuestros empleados venga a abrir la cama cuando quiera usted acostarse. Hoteles Global. Para nosotros usted es lo más importante del mundo*. Else se preguntaba al leerla si se debería al hecho de que hubiese tantas mantas; ya que, al estar tan cargada la cama, eran necesarias dos personas para echar la ropa hacia atrás. Hay una alfombra en la

habitación, y tazas con una G grabada en ellas; un hervidor de agua, una tetera y unos sobrecitos de café y tés. Hay varias clases de té. Else ha mirado en un cajón. Hay un secador para el pelo.

En la parte de atrás de la puerta: *Lista de Precios. Hotel Global. Por todo el mundo*. Un espejo enorme. Else no se miró. La habitación tiene siete lámparas diferentes. Else ha encendido sólo una. Colgado en el armario, más blanco que un fantasma, un albornoz de felpa. Al fondo del armario, un trozo de tela con la foto de un par de zapatos impresa en ella. Un trozo de papel. Else lo leyó en el baño. *Servicio de lavandería, Nombre… Habitación… LIMPIEZA EN SECO, traje con chaleco £10.50, Traje 2 piezas £8.40 Chaqueta Pantalones Abrigo £5.40 cada prenda Abrigo £10.80 Anorak/chaquetón £5.80 Prendas de punto £3.90 Vestido — día £5.00 noche £9.00 Falda — lisa £4.00 plisada £7.00 Blusa/camisa de seda £6.00 Corbata £3.00 chaleco £4.90*. El trozo de papel está en el suelo del cuarto de baño junto a su ropa, humedecido con sus manos por haberlo leído en la bañera. Else tendrá que secarlo (puede hacerlo con el secador) antes de volver a ponerlo en el armario.

Después de que el chico/hombre que la acompañó a la habitación hubo cerrado la puerta, Else se quedó a un lado de la misma. Tras unos minutos, se sentó en el borde de la cama. Es una cama muy alta; los pies no le llegaban al suelo. Se sentó en ella un rato mientras leía las cosas que se podían comer allí esa noche. Terrina de codillo ensalada de panceta *taglionne* de gambas con ajo y parmesano venado salchichas *pommes purée créme brûlée* grand marnier y fruta del tiempo *parfait*. Entonces empezó a toser. Luego, cuando dejó de toser, intentó llegar a la ventana para abrirla, pero no se abría, o ella no pudo hacerlo. Después, se decidió a tomar un baño. Se quitó las botas, los calcetines, los tejanos, el abrigo, el primer jersey, el segundo, la camisa y dos camisetas, y lo había llevado todo al cuarto de baño, donde podía vigilarlo.

Ahora está en la bañera del hotel, mirando los grifos.

Ella ya ha sido importante antes de ahora. Ésta no es la primera vez que lo ha sido, y no sólo lo son las personas que se alojan en los hoteles. Hubo una periodista el año pasado, o el anterior, en primavera, que trajo a un fotógrafo con ella que fotografiaba las cosas que lleva la gente de la calle en los bolsillos. Else vació sus bolsillos en la acera y el hombre fotografió las cosas. La fotografía

era para un periódico dominical. Puede que miles de personas hayan visto el contenido de los bolsillos de Else. La periodista había escrito debajo el nombre de Else; la gente que leyó el periódico habría leído su nombre igual que vio las cosas de la foto; la palabra de su nombre y la fotografía de lo que era suyo ha pasado delante de los ojos y por los cerebros y quizá a las memorias de tal vez millones de personas.

A Else se le había olvidado aquello.

Ya no tiene ninguna de aquellas cosas que llevaba entonces en los bolsillos.

Son sólo grifos. Sólo unos puñeteros y estúpidos grifos. Lo único que pueden hacer es lo que tú les hagas hacer. No pueden hacer otra cosa. Ninguna, Else. Extiende el brazo hacia delante y hace girar el pomo del grifo del agua caliente. Lo abre todo lo que puede. El agua va subiéndole por los costados. Cuando está demasiado caliente para quedarse dentro, sale a toda prisa, y cuando el nivel del agua llega al borde de la bañera, estira el brazo para quitar el tapón. La cadena está también demasiado caliente. Se envuelve la mano en un calcetín, la mete en el agua, da un tirón y saca la mano del calcetín lo más rápidamente posible. Casi con tanta rapidez como el agua sale de la bañera, vuelve a caer con fuerza dentro de ella desde el grifo. Else se sienta sobre su ropa en el cuarto de baño lleno de vapor.

Ha decidido no usar las toallas; son demasiado blancas, dobladas en gruesos pliegues sobre una estantería de cristal junto a la taza. Se seca en el dormitorio con su jersey. Cuelga la prenda húmeda sobre el radiador.

Alguien en la habitación de al lado o en la de encima está viendo la televisión. Else oye voces apagadas que cambian y música tenue que choca consigo misma y carece de sentido. Hay lluvia en la ventana. Apaga la luz. Si la chica de la capucha, cuyo dinero tiene ella ahora, estuviera sentada enfrente, vería a Else sin ninguna ropa encima de pie junto a la ventana.

Bien podría haber treinta libras, piensa Else.

No hay nadie junto a la puerta de El Mundo de las Moquetas. Casi no hay nadie en la oscuridad de la calle. Pasa un coche; el ruido del motor no es más que un susurro.

Else se fija en que las ventanas del hotel son más gruesas que las

ventanas normales. No se pueden abrir.

Tiene mucho calor.

Ve pasar otro coche. Las luces de los vehículos brillan más cuando la carretera está mojada. Las palabras iluminadas del letrero de neón del escaparate de El Mundo de las Moquetas arrojan colores sobre la acera empapada; naranja, rojo, amarillo; el aguanieve funde los colores. Se pregunta cómo será el sonido tras los cristales del escaparate, si se oirá la lluvia desde allí, si el ruido de los coches que pasan será alto. Se imagina pasando la noche en la tienda. Sería fantástico. Estará ventilado y fresco aquel lugar. Podrías elegir un modelo distinto de moqueta cada noche. Podrías elegirlo a la luz que despide el letrero de neón. Podrías desenrollar moquetas en las que nunca ha pisado nadie, ser la primera persona de la historia en poner el pie en ellas.

¿Y qué va a pasar con su manta y su bolsa, que están a la intemperie? Se van a mojar sus cosas.

Debería bajar a cogerlas.

Podría bajar y comprobar si la tienda tiene una puerta o una ventana traseras. Podría cruzar hasta allí ahora mismo. Los rollos de moquetas llegan hasta el techo. Hay tantas moquetas allí.

Irá en cuanto se le sequen el jersey y los calcetines. Cogerá sus cosas, y si no encuentra ninguna entrada en la parte de atrás de la tienda, llegará hasta el aparcamiento de varias plantas de Bank Street.

Pero primero podría sentarse en la cama y contar el dinero. Podría amontonar las monedas, las de un penique en un lado, las de dos en otro, y así con las de cinco, las de diez, las de cincuenta y las de una libra, todos los montones en fila, como el contable de un cuento o una novela de hace cien años, cuando contar peniques importaba tanto que había personajes dedicados a esa única función.

Else se sienta desnuda en la cama, sosteniendo el abrigo, cuyo forro resulta pesado debido a la calderilla. Se echa hacia atrás. Apoya la cabeza sobre firmes cojines. Tiene sudor en la frente, o agua del baño, no sabría decir. Cierra los ojos. En su imaginación aún ve las cosas que fotografió el fotógrafo, las cosas que tenía ella en los bolsillos, colocadas en la acera. Junto a ellas, su nombre. ELSPETH. No les había dicho su apellido.

Cosas que tenía en los bolsillos en la fotografía del periódico dominical:

Una pinza de ropa de plástico azul.

El lapicero que se encontró en la taquilla de apuestas.

La postal que envió a sus padres cuando fue a Venecia, que luego acabó doblada y arrugada, con un hombre en una góndola, una postal antigua, con aquellos falsos colores brillantes.

Un poco de alambre enrollado.

Una caja de cerillas.

Una cucharilla.

Un peine.

Una moneda de diez peniques.

Un sabor a plata, metálico, a flemas.

El grifo sigue abierto, al máximo, en el baño. Suena como si lloviera a chaparrón. En unos instantes abrirá los ojos, se levantará y se irá. Coge el abrigo y se lo pone por encima. En su interior la calderilla se acumula primero, y luego se desparrama. Mete los pies bajo el abrigo. Aunque hace bueno en la habitación, de alguna manera hace mucho frío también.

Le late la sangre. Lo nota. Lo ve. De hecho ve su sangre moviéndosele dentro de los ojos, en un encuentro entre luz y oscuridad. Tras los párpados, los iris se abren y cierran al ritmo de su pulso, como las ágiles corolas de las flores sensibles a la luz o el obturador de una cámara.

futuro condicional

Acerca de ti — continuación

Si necesitas ayuda para rellenar este impreso, o alguna de sus partes, llama al 0800 88 22 00.

Háblanos de ti.

Bueno. Soy una persona buena.

Fue en algún momento del futuro. Lise estaba acostada en la cama. Prácticamente ésa era toda la historia.

En unos instantes se sentaría. Luego, tras haberse recuperado del esfuerzo de sentarse, trataría de encontrar el lápiz entre los pliegues de la ropa de la cama, y después escribiría las palabras en el impreso.

Luego tacharía la palabra buena, y escribiría la palabra enferma.

Soy una persona enferma.

Eso es lo que haría. Lo haría. En un minuto. ¿Cuántos minutos tiene una hora? Eso es algo que ella sabía, sencillamente, como tantas cosas que se saben. ¿Cuántas horas tiene un día?, ¿y semanas un año? Ésa era la clase de cosas que sabían los niños, la clase de cosas que se supone que no se olvidan nunca. Pero ahora había días en los que no recordaba cuántos meses tiene un año. O en qué mes estábamos.

Era verano, ahora, así que era uno de los meses del verano, hacia la mitad. No estaba segura de cuál, o cuáles eran los meses que tenían treinta días y cuáles treinta uno y cuáles treinta y dos. Ni siquiera qué día de la semana era hoy. Mañana (a lo mejor) se acordaría.

Hoy, sin embargo, lo que sí sabía claramente era:

Mazola

Aceite puro de maíz

Mazola

Realza los sabores
No notará el aceite
Sólo el sabor de la comida
Con Mazola

La voz que estaba cantando la canción de Mazola en su cabeza, la misma voz de mujer que la había cantado en el pasado entre programa y programa y que salía por los agujeros del altavoz de un lateral del televisor, era agradable, tranquilizadora. Mazola realza los sabores. Las imágenes de la botella de aceite, y las de las manos de la señora, delicadas y con sortijas, echando las patatas fritas sobre papel de cocina y retirándolas de él, había demostrado en un momento a millones de personas lo poco grasientas que estaban las patatas, el poco aceite que había quedado en el papel.

Lise espiró. Y luego, inspiró.

Lise estaba acostada en la cama, en su habitación, en su apartamento, en el sexto piso de un bloque de varias plantas, tras unas ventanas que daban a las paredes de otros bloques de apartamentos. Por encima y por debajo de ella la gente seguía adelante con la vida. Arrastraban taburetes de cocina, abrían y cerraban las puertas de la calle, apagaban y encendían televisores y radios y gritaban recados a través de los tabiques de las habitaciones a los seres queridos o a las personas con las que vivían. Fuera, en el mundo, la gente todavía iba de un lado a otro y hacía cosas. Por ejemplo, iban de compras. Eran capaces de entrar en una tienda y no sentirse desfallecidos o mareados o raros físicamente sólo porque la cantidad de personas comprando cosas y el número de cosas que pueden comprar se acumularan en un único espacio techado con el ruido de las cajas registradoras, que tableteaban sobre los recibos por las cosas compradas, y los colores de todos los productos que podrían comprarse girasen baldamente de un pasillo a otro.

Baldamente. ¿Existía esa palabra? No se acordaba. No estaba segura. Parpadeó. La oscuridad cayó con los párpados, y volvió a levantarlos. Tras la piel y los huesos de la parte anterior de su cabeza la canción de Mazola empezó otra vez. Mazola, aceite puro de maíz.

Lise estaba acostada en la cama. Eso era lo que hacía. Había algo que tenía que anotar. Estaba esperando a recordarlo. En su cerebro

los pensamientos tardaban en salir a la luz, como la turba removida por alguien a quien sólo se percibe en la lejanía, al borde de un campo que espera, una persona tan empequeñecida por la distancia y tan lenta por la edad o el agotamiento que apenas podría levantar la pala.

Lise no se encontraba bien.

Bien[7]: una palabra sin fondo, cuya profundidad la gente sana calcula, por diversión, arrojando monedas e inclinando luego la cabeza sobre el agujero, con una mano detrás de la oreja, a la espera de oír llegar la moneda hasta el agua para pedir un deseo. ¿Qué podría ocurrírsele desear a la gente sana, cuando ya lo posee todo? Mal[8]: lo contrario de bien. Tiene que haber un lugar en el que las cosas estén niveladas, un lugar espacioso, adverso a la narrativa. Allí nada sería posible. Allí no podría ocurrir nada, durante un tiempo.

En cambio Lise, acostada inmóvil en la cama, comprendía; era como si hubiera estado suspendida sobre el muro de un pozo como el del último párrafo y hubiera estado precipitándose en él, durante semanas, del mismo modo monótono y anodino, igual que Alicia elucubrando confusamente sobre murciélagos y gatos, mientras cae movida sólo por una lánguida gravedad, en un lugar donde un segundo de tiempo se hacía tan largo y sutil que se veían venas en él; y todos esos segundos, todo ese tiempo, ella (Lise) apenas parecía haberse movido, aunque en realidad los laterales del túnel pasaban volando ante ella a miles de millas, tal vez millones, por hora, y la pared curva y su resbaladiza y fría superficie de ladrillo a sólo unos centímetros de la piel de la nariz, la barbilla y los nudillos de manos y pies, y su cuerpo entero tenso, preparado, esperando en cualquier momento darse contra ella, contra el agua.

Así que había una historia después de todo, en algún lugar, insistente, que enlazaba este lugar, el anterior y el siguiente, y ella estaba tratando de recordarla. Pero esa mañana lo único que de momento recordaba andaba rondándole tras el duro hueso de la frente como el vulgar anuncio que era. Cuando no era la canción de Mazola, sinuosa con su oleaginosa oferta, era la voz mucho más aguda, más pura, de la mujer que cantaba: Tráeme manzanas, Tráeme (algo), Tráeme avellanas, Tráeme trigo, Tráeme cosas buenas, Para comer, Kellogg's Country Store.

Esa voz aún resonaba (en su cabeza después de todos esos años) como si su dueña hubiera sido criada con cosas sanas, muy buenas; parecía sugerir que el hecho de haberlas comido todos los días la había convertido en la cantante de repertorio clásico ligero y de creciente prestigio social que era, y que le había proporcionado el moralmente irreprochable empleo de cantar en televisión acerca de estas cosas buenas precisamente para beneficio de otros.

Fuera brillaba el sol. Eso carecía de importancia.

De nuevo había algo que Lise tenía que anotar. ¿Qué era?

Soy una persona ( ).

Estaba segura de que había un lápiz por algún sitio sobre la cama, o dentro de la cama.

No se creía capaz de cruzar la habitación para coger la libreta del asiento de la ventana.

Deirdre se la alcanzaría cuando llegase.

Pero Lise podría tener que escribirlo antes de que Deirdre llegase. ¿Y si lo recordaba y tenía que anotarlo antes de que Deirdre llegase, no fuera a ser que lo olvidara? Podría escribirlo en la guía telefónica. Estaba justo al lado del teléfono. El teléfono estaba justo al lado de la cama. Sólo sería preciso un mínimo movimiento, eso era todo, para alcanzar la guía telefónica y luego podría arrancar unas páginas y escribir en ellas. Podría escribir en la cara interior de la cubierta, y luego en las primeras páginas, en las que habría espacios en blanco, y luego en las páginas de los números, en los espacios entre ellos, o a su alrededor, en los márgenes; era poco probable que se quedara sin espacio. Estaba segura de que no tendría mucho que decir. Lo que tenía que decir sobre cualquier tema apenas llenaría las páginas de los nombres que empezaban por la A de la gente que vivía en su misma zona.

Sin embargo, arrancar páginas sería una tarea difícil. Podría sostener la guía sobre las rodillas, pero parecía tan voluminosa y pesada con las vidas de los miles de desconocidos que había en ella. Y mira, de todos modos tenía un papel en la mano, doblado, esperando allí ya. ¿Qué era?

Acerca de ti — continuación

En un minuto se sentaría, en un minuto encontraría el lápiz.

Anota los síntomas, le había dicho un médico. *Lleva un diario y escribe qué sientes, qué notas*.

Háblanos de ti. Soy buena/una enferma.

Lise estaba acostada en la cama. Había que rellenar un impreso. Era importante. Tenía el impreso en la mano. Podría haber estado en su mano durante horas; no recordaba haber cogido ningún impreso o haberlo sacado de ningún sobre. Podría haber estado dormida durante días y despierta durante días, sosteniéndolo. ¿Quién sabía? Le preguntaría a Deirdre cuando llegase. *Cuestionario de Incapacidad Laboral. No se demore en rellenarlo y enviarnos este cuestionario, ya que podría perder dinero*. ¿Cuántos días llevo con este impreso en la mano?, se preguntaba Lise. ¿He perdido dinero?

Deirdre lo sabría.

En cuanto pudiera, Lise lo empezaría. Yo. En cuanto encontrara un lápiz. Soy.

Una buena persona. Intento serlo. Sujeto la puerta de las tiendas de las que salgo o en las que entro a las personas mayores, o a las madres con cochecitos, a cualquiera, en realidad, que venga después o hacia mí, no tienen por qué ser madres o ancianos. Me estremezco con las noticias de la televisión cuando muestran cadáveres en diversas partes del mundo, me compadezco de los familiares de las personas asesinadas, que salen en la televisión mostrando su dolor; me preocupa la gente que vive en zonas en guerra. Me preocupan los niños maltratados por sus padres u otros mayores. Me preocupa la gente a la que torturan. Me preocupan los perros Beagle, a los que atan a máquinas y obligan a fumar, y los caballos criados para obtener estrógeno cuyos potrillos son sistemáticamente sacrificados. Me preocupan los vegetarianos que no encuentran menús adecuados en los restaurantes, y por tener que aguantar los sarcasmos de la gente por el hecho de ser vegetarianos, y también me preocupa que a los que comen carne no se les reconozcan sus derechos democráticos, y que los fumadores desesperados por un cigarrillo se encuentren atrapados en lugares donde no se les permite fumar. Me preocupan los pulmones de los fumadores. Siempre ayudo a las personas que van cargadas a subir los peldaños del autobús. Soy amable con la gente cuando estamos haciendo cola. Siempre dejo pasar por delante de mí a la gente que tiene menos cosas que pagar en caja. Soy educada cuando conduzco. Respeto, más o menos, el límite de velocidad en zonas habitadas. Dejo que los coches que salen de carreteras adyacentes se

incorporen a la cola. Cedo el paso.

No soy nada del otro jueves. No soy ninguna santa. No intento cambiar el mundo. Pero cuando vea una araña en el suelo, pondré un vaso encima, deslizaré una tarjeta por debajo con cuidado de no pillarle las patas y luego abriré la puerta y la dejaré fuera. ¿Está eso bien? O, si hay horas extra en el hotel y alguien las necesita, yo cederé. Si alguien me pide que le cambie el turno, lo haré, por supuesto que lo haré, si puedo.

Habría, Hice. Era. Todo —los coches, los autobuses, el trabajo, las tiendas, la gente, todo—, aparte de esta cama en la que se encontraba acostada, estaba en un tiempo distinto. Ahora: soy una persona enferma. No hago nada. Me duele la piel. Me duele la cara. Me duele la cabeza. Me duelen los brazos. Me duelen los hombros, la espalda, las piernas y los pies, a diferentes horas normalmente, aunque en ocasiones todo a la vez. El dolor se desplaza por mi cuerpo clavando estacas en él como si yo fuera un territorio nuevo que hay que reivindicar. Mis manos se mueven como si fueran de piedra. Les pesan a los brazos. Cuando iba al médico, que no estaba muy lejos, sólo cuestión de unos cientos de metros —aunque ahora una pequeña habitación puede ser un desierto, una vasta llanura azotada por el viento desde una pared hasta la otra— me di cuenta de lo que puede significar el movimiento a cámara lenta. Ésa fue la última vez que mi corazón voló, y voló dentro de mí como un pájaro enjaulado, un mirlo encerrado en un cuarto de estar dándose golpes entre unos muebles que para él carecen de sentido.

No he estado fuera de la puerta del apartamento ni bajado las escaleras ni salido del edificio desde entonces.

Qué pequeño se me ha hecho este mundo. Qué enorme es ese mundo. He visto París en televisión. Fue terrorífico ver una ciudad llena de gente caminando, de humos, de coches ruidosos, y los días sucediéndose.

Desde entonces no veo televisión. Me duele el corazón. Duele como un corazón partido. La luz duele. La oscuridad cae sobre mí como una especie de apatía, y tengo miedo de que esta apatía duela también, de que me esté hiriendo por todas partes y que una terrible mañana me despierte y descubra que puedo sentirla.

Duermo mal. Permanezco despierta esperando a dormir mal otra vez.

No sé cuándo seré capaz, o si seré capaz, de hacer, bueno, algo, de nuevo.

Lise estaba acostada en la cama. Se preguntaba cómo decir todo esto en el impreso.

Su médico había hecho un gesto con la cabeza; *en realidad no encontramos nada malo*, había dicho. Estuvo muy amable. Ella no podía hacer nada. *Quizá tengas algo que todavía no puede diagnosticarse. Le pasa a mucha gente. Por ejemplo, el número de linfocitos y monocitos en este momento es ligeramente alto. Podría indicar que ya has vencido una pequeña infección viral. También podría no indicar nada, podría indicar normalidad absoluta*.

Lise estaba acostada en la cama. Deirdre vendría a las cuatro. Eso era normalidad. Lo único que Lise recordaba ese día era la cantinela de los desperdicios; la cantinela de botellas de plástico y paquetes de cartón de cereales, cosas hechas y comidas hace mucho tiempo, desde hace mucho tiempo descompuestas o enterradas en un vertedero. Alguien era responsable. Era culpa de Deirdre, esto, que lo único que ella recordara fuera basura rimada. Estaba en la sangre de Lise como un germen; ella misma se había reducido a un verso insulso después de todo. En alguna parte de su estructura genética había versos insulsos y malas rimas dignas de olvido inmediato, ¡ja!, ¡ja! Se lo diría a Deirdre. Eso tal vez la hiciera reír. En un determinado momento de ese día, como todos los días, serían las cuatro. Los momentos se harían minutos, después horas, las manecillas del reloj formarían su airoso ángulo y se abriría la puerta y entraría su madre, triunfo y desastre al mismo tiempo. Quizá esto fuera importante desde el punto de vista clínico, algo que debería haberle contado al médico además de los dolores de cabeza reumáticos musculares de espalda migrañas molestias dentales síntomas gripales fiebre neuralgias náuseas etcétera no diagnosticables. Quizá era importante. Detrás de mí, debajo de mí, hablo en serio, doctor, extendiéndose por la tierra que piso hay siglos de antepasados que quizá sufrieron la misma enfermedad de ineptitud artística que yo he heredado directamente de mi madre. Tal vez vosotros hayáis oído hablar de ella. ¿No?

En el pasado la niña Lise se preguntaba adonde se habían ido los miles de rostros de su madre en todas aquellas carátulas de cartón. Quién los habría comprado y llevado a su casa, qué habitaciones

mirarían. ¿Dónde estarían ahora? Aquellas sonrisas. Aquella voz guardada entre los surcos. ¿En el cielo de los lp? ¿En tiendas de segunda mano amontonados junto a equipos estereofónicos robados? ¿En la parte de atrás de aparatos hi-fi pasados de moda instalados en módulos de muebles pasados de moda colocados al lado de tresillos pasados de moda en las casas de los ancianos padres de alguien, junto con álbumes de Val Doonincan y Lena Martell, Bobby Crush, Lena Zavaroni? Cuando estaba en la cúspide de su fama, Deirdre aparecía una vez por semana en un programa comercial de televisión improvisando versos sobre las noticias y acontecimientos de actualidad. Su poema más conocido, «La tarjeta del viejo ordenador», había rondado la lista de los cien principales discos pop; el lamento cómico de una tarjeta de ordenador toda perforada sobre cómo los nuevos ordenadores del mercado habían dejado obsoletas las tarjetas. Deirdre hizo una gira por teatros regionales y firmado muchos álbumes a sonrientes pensionistas.

Eso había sido veinte años atrás, cuando Lise era pequeña. Ahora los pensionistas estaban muertos y su madre, canosa, en sus cincuenta y tantos, y acudía alguna que otra vez a la radio local, donde la gente se reía de ella e imitaba su acento foráneo. Con los años, los años la habían hecho desgraciada. Deirdre, la Reina de las Penas.

Pero la enfermedad de Lise la había hecho feliz. Al pasar por la puerta de la habitación a las cuatro daba vueltas, volvía a la vida otra vez, bailaba su propia sintonía, como la heroína de una comedia de costumbres, en el cuarto de su hija enferma, una habitación que no es realmente una habitación pero que una serie de personas la han ido llenando con todas las mesas, armarios, cosas en la pared y libros desparramados que se supone que hay en las habitaciones, y sus tres paredes abiertas a un público que está deseando reír y aplaudir, que se muere por reír con alguna estupidez trasnochada, algún verso malo, algún chiste de mal gusto; un público que ya ha sido engatusado con la actuación de entrada de un humorista que contaba historias racistas o ligeramente subidas de tono. Deirdre entraría en el momento justo de los cálidos aplausos, con su fular veraniego y su compasión, pero feliz, feliz, feliz, porque en este momento determinado de su vida (sí, una serie de momentos más o menos consecutivos en toda una vida de

millones y millones de momentos y posibilidades exhaustivas) se veía animada, más feliz de lo que había sido en muchos años, plena con la importancia renovada de su nuevo y principal proyecto.

Lo que te pasa a ti, le decía muy seriamente Deirdre a Lise, que llevaba ya tres semanas de reposo, los primeros días de los más felices de Deirdre mientras se arrodillaba al lado de la cama y acercaba la cara a la de Lise todo lo que podía sin dejar por ello de ver con nitidez, es visionario y poético. Es como el poema de William Dunbar, ¿te acuerdas? Un hombre movido por el viento igual que un sauce. *Este engañoso mundo no es sino fugaz*. ¿Te acuerdas? Es revelador estar enfermo como tú lo estás. Es un estado místico. Algo brota de las fiebres en este mundo, mi niña; los profetas tenían fiebres y visiones; algo saldrá de esto. No hay mal que por bien no venga, Lise, no hay mal que por bien no venga, ¿no te parece?, ¿no te parece?

Tu niña. Al otro lado de los ojos apretados de Lise, Deirdre estaba sobre la alfombra, sonriente y entusiasmada. Casi temblaba de entusiasmo. Después de un rato, Lise la había oído subir, ir a lavarse las manos (se lavaba mucho las manos, por si acaso era contagioso). Su madre estaba en el baño canturreando, cambiando de sitio las toallas. Al fin aparecía el verdadero arte. Tres días después anunció su nuevo poema épico, que se llamaría «Hotel World».

Ese día, Lise, tumbada en la cama, no podía recordar nada más que el confuso significado de lo que Deirdre le había leído en voz alta de «Hotel World» —un juego de palabras metafísico, del cual Deirdre se sentía muy orgullosa, sobre la cadena de hoteles Global, en la que Lise había trabajado—, con rimas como espiral con post-viral, escritorio con microbio, cavilo con bacilo. (Aunque, si hubieseis estado allí y se lo hubierais preguntado, Lise no habría recordado más que algún fragmento; así era, por ejemplo, la estrofa cuarta de «Hotel World»:

Un día trabajaste en Recepción
encargada del registro, hija querida.
Pero ahora te encuentras registrada
en tu propia Habitación.
Un cuarto cuya llave es misteriosa

las vistas son limitadas y austeras,
su función es imperiosa,
y el minibar, la Aprensión.

Deirdre se sentaba a los pies de la cama, pluma en ristre. Cuéntame alguna cosa, le decía casi todos los días. ¿Te sientes con fuerzas, cariño? ¿Te encuentras con fuerzas hoy? Eso te ayudará a concentrarte. Concéntrate para Deirdre. Lise. ¡Lise! Cuéntame algo. Algo del hotel, por ejemplo. Cualquier cosa cotidiana me vale. Y cuando se marchaba a las seis y media, seguía diciendo mientras salía por la puerta: Y recuerda, Lise, si puedes, si pudieras, anótalas para mí, porque, cuando las recuerdas, las cosas han sucedido. Cualquier cosa que recuerdes, cualquier cosa. Nunca se sabe qué puede ser importante.

El poema sólo llegaba a la octava estrofa, aunque iba a ser una epopeya; daba tiempo para una enfermedad bastante larga. Pero el hecho es, el hecho es que Deirdre vendría. Estaba al llegar. Incluso en la intemporalidad de un día normal de una persona enferma, sin horas definidas, invisible para el resto del vertiginoso mundo, aparecía Deirdre a las cuatro.

Lise estaba acostada en la cama, mirando al aplique de la luz. Era agotador simplemente estar acostada y mirar hacia arriba. Los dolores le sacudían la cabeza a través del cuello. Pataleaban dentro de ella contra la membrana de su cerebro. Olían a estiércol y a animal. Pisoteaban todo lo que ella conocía. Eran tan pesados como una manada de bisontes. Levantaban polvo. Aparte del polvo, el ruido: *Toma nota para mí de las cosas que recuerdes*, decía la madre-poeta. *Anota los síntomas*, decía el médico. *Relléname*, exigía el impreso oficial. *Tráeme manzanas, tráeme algo*, cantaba la señora del anuncio (encantadora y con un aspecto muy saludable) de los cereales Country Store.

Tráeme algo. Era desesperante no poder recordar qué era lo que faltaba en la receta del anuncio. ¿Tenía dos sílabas o tres? Lise no se acordaba. No notas el aceite. Sólo el sabor de la comida. No había nada en la canción de Mazola con que hacer una rima, excepto la propia palabra Mazola. A Dios gracias. Era un alivio. Era muy simple, aceite de maíz.

Cómo rellenar el resto de este impreso

Por favor, use los recuadros de las secciones Más datos que hay en cada página para decir con sus propias palabras cómo afecta su enfermedad o discapacidad a su vida diaria. Díganos

el dolor, el cansancio, la dificultad para respirar que siente cuando realiza las tareas cotidianas

el dolor, el cansancio, la dificultad para respirar que siente después de realizar las tareas cotidianas

No es necesario que lleve a cabo las actividades expuestas en el cuestionario. Díganos si podría o no realizarlas, según la experiencia que tiene de su enfermedad o discapacidad.

Si necesita más espacio, por favor use el recuadro de la página 18.

Lise estaba acostada en la cama. ¿Estaba mintiendo?[9] ¿Estaba fingiendo, acostada en la cama? El impreso le hacía preguntárselo a sí misma. Le ponía nerviosa. *Tal vez usted no esté enfermo. Demuéstrenos hasta qué punto está realmente enfermo*, decía. Lise se movía lo menos posible. Dejó que las hojas pasaran solas levantadas en el aire hasta que encontró la página 18. Estaba casi al final del impreso. Tenía un espacio de aproximadamente quince por quince centímetros. Tendría que buscar algo para llenarlo. Dejó caer el brazo; lo había tenido en alto el tiempo suficiente como para que le doliera.

Podía rellenarlo con algo de lo que a Deirdre le gustaría que le contara cuando llegase a las cuatro.

A Deirdre probablemente le gustarían, por ejemplo, cosas así. Cómo las camareras que había conocido en el hotel, por lo menos las más decididas, tenían la costumbre de limpiar los asientos de los inodoros en las habitaciones excepcionalmente sucias con las toallas de tocador de los clientes. Que se divertían probándose ropa que los clientes habían guardado en los armarios y cajones de los cuartos cuando ellos se encontraban fuera del hotel. Que, para ellas, el registro de equipajes de los clientes era obligatorio. Que una de sus cosas favoritas era darle al botón de las pilas de las caras cámaras fotográficas que los ricos dejaban en las habitaciones, para que se consumieran sin que ellos se dieran cuenta.

A Deirdre también le fascinaría la abundancia de escupitajos que se lanzaban, escupitajos lanzados al azar, sin tener en cuenta de qué cliente se trataba ni la esplendidez de su propina, en la comida servida en las habitaciones y en la del restaurante, en la cocina de

un Hotel Global normal, y se quedaría especialmente sorprendida por la cantidad de clases de bacterias (incluyendo varias que se encuentran habitualmente en la orina) que podrían haberse identificado mediante un sencillo examen científico de las superficies de los caramelos de menta que se dejan a disposición de los clientes que llegan o se van en el gran cuenco de cristal opaco colocado sobre el mostrador de Recepción tras el que ha trabajado su hija durante dieciocho meses después de terminar sus estudios y antes de caer enferma.

A decir verdad, Deirdre habría estado encantada con cualquier información, como por ejemplo lo pesadas que las sábanas les resultaban a las camareras (las sábanas son extraordinariamente pesadas, y el personal del hotel no está regularmente autorizado a usar el ascensor de los clientes), o cómo la señora Bell se llevaba a las chicas nuevas a la habitación que había detrás de Recepción y les hacía practicar en la hora del almuerzo con los rollos de papel higiénico hasta que sabían doblar los bordes en ángulo recto. (No sólo para complacerme a mí, decía la señora Bell, dando golpecitos con el lápiz sobre la mesa, sino para que sea evidente el cuidado que se ha puesto al preparar los cuartos de baño de la cadena hotelera Global. ¿Cuál es la palabra clave, chicas? Cuidar del Cliente. Una chica nueva había sido despedida, aparentemente por falta de limpieza, pero en realidad por apostillar a la señora Bell que la palabra clave eran en realidad tres palabras.)

O, simplemente, información sin adornos ni romanticismos como, por ejemplo, que cada empleado recibía por las mañanas a las seis en su casillero un trozo de papel con un gráfico de las habitaciones que indicaba los clientes que seguían allí y los que no. Esto le habría sido a Deirdre de alguna utilidad, quizá, o la broma de Recepción, cuando no andaba por allí ningún jefe ni había mucho trabajo, que consistía en contestar el teléfono diciendo: *Buenas tardes, Hoteles Global, ¿qué desea.? Un momentito, por favor, le pondré con Administración de Habitaciones*, y luego apretar el botón 9 (que transmitía el Concierto para piano número 23 de Mozart), dejar el auricular sobre el mostrador, esperar todo el tiempo de que dispusieras, apretar el botón 9 otra vez y decir por el mismo auricular, con otra voz, como si fueras una persona distinta: *Administración de Habitaciones, Hoteles Global, ¿qué desea?*

O cómo, cuando trabajas en un hotel, hagas lo que hagas, tanto si se trata de sonreír a los clientes en el mostrador principal o de escupir dentro de la comida en la cocina, quitar de las sábanas los olores de la gente o fumar en las salidas de incendios en contra de las normas, sea lo que sea, aprietas la cara, con la nariz aplastada y la expresión distorsionada y fea, contra la ventana de la riqueza ajena, tarea por la que, normalmente, estás bastante mal pagado.

Todas estas cosas y un montón de cosas más como éstas le habría gustado escuchar a Deirdre, le habrían parecido útiles, si Lise hubiera podido recordarlas. De hecho hacer el esfuerzo de pensar en el hotel le había traído a Lise algo a la memoria. Pero no terminaba de precisar qué era. Algo sobre bañeras, sobre una bañera, algo que ver con un cuarto de baño; sin embargo, lo que tenía metido en la cabeza era un anuncio de la televisión con la voz de un frasco de jabón líquido que cantaba mientras se veían las imágenes de unos niños a la hora del baño y a su feliz mamá. Soy Matey, un frasco muy divertido. Ponme en la bañera. Todo el mundo se lo pasa bien conmigo. Siempre hago reír. Y mientras ellos juegan en el agua. Matey les deja bien limpios. No hay que frotarles. No importa dónde hayan estado. Y una cosa más. Matey lo deja todo en orden. Y, además, limpia la bañera. No quedará ni una huella.

El frasco cantarín tenía forma de marinero. Le daba vueltas en la cabeza, superponiéndose a cualquier otra cosa que Lise intentara recordar. El acento de la canción del frasco trataba de imitar la manera de hablar de los marineros. Al recordarlo acostada en la cama, Lise, inmóvil y aturdida, se sintió aliviada. Después de todo había cosas, incluso detalles mínimos, que todavía recordaba a la perfección. Sonrió, apagada en la apagada habitación. Se preguntaba si la canción de Matey le serviría de algo a Deirdre. Quizá debería escribírsela. Buscaría el lápiz. Un frasco cantarín de gel de baño. Algo era. Lo escribiría en el impreso.

Sentarse en una silla Necesitamos saber si tiene dificultades para sentarse cómodamente en una silla*. Por sentarse cómodamente en una silla queremos decir sin tener que levantarse de ella porque el grado de incomodidad haga imposible continuar sentado. Con silla nos referimos a una silla normal con respaldo, pero sin brazos.* ***Por favor, haga una cruz en la casilla correspondiente. Marque una sola****.*

No tengo problemas para sentarme.

No puedo sentarme cómodamente en absoluto.

No puedo sentarme cómodamente durante más de 10 minutos sin tener que levantarme de la silla.

No puedo sentarme cómodamente durante más de 30 minutos sin tener que levantarme de la silla.

No puedo sentarme cómodamente durante más de una hora sin tener que levantarme de la silla.

No puedo sentarme cómodamente durante más de dos horas sin tener que levantarme de la silla.

Parece una especie de poesía lo que dice en este impreso, pensó. A lo mejor le es útil a Deirdre también. A lo mejor lo escribió ella. A lo mejor Deirdre tiene razón. Hay cierta clase de poesía, buena o mala, en todo, miremos donde miremos.

Le dolían los ojos. Los cerró. Visionario. Poético. Revelador. Místico. Sí, pensó Lise con los ojos cerrados. Es verdad. Estar enfermo es revelador. Te revela exactamente lo que la gente sana piensa de la gente enferma. Te ponen flores en la cama o en la mesa. Te miran con los ojos muy abiertos. Tienes un aspecto horrible, dicen, y luego se ríen y añaden rápidamente, como si todo fuese una broma, tienes un aspecto casi tan bueno como el mío. Luego se sienten violentos (como si les estuvieran fallando, los enfermos). Luego tratan de inventarse unos cuantos achaques, y se pasan las horas hablándote de ellos. Algunos esperan que se les prepare un té, o hasta el almuerzo (no puedes estar *tan* enferma). Otros temen tocar cualquier cosa. Respiran, aprensivos, pendientes de cada inspiración. Desvían la mirada como si no estuvieras allí. Se marchan en cuanto pueden. Después de la visita se examinan constantemente durante varios días, observándose los ganglios y atentos al más mínimo cambio en la textura de la piel, a las irritaciones de garganta, al toc-toc de los síntomas. ¿Quién es? Vi. ¿Vi qué? Vi Rus, nos conocimos en casa de tu amiga, ¿no te acuerdas de mí? Déjame entrar. Un día (quizá) Lise estaría lo suficientemente bien otra vez como para ir a alguna fiesta y alguien le preguntaría *a qué te dedicas* de esa manera que significa quién eres, y Lise le contestaría hablándole de su nuevo empleo. He estado enferma. No podía sentarme cómodamente en una silla durante más de treinta minutos. Ahora no puedo sentarme

cómodamente en una silla durante más de dos horas. Es un trabajo duro, pero voy progresando. Y alguien tiene que hacerlo.

Lise estaba acostada en la cama. La habitación le daba vueltas. Las paredes se movían y luego se paraban. La sola idea de ir a una fiesta la ha asustado. Todas las tardes Deirdre insertaba la clavija del teléfono en el enchufe de la pared. Todas las noches cuando su madre cerraba la puerta de la calle Lise la sacaba otra vez de un tirón. Era capaz de hacerlo sin levantarse de la cama.

Así que imaginad la memoria de Lise despejándose.

Imaginad que cuando lo hizo, fue tan sorprendente e irritante para ella como lo habría sido que el teléfono desconectado junto a su cama empezara a sonar de repente.

Imaginad el vuelco que le daría el corazón. Imaginad su mente, completamente desbocada.

Lise, tras el mostrador de Recepción, está trabajando. El reloj del ordenador marca las 18.51, pero justo en el momento en que ella lo mira el 1 cambia al 2.

Las 18.52.

Está contenta de haberlo visto. Parecía hecho a propósito. Luego se le olvida. Le duele el cuello.

Las cámaras de vigilancia de la entrada principal del hotel están desconectadas, incluida la de Recepción, así que se desabrocha el botón de arriba y se separa la tela que tiene alrededor del cuello. Ve desde arriba La Insignia con su Nombre, LISE. Abre el imperdible que tiene por detrás la insignia, se la quita del uniforme y la arroja a la papelera, al otro extremo de Recepción.

Falla. Cae al otro lado. Suelta un resoplido.

Se levanta, recorre todo el mostrador de Recepción, se inclina hacia la papelera y la recoge. Se pincha la yema de un dedo con la punta del alfiler.

¡Ay!, dice. ¡Mierda!

Vuelve a clavar el alfiler en la solapa y lo cierra. Vuelve a sentarse en la silla. Tamborilea con los dedos en el mostrador. Ve una diminuta mancha de sangre en el mostrador, y se chupa el dedo en el que se clavó la punta del alfiler. Limpia la sangre con el borde de la chaqueta.

Todavía está eufórica con lo que ha hecho.

Mira el teléfono. Levanta el auricular, marca el 9. Se queda con

él en el aire durante unos instantes. Luego cuelga sin marcar nada más.

Coge un bolígrafo, se mete un extremo en la boca. Se levanta. Pulsa el código de la puerta que le permite salir de Recepción a la zona donde esperan los clientes, se saca el bolígrafo de la boca y lo deja en el mostrador.

No hay nadie en el vestíbulo cuando ella lo cruza. En una habitación vacía arde un fuego con carbón artificial.

Empuja la puerta giratoria hasta que se encuentra en los peldaños que dan a la calle, donde la invade una oleada de frío. Se queda de pie bajo el letrero de Hotel Global y trata de ver al otro lado de la calle.

No ve a nadie allí. No hay nadie allí.

Vuelve a la oleada de calor del vestíbulo. Se alisa el uniforme y cruza la sala con enérgica resolución. Entra de nuevo en Recepción y se sienta otra vez. Todavía le sangra un poco el dedo y tiene enrojecida la zona de la epidermis por donde se le incrustó el alfiler. Se aprieta la piel hasta que sale sangre en una perfecta gota redonda de color rojo. Es un rojo asombrosamente brillante. Se lleva el dedo a la boca.

Duncan baja por las escaleras, una a una, despacio. Va cabizbajo. Pasa por Recepción.

Gracias, Duncan, le dice Lise.

Duncan no dice nada. Se dirige directamente a la HOO y cierra la puerta, así que Lise habla con la puerta cerrada. Te llamaré si te necesitamos para algo, dice. Está todo muerto esta noche.

Se estremece al oír sus propias palabras. Mierda, dice entre dientes. Pero no pasa nada. Seguro que no la ha oído, con la puerta cerrada y el ruido de los altavoces que inunda Recepción, una versión instrumental de *Breaking Up Is Hard To Do*. Lise mira el reloj.

18.53.

Quedan cinco horas.

Está pendiente de ver otra vez el número del reloj en el momento en que cambia. Pero aparta la vista cuando falta una fracción de segundo, y cuando vuelve a mirar ya son las 18.56, sin haberlo visto y sin darse cuenta.

Ya son las 18.56: El tiempo es muy engañoso. Esto lo sabe todo

el mundo (aunque es una cosa que se olvida fácilmente).

Quedan cinco horas: Como el tiempo parece moverse en una cadena lineal más o menos sencilla, de un momento, un segundo, un minuto, una hora, un día, una semana, etcétera, al siguiente, la imagen de las vidas en el tiempo tiende a traducirse en una secuencia lineal común, que a su vez se traduce en una representación, o significado, fácilmente reconocible. Lise está esperando el siguiente momento previsible de la secuencia: la hora de irse a casa. Esta semana Lise tiene turno de tarde. En los Hoteles Global, el turno de tarde es desde las 16.00 hasta las 24.00, cuando entra el personal de noche. En realidad, cuando Lise piensa «quedan cinco horas», aún le quedan cinco horas y siete minutos hasta que termina oficialmente su turno, y normalmente hay que contar con una pérdida de varios minutos durante el relevo, con el intercambio de holas y el ponerse los abrigos; cuando está de tarde rara vez sale Lise del hotel antes de las 24.20.

Esta noche, sin embargo, Lise no dejará el edificio del hotel hasta las 4.00.

***Versión instrumental de* Breaking Up Is Hard To Do**: Peter Burnett, subdirector de este hotel de la cadena Global, es quien elige la música para el vestíbulo. Dejando bajo llave en el armario de su oficina tres cd con el volumen bajo y preparados para que suenen constantemente, se asegura de que nadie los cambiará cuando esté fuera del hotel, incluso por las tardes. *Breaking Up Is Hard To Do* fue un éxito de Neil Sedaka en el verano de 1962, y volvió a serlo exactamente diez años después, en julio de 1972, cuando el programa de televisión *La Familia Partridge* lo llevó al número tres de la lista de éxitos del Reino Unido. Una parte de la letra de *Breaking Up Is Hard To Do*, recordada con más o menos fidelidad, resuena, al tiempo que oye la versión instrumental de fondo, en la cabeza de Lise en este mismo momento

(no me dejes sin tu amor
no me rompas el corazón
si te vas
me quedaré desolado)

sin que ella misma se dé cuenta, mientras mira el reloj de su ordenador.

Los altavoces inundan Recepción: Hablando de manera

figurada. Más literalmente, en una hora y veinte minutos más o menos a partir de ahora la bañera cuyos grifos se han dejado abiertos en la habitación 12 (una de las más grandes, mejores y más caras del hotel) finalmente rebosará e inundará no Recepción sino el cuarto de baño, la moqueta de la habitación y parte de la del pasillo. El consiguiente desastre, descubierto al día siguiente, tendrá como consecuencia el despido de Joyce Davies, camarera (28 años).

Los grifos abiertos también provocarán, entre las 20.00 y las 21.30 horas, tres quejas de otros tantos clientes del hotel por falta de agua caliente, ante las cuales Lise, en Recepción, se deshará en disculpas usando la retórica estándar de los Hoteles Global, las registrará en el libro y en el ordenador y dará parte de ellas a Mantenimiento.

***Está todo muerto esta noche*:** A Lise se le hace un nudo en el estómago; ha empleado la palabra impronunciable, «muerto», a Duncan.

Lise habla con la puerta cerrada: Esto es acertado. Hablar con Duncan ahora, piensa Lise, es exactamente igual que hablar con alguien a través de una puerta cerrada de quince centímetros de espesor.

Va directamente a la HOO: HOO es la abreviatura que utilizan los empleados para Habitación de Objetos Olvidados; aquí es donde se almacenan todas las cosas que se dejan los clientes hasta que las reclaman, se entregan a la policía o se las lleva a casa el personal del hotel. Más que una habitación es un enorme armario lleno de estantes y cajas con cosas fechadas, etiquetadas y colocadas por orden alfabético: despertadores; pilas; libros; toda clase de cámaras; casetes y cd; prendas de vestir, como guantes, sombreros, diecisiete pares de tejanos; juegos de ordenador; paquetes de preservativos y anticonceptivos de otras muchas clases; muchos artículos de maquillaje; dos teléfonos móviles; obsequios no identificables aún envueltos en papel de regalo; un miembro ortopédico (la parte inferior de una pierna); zapatos (normalmente en pares) de hombres, mujeres y niños; pequeños juguetes que se extravían con facilidad; paraguas de diversos tamaños; walkmans de cintas y cd con y sin auriculares. La HOO huele a humedad y a plástico. No tiene ventanas. Tiene una bombilla desnuda. Durante los últimos seis meses, Duncan ha pasado sus turnos metido en la HOO,

saliendo sólo cuando no tiene más remedio. Se sienta a oscuras encima de una caja con el rótulo de 16 sept, Hab. 16. La caja está repleta de bulbos de narciso. Debajo de él en la oscuridad de la caja algunos narcisos están empezando a brotar en el interior de su envoltorio, y otros están estropeándose dentro del papel de cebolla, empezando a pudrirse.

Gracias, Duncan, dice Lise: La mayor parte de los empleados de ese Hotel Global, al menos aquellos que trabajaban aquí entonces, tiene una actitud protectora hacia Duncan y sus costumbres; están dispuestos a dar unos golpecitos en la puerta de la HOO para avisarle de que Bell o Burnett andan por allí, para que no le pillen. Todos los que trabajan en el hotel saben que Duncan fue testigo de lo que sucedió, lo oyó, estaba en el piso de arriba con Sara Wilby cuando ésta hizo lo que hizo. Los miembros más nuevos de la plantilla comentan en voz baja que debería marcharse o deberían despedirle. Se rumorea entre ellos que él rechazó el despido con indemnización. Hablan sobre lo que debió de ser, estar allí. Hablan de suicidio. Hablan de amor. Involucran a Duncan. Cuando pasa Duncan, se hace un silencio sobrecogedor y violento delante de él y a sus espaldas. A Lise le gusta obligarle a hacer algún trabajo, pequeñas cosas, siempre que coinciden sus turnos. Cree que es bueno para él. Cuando empezó a trabajar aquí, Lise pensaba que podría acostarse con Duncan algún día. Era gracioso, sociable, valiente y bastante guapo. Ahora se siente incómoda cuando están en el mismo turno. Es amable con él. (Para Duncan ella es como si no existiera.) En su fuero interno cree que él necesita un psicólogo.

Se mete el dedo en la boca: La lógica tendencia del cuerpo hacia un antiséptico natural.

El dedo está enrojecido: Respuesta inflamatoria local del sistema de coagulación del cuerpo.

Cruza la sala con enérgica resolución: En los próximos seis meses, Lise será incapaz de cruzar la sala con enérgica resolución. Será casi incapaz de cruzar la sala. Incluso pensar en una palabra como *enérgico*, el fantasma de la palabra pasándosele por la cabeza, tendrá el poder de provocarle ansiedad. Una noche durante sus horas de sueño (las cuales, en los próximos diez meses de su vida, se convertirán en un permanente estado de agitación y dolor) soñará que va sobre el lomo de un cerdo blanco y negro y que el

cerdo galopa, vuela casi, a una velocidad peligrosa sobre un paisaje que fluye bajo sus pies y que se parece a Gales o al sur de Escocia. Cuando se despierte de ese sueño estará exhausta y aterrada. Le parecerá que le arde el corazón. Le dolerán los músculos de las piernas por donde se sujetaba al cerdo en su sueño. Éste será uno de los peores momentos de su temprana incapacidad.

Se alisa el uniforme: Por un momento Lise ha olvidado que las cámaras de vigilancia están apagadas y que el alisamiento o no del uniforme esta noche no se notificará a ningún superior ni se grabará.

No hay nadie allí: Esto no es exacto en sentido literal. Hay algunas personas fuera en la calle, gente que pasa en coche y a pie. Este nadie se refiere en particular al hecho de que no hay ninguna persona en la acera del otro lado, donde Lise espera o desea ver a la chica adolescente que ha estado sentada en la acera o refugiándose junto a la tienda que hay enfrente del Hotel Global.

No ve a nadie allí: Este nadie es igual que el de antes. Lise está segura de que conoce a esta chica desde el funeral de la camarera muerta, Sara Wilby. Sara Wilby (19 años) trabajó durante un tiempo muy breve en el Global antes de sufrir una caída mortal en el mes de mayo pasado en un accidente de lo más extraño, una tragedia que apareció en las noticias tanto locales como nacionales (25/26-5-99) y que tuvo como consecuencia, primero, el cierre del hotel durante tres días, y segundo, un aumento en la demanda de habitaciones después de la reapertura, demanda que se mantuvo alta hasta bien avanzado el verano por parte de gente de la ciudad y público en general interesado en ver el lugar de la muerte.

La cadena Global obligó al personal de este hotel a asistir al funeral de Sara Wilby. Después del entierro empezó a circular entre los empleados del hotel una chirigota que combinaba la canción de Doris Day *Qué será será* con el nombre de la chica muerta. Lise no se acuerda de la letra pero sí de que resultaba aliviador pasársela de unos a otros, clandestinamente, como un porro, y eso fue lo que hicieron en el trabajo las semanas que siguieron al funeral, en las cocinas del hotel, en las despensas, y al pasar por delante de la puerta entablada del sótano. Bromas con doble sentido, como por ejemplo: *Jodida por precipitarse, Sara Wilby de viaje* o *Porque dejó que se la tiraran* habían ido pasando de boca en boca escaleras arriba y

escaleras abajo del hotel hasta los meses de otoño, aunque ahora, por así decirlo, ya se han amortiguado.

Lise había coincidido parcialmente en uno de los turnos de la chica muerta. La chica muerta tenía el pelo oscuro, pero era un sábado de mucho trabajo, y siempre había personal nuevo yendo y viniendo, siempre había camareras nuevas, hay mucho movimiento de camareras. (Mucho movimiento: una frase cargada de potencial chistoso.) Los familiares de Sara Wilby se habían puesto en la puerta de la iglesia. Toda la gente que trabajaba en el Global desfiló por delante de ellos, primero los jefes luego los mandos intermedios luego el personal administrativo luego el de Recepción luego el de Seguridad luego el de Mantenimiento luego el de Cocina luego el de Limpieza, y les dieron la mano. Hacía un par de semanas que Lise había caído en la cuenta de que era de aquello de lo que conocía a la chica, la chica que había estado sentándose fuera, al otro lado de la calle. Lise la había visto en la puerta de la iglesia cuando todos ellos pasaron con sus uniformes del hotel. A Lise le parece que le dio la mano a esa chica.

Esa noche Lise salió del hotel para hablar con ella. Iba a preguntarle (pero la chica salió corriendo) si había algo que ella pudiera hacer, si quería alguna cosa, dinero, café, comida o algo, si le gustaría entrar y calentarse en el hotel, si Lise podía hacer algo por ella o ayudarla de alguna manera. ¿Puedo hacer algo por ti? ¿Puedo ayudarte de alguna manera? Lise tenía las palabras preparadas.

Lise sabe que ella (Lise) debió de conocer a Sara Wilby. Estuvo en el mismo turno durante la primera de las dos noches que Sara Wilby trabajó en el Global. Seguro que pasó parte de esa noche con Sara Wilby, debió de hablar con ella, debió de intercambiar cuando menos unas miradas, si no palabras. Pero, aunque lo ha intentado, no se acuerda de nada. Ni siquiera recuerda el aspecto que tenía Sara Wilby aquella noche, dos antes de morir. Es mucho más fácil describirla por las fotografías de los periódicos y la televisión que tratar de recordarla. Las fotografías de los periódicos y la televisión parecen haber borrado aún mejor a la auténtica Sara Wilby de la memoria de Lise.

Es por eso, exactamente por ese vacío de su memoria donde no hay casi ninguna cara, casi ningún cuerpo, nada excepto el contorno

prácticamente desvanecido de una persona no conocida —y también porque es una buena persona, y por si acaso hay algo que ella pueda hacer—, por lo que Lise está mirando fuera, por lo que acaba de comprobar una vez más si está la chica que ha estado pasando las tardes sentada en los escalones de la tienda de moquetas que hay enfrente del hotel.

El hall: Todos los Hoteles Global —tanto británicos como internacionales— tienen el mismo modelo de salón, diseñado por el interiorista suizo Henri Goldblatt. Enumerar todos los detalles normalizados ocuparía demasiado espacio; el proyecto original de Goldblatt en el que aparecen determinados fabricantes de muebles y tejidos consta de más de diez páginas. Como flores para la entrada, por ejemplo, en la página 6, Goldblatt señala un tipo muy concreto de azucenas.

El Consejo de Administración y los Accionistas de Global International S. A. consideran que la repetición de un decorado dentro de unas estructuras arquitectónicas exclusivas refuerza la actitud de seguridad psicológica, y de nostalgia, y estimula la tendencia de la vuelta a lo conocido en la clientela de Hoteles Global por todo el mundo.

El hall del hotel en el que trabaja Lise huele a moqueta de calidad, ligeramente a la comida del restaurante y a azucenas. Enferma en cama ya durante seis meses, Lise será incapaz de evocar el aroma exacto del salón. Dentro de dos años, de vacaciones por Canadá y desesperada por escapar de una súbita tormenta de nieve primaveral, se refugiará en el Ottawa Global y, al entrar en el hall, revivirá de improviso pequeños detalles sensoriales de la época en que trabajaba en el Global, detalles que nunca (pensará para sus adentros después, sorprendida) habría imaginado conocer y que le traen a la memoria un periodo de su vida pasada antes de ponerse enferma y antes de recuperarse, un periodo que casi ha olvidado que ha vivido.

Se saca el bolígrafo de la boca: En el transcurso de la tarde la saliva que Lise ha dejado en el extremo del bolígrafo se evapora lentamente con el aire acondicionado del salón. Pasarán una hora y cuarenta y cinco minutos antes de que el bolígrafo esté completamente seco.

Donde esperan los clientes: Cuando Lise pasa delante de

Recepción, se imagina fugazmente, igual que hace siempre, cómo sería verse a sí misma trabajando al otro lado del mostrador. Se imagina, sólo por un momento, que es una joven bien vestida que ha entrado antes, alguien cuyas estancias en hoteles como éste se pagan con la tarjeta de crédito del periódico dominical de ámbito nacional para el que trabaja, alguien cuyo año de nacimiento es el mismo que el de Lise aunque su ropa procede de tiendas donde es selecto hasta el aire que se cierne sobre las prendas; ropa bendecida con el olor del dinero, imposible de comprar en esta ciudad o esta parte del país incluso ahora en la nueva Gran Bretaña postmoderna, en ningún caso imaginable en un cuerpo real que ande, trabaje o sude verdaderamente. Se imagina eso, de pie ahí, firmando los impresos, se ve a sí misma (Lise) al otro lado del mostrador; una pueblerina extraña, una buena pero insignificante trabajadora. Una pulcra don nadie; es importante, en Recepción, llevar el pelo recogido atrás y un maquillaje «sutil». Ahí está Lise, ella puede verlo, su rostro maquillado sutilmente por encima de la Insignia, cuidada y sonriente, vacía de personalidad, muy buena en el trabajo que hace.

Esta imagen hace que Lise, como reacción, se sienta más fuerte, mejor, más enfadada, más decidida desde los pies a la cabeza. Se le llena la mente de palabrotas. Además, aunque el hotel está tranquilo esta noche con muchas buenas habitaciones libres, Lise le ha dado a esta mujer una de las menos agradables, más pequeñas y con peores vistas del último piso. En un calculado cambio en las tornas del poder social, un poco más tarde, esa noche, Lise disfrutará pulsando el número de la habitación (34) en el teléfono de Recepción y lo dejará sonar sólo una vez para imaginar, al otro lado de la línea, a la mujer apresurarse llena de expectación y quedarse con la mano en el aire sobre el auricular.

Lise ha pensado también que podría, mucho más tarde esa misma noche y suponiendo que consiga despistar al personal del último turno, coger las llaves de seguridad del clavo de la pared y subir al piso de arriba, entrar sigilosamente en la habitación de la mujer rica y mirarla mientras duerme, sin que ella se dé cuenta. Esto es algo con lo que Lise ha fantaseado ya antes, aunque nunca lo ha llevado a cabo, ya que normalmente es una buena persona. Pero esta noche, para Lise, cualquier cosa es posible (o, por lo

menos, muchas más cosas de las que son posibles habitualmente; ver más adelante: ***Todavía eufórica por lo que ha hecho***). Y, además, en este momento, la sensibilidad de Lise en cuanto al dinero ha aumentado. La semana pasada, cuando metió la tarjeta en el cajero automático de su banco, la máquina no se la devolvió. Cuando, a la mañana siguiente, Lise entró en el banco a pedir que se la devolvieran, la empleada de ventanilla se negó a dársela. La empleada, que era mucho más joven que Lise y que la miraba con un recelo descarado, dijo que la tarjeta era propiedad del Banco y que Lise, cuyos números rojos preocupaban enormemente al Banco, recibiría una nueva tarjeta que solamente le permitiría sacar una fracción del dinero ingresado en su cuenta mediante el cheque de la nómina. La cuenta se llama la Cuenta Solo. Normalmente se le da, se ha enterado Lise, a chicos de quince años. La empleada le pidió a Lise el talonario de cheques *para anotar los movimientos*. En cuanto Lise se dio media vuelta, la empleada rompió el talonario en dos, lo metió en un sobre, y el sobre en un cajón, que cerró con llave. *Ya no podemos autorizarla a extender más cheques, señorita O'Brien*, dijo la empleada. *Este talonario es propiedad del Banco*.

Más tarde, esta noche, sin embargo, Lise saldrá del hotel llevando una papelera llena de monedas. Mañana por la mañana, cuando se despierte desplomada sobre la mesa de la cocina, encontrará la papelera junto a la lavadora y contará las monedas; serán casi veinticinco libras. Estará contenta. Se acordará de pagar un desayuno en el hotel con ese dinero, y comprar, al volver a casa, unos croissants y una pinta de leche para desayunar en la panadería que está abierta toda la noche. Los croissants se quedarán en la bolsa debajo de la ropa de trabajo. Lise los abrirá por la mitad, los pondrá bajo el grill y bajará corriendo a la tienda a comprar mantequilla. Los comerá bien cargados de mantequilla a la hora del almuerzo y se sentirá rica, afortunada de repente. Toda la tarde del día siguiente su ropa de trabajo, que no ha tenido tiempo de lavar, olerá levemente a los croissants.

El código de la puerta: 3243257. Si no se marcan estos números en el orden correcto en el aparato de la puerta, ésta no se abre. Éste es el procedimiento de seguridad normal.

Dentro de seis meses Lise será incapaz de recordar este código. Nunca más necesitará recordarlo.

Se queda con el auricular en el aire: Lise, excitada, no sabe a quién llamar para contarle que ha dejado entrar a una persona indigente a pasar la noche en una habitación del hotel. Los amigos que entenderían lo que ha hecho trabajan también en el hotel y podrían, voluntaria o involuntariamente, traicionarla haciéndoselo saber a los jefes. Otros amigos que no trabajan en el Global no comprenderían del todo el significado de su rebeldía y la combinación de temeridad y valor que ha precisado. Lise está tentada por un momento de llamar a su madre, Deirdre O'Brien, que entendería las repercusiones de su acto, pero con quien Lise, en esa fase vital de sus veintitantos años en la que la actitud crítica y el resentimiento hacia su madre son más poderosos que la aceptación de esa relación tan compleja entre ellas, no siente verdaderamente ganas de hablar, y lo que desea, en cambio, son aventuras cuyo impulso está reprimido en su ser, más que alentado, por su prematuramente envejecida y antes notoriamente ridícula madre.

9: El número que hay que marcar desde los Hoteles Global para comunicar con una línea exterior.

Todavía eufórica por lo que ha hecho: Esta noche Lise, invitando a una persona indigente a quedarse gratis en el hotel por la noche, ha roto seguramente las Normas de Calidad de la Cadena Global. Al hacerlo, se ha sentido mucho mejor.

Lise ha visto a la mendiga muy a menudo anteriormente en el exterior del hotel. La mujer se sienta con sol, con viento, a veces con lluvia; parece un budista meditando, con las manos abiertas y palmas arriba. Lise ha pensado que ésa debe de ser una vida dura pero una buena vida, una vida liberada. Piensa que el cambio que se ha producido en los indigentes durante los últimos años es muy interesante; antes, viejos borrachos y mujeres locas de mediana edad; ahora, cada vez más jóvenes. Lise, incapaz de adivinar la edad de la mendiga que tenía delante de sus ojos en Recepción, tampoco estaba preparada para el fuerte olor que arrastró con ella en el hall, aunque aún está satisfecha de estar haciendo algo bueno por alguien una noche. En un acto espontáneo de generosidad, incluirá la Habitación 12 en la lista del ordenador de Desayunos Completos del Servicio de Habitaciones para el día siguiente. (Aunque un momento después le entrará el pánico y borrará la lista porque lleva sus iniciales; el ordenador está funcionando con su contraseña. Es,

sin embargo, más o menos seguro haber involucrado a Duncan; él es taciturno, y Bell y Burnett le tienen un poco de miedo desde el accidente y es poco probable que le hagan preguntas, suponiendo que alguien se entere. Lise tiene la esperanza, mientras Duncan acompaña a la mendiga escaleras arriba y mientras le aguarda a que vuelva a bajar, de que este chanchullo le estimule y le saque de la HOO por una noche y que le induzca a charlar un poco, como en los viejos tiempos.)

Tamborilea con los dedos sobre el mostrador: Tratando de seguir el ritmo de los versos iniciales de la primera estrofa del éxito de 1962 del británico Neil Sedaka *Breaking Up Is Hard to Do*. Ver antes: ***Versión instrumental de Breaking etcétera***.

La tela de la solapa: Los uniformes del Hotel Global son un 78% de poliéster y un 22% de elastoester. Hacen sudar.

Papelera: Con una bolsa de plástico, esta papelera contiene solamente un paquete de Advil vacío (de Lise) y un recipiente de plástico con una etiqueta que dice: Pasta St. Michael, ensalada de espinacas y pollo con tomate y albahaca, vacío también excepto por un tenedor de plástico blanco (antes perteneciente al señor Brian Morgan, el huésped de la Habitación 29, que le pidió a Lynda Alexander, del turno de día de Recepción, que lo tirase cuando se registró en el hotel a las 14.00 horas).

Mancha de sangre: Tipo A Positivo.

Insignia con el Nombre: Las insignias con el nombre forman parte de las Normas de Calidad de la Cadena Global. En el Programa de Instrucción de Normas de Calidad (RU 1999) se dice: *Calidad significa hacer las cosas del modo en que deben ser hechas, la primera vez y todas las veces. La calidad se mide averiguando cuánto dinero se gasta organizando las cosas. Invertimos más de un día en arreglar cada cuatro cosas que hemos hecho mal. Hay un montón de procesos muy complejos en los que toman parte personas de distintos niveles. El Programa de Calidad trata de que se haga mejor todo aquello que merece la pena y que de todos modos hay que hacer. Si podemos hacer las cosas mejor y más baratas, controlaremos nuestra expansión con más facilidad y tendremos más satisfechos a los clientes, a la plantilla y a los directores*.

Ninguno de los empleados de este Hotel Global está muy seguro de qué significa esto, aparte de que tiene algo que ver con la

diferencia entre lo bueno y lo malo y la necesidad de mejorar. El cambio principal que ha traído consigo la implantación de las Normas de Calidad de los Hoteles Global ha sido la obligación de llevar Insignias con el nombre de pila por parte de los empleados de los niveles más bajos, y con el nombre completo por parte de mandos intermedios y directores.

Cámaras de vigilancia en la entrada del hotel: La instalación de los cables de las cámaras de vigilancia conectadas con el Departamento de Seguridad, situado en la parte de atrás del edificio, se realizó (bajo una negligente supervisión) por un aprendiz de electricista. El dispositivo principal se desconecta cada vez que una camarera pilla el cable con las ruedas del carrito en un punto determinado del corredor trasero.

El deficiente funcionamiento del sistema le ha proporcionado a Lise la oportunidad de ofrecer la Habitación 12 a una persona indigente con la certeza de que nadie de Seguridad podrá grabar sus maniobras.

Le duele el cuello: Lise tiene abultados los ganglios del cuello, las axilas y las ingles. En este momento sólo nota una ligera molestia debajo de los oídos y de la barbilla, que imagina que se debe al escote demasiado prieto del uniforme.

El reloj del ordenador: Actualmente el reloj va 12.33 segundos adelantado con respecto a hora del Meridiano de Greenwich.

El ordenador puede proporcionar información sobre los clientes del hotel, del personal, de las tarifas internacionales y otros asuntos más generales de los Hoteles Global. Hay una relación en los archivos del personal (a los que sólo ciertos miembros de la plantilla tienen acceso) con los sueldos detallados y las direcciones particulares de todos los trabajadores del hotel, incluidos los de Joyce Davies, camarera, que vive en el 27 de Vale Rise, Wordsworth Estate, y que mañana a primera hora será despedida de este Hotel Global por la señora Bell, quien cree (después de que tanto Lynda Alexander como Lise O'Brien, de los turnos de mañana y tarde en Recepción, le aseguraran que la Habitación 12 estaba desocupada) que Davies desatendió la Habitación 12 durante dos días y por lo tanto directa o indirectamente es culpable, a falta de un cliente a quien responsabilizar, del daño causado por una bañera que se dejó con el grifo abierto. El coste de los daños, 373,90 libras por las

reparaciones y el secado, se le descontará a Davies de su última paga.

Lise, tras el mostrador de Recepción, está trabajando: Ahí está, Lise, tras el mostrador de Recepción, trabajando.

El hall está vacío.

Dentro de unos instantes, mirará el reloj del ordenador y verá el momento en que cambia el número, del 1 al 2. Le gustará verlo. Parecerá hecho a propósito.

Eso es entonces. Esto era ahora.

Lise está acostada en la cama. Se caía. No había ninguna historia como la que acabáis de leer, o, al menos, si la había, ella no la recordaba. Nada de lo anterior lo había recordado; estaba enterrado en alguna parte, mitad dentro, mitad fuera, en la arena del fondo de un mar. Las algas se ondulaban por encima. Algunos pececillos rezagados de los grandes bancos salían y entraban disparados con la boca abierta, respirando agua.

Y aunque la hubiera recordado, ¿de qué le serviría ahora la memoria? Si se sumergiera en agua, por ejemplo, como una aspirina soluble, ¿se disolvería para formar una solución? ¿Podría, aunque fuera parcialmente, calmar todos los dolores cotidianos como hacen las aspirinas? Ligero y febril, el mundo de Lise daba vueltas; en su movimiento giratorio los nombres de los lugares se caían dejando espacios en blanco en mares y países, contornos a la espera de volver a ser descubiertos y nombrados, sus longitudes y latitudes dadas de sí como si fueran elásticas. Giraba tan violenta y rápidamente que los puentes entraban en combustión de manera espontánea, los edificios ardían, los cielos eran implacables. Los pájaros, en espinosas y cenicientas ramas, cantaban al amanecer, al anochecer y durante el día coros apocalípticos. Notará el sabor del aceite, cantaba el mirlo sobre la valla carbonizada del jardín. Ponme en el baño, decían las palomas torcaces entre las hojas en llamas de los sicómoros. Tráeme cosas buenas para comer, chillaban las golondrinas cuando caían a través del humo, se elevaban y volvían a caer.

En alguna parte —prometían— habría limpieza, una sensación de frescor; habría maizales, árboles, aire, alimentos sanos y naturales; habría bondad, sencillez, claridad; habría un bálsamo para los miembros doloridos.

Lise dormía.

Las cuatro.

La madre de Lise mete la llave en la cerradura, la gira, empuja la puerta y entra. Hacía todo esto con mucho cuidado. Movía la mano con tanta precaución que casi le temblaba.

Fue hasta la habitación de Lise sin hacer ruido. Puso cara de decir hola. Lise dormía. La cara de hola no hacía falta. Su madre mantuvo el gesto por si Lise despertaba.

Había siete peldaños de una habitación a la otra en el piso de Lise. Su madre se dirigió con sigilo a la cocina, contuvo la respiración, entornando la puerta para que Lise no oyera el ruido de las bolsas. Respiró, abrió el armario. Guardó allí las cajas y latas; atún, judías, caballa, muesli. Puso los tomates y las patatas nuevas, la ensalada y la salsa, el pescado marinado y los pequeños yogures orgánicos de fruta en recipientes individuales en el frigorífico. Si Lise se lo permitiera, le compraría un frigorífico. Puso la fruta en un cuenco de desayuno y, después de limpiar la tabla de cortar el pan, el pan en la tabla de cortar el pan. Dejó la caja de sopa junto al fogón para después, preparada para cuando Lise se despertase.

La madre de Lise abrió la puerta, que chirrió de nuevo. Pero Lise no se despertó. En silencio cruzó la alfombra para introducir la clavija del teléfono en el enchufe de la pared; se sentó en el suelo sin hacer ruido, se apoyó en la pared y miró a su hija, Lise chiquilla valiente, la imperturbable niña de doce años, la incomprensible adolescente de dieciséis, la jovencita inmutable, la adulta hermética, Lise. Lise estaba acostada en la cama. Pálida, con el gesto fruncido, ceñuda, sombría, dormida. Respiraba de manera irregular.

A la madre de Lise le dolía todo el cuerpo, porque dolía estar cerca de su hija. Se le formaban arrugas en la cara cuando la miraba. En vez de a ella miró la cama. Había papeles encima. Sin molestar a Lise, cogió el folleto que había sobre la colcha. Acerca de ti — continuación. Permanecer de pie. Necesitamos saber si tiene problemas para permanecer de pie. Por permanecer de pie nos referimos a estar de pie por sí mismo sin la ayuda de otra persona y sin apoyarse en algo. Uso de las manos. Por favor, marque la frase que corresponda. No puedo pasar las páginas de un libro. No puedo coger una moneda de dos peniques con una mano pero sí con la

otra. Ver. Hablar. Oír. No oigo lo suficientemente bien como para entender a alguien que habla con un tono de voz normal en una habitación en silencio. Continencia de la orina. Marque una sola casilla. Información complementaria — continuación. Por favor, use este espacio para decirnos cualquier cosa que crea que debamos saber.

Había algo escrito a lápiz en el recuadro de esta última página. La madre de Lise la sostuvo a la luz de la ventana para leerla. Era difícil de descifrar. Había dos palabras. Parecía que eran la palabra *baño* y luego las palabras *contar* y *cantar*.

Volvió a dejar el impreso en la cama. Se puso a mirar cómo respiraba Lise. Se puso a mirar la nada que ocurría en la habitación. Seguiría allí mirando hasta que Lise se despertara.

Se inclinó para poner el dorso de la mano en la frente de su hija, para ver si tenía fiebre. Con suavidad le quitó el pelo de la cara, se lo colocó detrás de la oreja, apartándolo de los ojos. Volvió a sentarse, apoyándose en la pared de la habitación.

Ah, el amor.

perfecto

Penny tecleaba palabras con un solo dedo. Con la otra mano presionaba los números del mando a distancia de la televisión del hotel.

Clásico, tecleó. Ideal.

Una estrella del country-western le decía al cámara de televisión cuánto amaba Dios a Nashville. La ama, dijo. Es un lugar de América, una parte de América a la que Dios ama de manera especial.

Ipecable, tecleó Penny. Borró la I y la sustituyó por una *m*. Luego volvió a poner la I delante.

Clásico Ideal Impecable, se leía en la pantalla del ordenador.

Se puso a cambiar de canales. Esta televisión del hotel tenía un canal porno descodificado, dejado tal vez por el último huésped. Dos chicas con sendos aparatos pendulantes atados a sus cuerpos se turnaban mientras un hombre en calzoncillos de cuero las animaba dándoles palmaditas en el culo y resoplando. Penny miraba. Se estaba quedando boquiabierta. Apretó los ojos. Como si supiera que estaba mirándolo, como si hubiera estado esperándola, el canal se codificó.

Mierda, dijo Penny.

IIII

Miró debajo del televisor, mudo ahora, la pantalla sin imagen. Miró alrededor del mueble y en los cajones. Pasó rápidamente las hojas de los folletos informativos sobre los restaurantes y el teatro locales. Volvió a la cama, se sentó con las piernas cruzadas otra vez delante del portátil y probó a teclear números al azar en el mando a distancia. 3554. 8971. 4321. Se inclinó a coger el teléfono y marcó el 1 para hablar con Recepción. Pero no respondió nadie, y cuando se volvió para poner el auricular en su sitio presionó sin querer con una rodilla el botón para cambiar de canal del mando a distancia.

En un estudio de televisión un hombre con un traje muy elegante le decía algo a otro con jersey que estaba de pie entre un público compuesto al parecer de gente mayor y sin trabajo.

Pero que ella está allí, allí mismo, decía el del traje. De verdad, allí, sí, allí, decía pegado al micrófono. Está detrás de usted ligeramente a su izquierda. ¿Quién es? ¿Es su madre?

Penny encendió un cigarrillo. Expulsó el humo, que desapareció por encima de su cabeza.

Mi madre no está muerta, decía el otro hombre. Ésta es mi madre. Hizo un gesto hacia alguien sentado a su lado entre el público, y la cámara le enfocó la cara; estaba surcada de arrugas y con un gesto de aturdimiento, iluminada de repente por la luz de la cámara, de manera que parecía transfigurada, divina.

Inmaculado, pensó Penny. Inmaculado, tecleó.

El público de la televisión reía. El hombre del traje se había llevado repentinamente las manos a las orejas. Quienquiera que sea, está gritando, dijo. ¿Quién es? Grita con tanta fuerza que va a despertar a los vivos.

El público rió otra vez.

Tengo una tía que está muerta, dijo el hombre del jersey. Debe de ser ella.

¿Sabe qué está gritando ahora? Le salió una voz más aguda, no *estoy* muerta, dijo él. No digáis que estoy *¡muerta!* ¡No lo *estoy*!

Es ella, es mi tía Alice, dijo el del jersey. Decididamente es ella. Qué extraño. Así era ella.

Penny presionó el botón de apagar; la señal cruzó invisible la habitación; la televisión se apagó. Penny succionó lo que le quedaba del cigarrillo y soltó el humo con un suspiro. Todos los que han muerto están aquí todavía; deambulando y corriendo por la tierra y

todos sus países, pululando en muchedumbres más grandes que los mismos mares, o formando atascos en enormes colas por todo el mundo como coches pegados los unos a los otros en las autovías de tres carriles de entrada a Londres y abarrotando ciudades, pueblos, tiendas, oficinas, habitaciones, incluso tal vez en esta habitación de hotel, de pie tras su muro invisible y golpeándolo con los puños y gritando todos silenciosamente: ¡No estamos muertos! ¡No digáis que *estamos* muertos!

Agg, se oyó Penny decir a sí misma, y trató de sacudírselo de la cabeza, pero no podía contener aquel pensamiento que se expandía por su cuenta hasta incluir a los dinosaurios que habían quedado reducidos a las huellas de sus propias vértebras en piedras y pizarra, y a los lanudos mamuts, grandes como casas, enmarañados y congelados en lo más profundo de los helados desiertos de Rusia, y a los leones y tigres muertos a tiros y despellejados, y a los ciervos decapitados que había visto en salones y restaurantes, y a los faisanes muertos que colgaban en los cobertizos de su padre descomponiéndose para que tuvieran mejor sabor. Y los caballos, perros y gatos que había conocido (y se le encogió el corazón, no pudo evitarlo, al pensar en sus cálidos hocicos ya desaparecidos, al pensar en sus pezuñas y garras, en el pelaje único de sus costados y en la luminosa humedad de sus ojos, en los caballos trotando por los jardines de la casa, en los perros saltando y saludando con ladridos y gañidos, en los gatos con sus colas levantadas, correteando por los encerados pasillos arriba y abajo de las escaleras de delante y de atrás). Y no sólo éstos, se dijo a sí misma, para alejar el pensamiento y lo que estaba haciéndole sentir por los animales muertos y desaparecidos hacía años. Y también los animales del zoo, pensó abrumada, todas las especies, desde el oso hormiguero hasta la cebra. Y qué pasaría si todas las gallinas con sus huevos, y las vacas con sus terneros, y las diferentes clases de peces, y los cerdos y las ovejas y los corderos, y los cientos de criaturas que ella misma (sólo ella y nadie más) se había comido a lo largo de lo que llevaba vivido estuvieran esperando ahí también, y por encima de ellos el fantasmagórico gorjeo de todos los pájaros que en algún momento habían cruzado su campo de visión, fugaces visitantes. Todos los ratones que ella había visto estrangulados en ratoneras y todas las ratas y zorros envenenados, tendidos de

costado, muertos con la lengua fuera. Las mariposas de un día, y las polillas que había visto achicharrarse con el calor de las bombillas, y las moscardas muertas de un manotazo, amarillas y reventadas. Todos los mosquitos de la fruta que en sus sinuosos itinerarios se habían cruzado con ella, los diminutos escarabajos de duro caparazón que habitaron en las vigas del techo y que algunas veces encontraba ella en la cama y despachurraba con los dedos, y hasta los miles de millones de gérmenes invisibles de la atmósfera que sencillamente vivieron, murieron y pasaron por el organismo de ella solamente. Todos, todos, todos, aporreando la pared que ella no veía con invisibles puños y garras y zarpas y antenas y filamentos amébicos, gimiendo y ululando en todas sus mudas lenguas, ladrando, graznándolo, bufando y maullándolo, mugiendo y rebuznando y chillando y aullando y zumbando y silbándolo, ¡Eh, tú! ¡Que no *estamos* muertos! ¡No digas que *estamos* muertos!

Qué ruido más infernal, pensó Penny, parpadeando. Qué ruido tan interminable y espantoso. Menos mal que en realidad no podemos oírlo. Recuerda que tienes que morir. Recuerda que tienes que reír. Penny se rió a carcajadas, cogió el bolígrafo y lo anotó. Pero, con la televisión apagada y el sonido de su propia risa desvaneciéndose, era mucho más perceptible el silencio y, tras el silencio, el anónimo trasiego, en aquel sombrío edificio, de gente que ignoraba quién era ella o incluso que se encontraba allí, y los anónimos altercados callejeros de esta sombría ciudad con un solo teatro de sesión nocturna más allá del hotel que se veía a lo lejos desde su ventana.

Entonces se propuso escuchar el ruido de sus dedos al presionar las teclas del teclado que tenía delante de ella sobre la cama mientras seleccionaba las letras necesarias para las palabras adecuadas.

Superior, se oyó teclear.

Extraordinario.

Se quedó pensando un momento, sujetándose la barbilla.

Sin dejar nada que desear, tecleó debajo de las otras palabras. ¡Ah, qué bien! Se oyó a sí misma decir en voz alta. No deja nada que desear. No dejaba nada que desear. Si andas a la caza de algún sitio que no deje nada que desear. Si buscas un sitio clásico, un sitio ideal, un sitio impecable, inmaculado, no. Un sitio superior.

Supremo, no.

Borró supremo e inmaculado.

Un sitio superior que no deja nada que desear, le dijo a la habitación vacía de su alrededor. La habitación le respondió cerrándose en torno a ella. Las paredes se le echaban encima, el techo se cernía sobre Penny como un cielo amenazador.

El agua del baño estaba tibia. Penny había llamado para quejarse. De todos modos, el agua que salía del grifo parecía tener óxido, era amarillenta; el techo de la habitación necesitaba un arreglo; todo aparentaba lujo pero estaba un poco deteriorado. Había rayones indefinibles en la pared, al lado de la puerta; al sintonizar el Canal 4 de televisión se producía un zumbido; las alfombras estaban más gastadas de lo que parecía a primera vista; los lapiceros, bolígrafos y papel de cartas eran solamente de una calidad mediana; al champú le habían añadido agua; las marcas de té y café cortesía del hotel eran corrientes.

Penny volvió a sentarse en la cama. La cama crujió.

También eso, pensó Penny. La cama crujía.

(Lo pensó así, como si estuviera diciéndoselo a alguien después, a pesar de que ella seguía allí en la habitación, pensándolo.)

Se echó hacia atrás. Los hoteles eran tan engañosos. Estaba mortalmente aburrida.

Había estado mortalmente aburrida desde que llegó allí.

Con un pie empujó suavemente el ordenador por la cama alejándolo de sí. Después cada vez un poco más allá hasta que quedó justo en el borde, la mitad dentro, la mitad fuera. Le dio una fuerte patada. Cayó al suelo.

Se echó a reír.

Entonces se le ocurrió que podría haberse roto. Frunció el ceño.

Mierda, dijo.

Pero, si estaba roto, podría resultar una buena historia. Algo así como: Ése era el hotel al que yo iba a entrar para alojarme cuando mi nuevo Powerbook se rompió. Esperad hasta que os diga cómo. Bueno. Es una ciudad bastante vieja, aunque parece elegante, la arquitectura y todo eso. Y no es que el ayuntamiento no haya empleado mucho dinero y esfuerzo en arte, cultura y cosas por el estilo, porque la ciudad está llena de esculturas y murales, y, si paseas por la zona peatonal, vas tropezándote literalmente con

obras artísticas municipales. Pero, para ser completamente franca, yo no diría que eso suponga ninguna diferencia en absoluto.

(¿Para quién? ¿Qué? ¿Qué pasó, Penny? El sonido de cubiertos al dejarse sobre la mesa, el ligero tintineo de vasos que se sostienen y se alzan, el silencio creciente, la deliciosa impaciencia, el carraspeo de satisfacción de escuchar las charlas de sobremesa.)

Lo primero, me agarraron la maleta.

(¿Qué? ¿Quién? ¿Quién la agarró?)

Uno de ellos, que se encontraba tan cerca de mí como ahora vosotros, se puso a rebuscar en mi bolso. Tenía todas mis tarjetas allí dentro. Todo estaba dentro, todo lo que necesito en la vida.

(¿Penny, ¿no estabas aterrada?)

Claro, completamente aterrada.

(¿Cuántos eran, Penny?)

Cinco. Creo. Pero en realidad no me acuerdo, mi memoria está un poco confusa. De todos modos, no había ni un alma en la calle. No pasaba ni un coche, ni un taxi, nadie. Nada. Una pesadilla horrorosa. Verdaderamente, no puedo creer lo que hice después.

(¿Qué? ¿Qué? ¿Qué hiciste?)

Porque tenía la boca más seca que la estopa. Pero, de repente, me oí a mí misma diciéndole al cabecilla, un pedazo de bestia como de, no sé, unos dieciocho años…

(Risas.)

No, escuchad, escuchad. Esto fue lo que le dije: Si me tocáis. Si a alguno de vosotros se le ocurre aunque sólo sea ponerme un dedo encima a mí o algo de mi propiedad. Y si no le dices a estos salvajes de tus amigos que dejen mis cosas inmediatamente. Créeme que haré caer sobre vuestras cabezas todo el peso de la justicia de tal modo que ni vais a enteraros de cómo ha sido. Y va a ser como esto.

Y entonces lo hice.

(¿Lo hiciste? Hiciste ¿qué? ¿Qué, Penny? ¿Qué fue lo que hiciste?

Le di en la cabeza con mi Powerbook al pandillero que tenía más cerca.

(¿Qué? ¿Qué? Que hiciste ¿qué? Risas, exclamaciones de incredulidad masculinas y femeninas.)

De verdad que lo hice, le di con el Powerbook. Son muy pesados estos aparatos. Casi no puedo creerlo ni yo. Ya me conocéis. Soy

incapaz de ningún acto violento. Ni de matar una mosca. Pero así fueron las cosas. Le di tan fuerte que se cayó, se desplomó doblando las rodillas. Y los otros le miraron y echaron a correr, corrían pero bien, soltaron el bolso y la maleta, tiraron mi cartera al suelo y se escaparon todos, dejándome allí en la calle. Me salvé de milagro. No se llevaron nada. Y mi bolso no sufrió daños. Ni mi maleta. Pero, naturalmente, cuando intenté usar el Powerbook, vi que estaba roto. Miles de libras. El peso de miles de libras de tecnología. Lo había roto en la cabeza de un gamberro de diecisiete años.

(Risas, alguien que dice *knock-out*, aplausos, felicitaciones, toses de aprobación.)

Era una historia bastante buena, pensaba Penny en la cama. No era impecable, pero resultaba muy clásica. No era suprema, pero serviría.

(Pero ¿y el chico?, interrumpió una de las voces que tenía en su mente mientras los vasos tintineaban otra vez y el humo de los cigarrillos se elevaba en espirales sobre la mesa. ¿Murió? ¿Se incorporó y salió corriendo también? ¿Se quedó tendido a tus pies?)

Penny reflexionó para ver qué prefería. Ella, heroica, impresionada y sola, en la calle mojada por la lluvia, con el equipaje a sus pies y el ruido de los pasos desapareciendo progresivamente en la lluviosa ciudad norteña. O ella, heroica, impresionada pero no sola del todo, allí con un chico caído (seguramente bastante guapo) encogido y sangrando en el pasaje peatonal a su espalda, con los tacones de aguja pegados a los ojos del muchacho; luego, un hospital, o la policía, o un taxi, o la casa de sus padres, poniéndose en contacto después, cualquier cosa, algo parecido. Eso fue una aventura. Eso… Eso fue… Eso podía haber sido…

No importaba lo que pudiera haber sido; había terminado con esa historia porque se inclinó y arrastró el ordenador hasta la cama tirando del asa, lo abrió, presionó tecla de inicio, y se puso en marcha perfectamente; había vuelto a la vida, no estaba roto en absoluto.

Pero había perdido las palabras que tenía escritas. No había archivado nada. Mierda. Tendría que comenzar de nuevo. Joder, qué puta mierda. Le dio un golpe al aparato con la mano, como si el aparato hubiera sido insolente con ella. El ordenador se balanceó

sobre la colcha.

Superior, pensó. Abrió un archivo nuevo y tecleó esa palabra. Superior, sí. Pero no se acordaba de las otras.

Oyó a alguien moviéndose por allí y llamando a las puertas del corredor al que daba su habitación.

Podría estar bien salir de esta asquerosa habitación. Podía ser que lo que necesitase fuese algún estímulo exterior. Alguien fuera de esta habitación podría saber otra palabra en lugar de superior.

Se dio la vuelta para levantarse de la cama y abrió la puerta.

Disculpe, dijo. Es que…

Había alguien con el uniforme del hotel toqueteando algo en la pared del fondo.

Perdone, dijo Penny.

La persona no se volvió, estaba examinando la pared.

Penny lo intentó de nuevo.

¿Podría ayudarme? ¿Sabe cómo funciona el mando del televisor?

Se acercó a ella.

Disculpe, dijo.

La persona dio un respingo, se volvió y retrocedió un poco. Era sólo una chica, rubia, no muy mayor, adolescente, quizá de unos dieciséis años, calculó Penny. Era delgada y con los párpados oscuros, exactamente como debía ser la jovencita ideal, y Penny se descubrió a sí misma pensando: es perfecta. Para aparecer en la revista *Lifestyle* con prendas de punto o pieles o cualquier ropa urbana de invierno.

La chica parecía atemorizada, como si en cualquier momento fuese a precipitarse hacia la salida de incendios. Luego, su expresión se volvió decidida.

¿Tiene algo puntiagudo?, preguntó con un cierto acento.

¿Puntiagudo?, dijo Penny, un tanto fascinada. No, voy desarmada completamente.

Penny sonrió. La chica, no.

Una lima metálica de uñas, una navaja o algo afilado, dijo.

Yo… mmm. Bueno, no sé, dijo Penny. Espera. Espera aquí un minuto.

Algo afilado valdría, seguía diciendo la chica mientras ella entraba en su habitación.

Penny volvió con su bolsa de maquillaje. Tengo esto, dijo. ¿Te sirve?

Le entregó a la chica unas pinzas de depilar; la chica las cogió y las sostuvo de modo que pudiera ver bien los extremos. Penny observó las manos de la chica al girar; eran lisas, pálidas, vulnerables. Levantó la vista. La chica estaba moviendo la cabeza.

Demasiado pequeñas, dijo.

Penny se sintió decepcionada. ¿Estás segura?, preguntó. Vació la bolsa de maquillaje sobre la moqueta. ¿Y esto? Están bastante afiladas, dijo, y le entregó las tijeras de las uñas.

La chica tomó las tijeras y volvió a acercarse a la pared. Se puso a maniobrar con ellas.

No, dijo. Son demasiado finas, esta parte es demasiado pequeña. No son suficientemente gruesas. ¿Tiene una moneda de dos o tres peniques?

Ay, no, nunca llevo dinero, dijo Penny.

La chica le dirigió tal mirada de irritación que Penny sintió que la traspasaba. Después, la chica suspiró y echó un vistazo hacia la habitación de Penny. ¿Tendrá ahí algún cuchillo?, dijo. ¿O una cuchara, cucharilla o algo así?

¿Una cucharilla?, dijo Penny, Claro que sí, creo. Es muy probable, ¿verdad? Espera un minuto. Espera.

Volcó ruidosamente las tazas y los platos de la bandeja que había en su habitación para buscar una cucharilla; se la llevó, triunfante, a la chica Lifestyle, que estaba junto a la pared. La chica la cogió y la miró detenidamente. Tenía los ojos oscuros. Era muy atractiva. Levantó los brazos y apuntó con la cuchara empujando con uno de los extremos en lo que Penny vio que era la cabeza de un tornillo, a la altura de la nariz.

Sí, esto me sirve, dijo la chica.

Penny se animó.

Pero… este trocito… no… es bastante largo para agarrarlo, no. No.

Déjame probar a mí, dijo Penny.

El cuenco de la cuchara era demasiado curvado; el borde no entraría en la ranura del tornillo. Lo intentó con el extremo del mango. Era excesivamente ancho, no cabría de ninguna manera.

No, dijo Penny. Pero con un destornillador se haría en un

momento. Necesitas un destornillador.

La chica no le hizo caso. Era de suponer que, si hubiera habido abajo un destornillador, ella lo habría subido, pensó Penny. O tal vez lo hubiese olvidado. Quizá la habían mandado allí arriba a hacer algo y la reprendieran si no lo hacía, y tendría miedo de bajar sin haberlo hecho.

Ahora la chica estaba escarbando en el tornillo con la cuchara.

No hagas eso, dijo Penny. Vas a estropear el, ¿cómo se llama?, ya sabes. La muesca. Vas a romperla. Y luego será más difícil sacarlo.

La chica se paró inmediatamente. Durante un momento Penny percibió un sufrimiento denso como el terciopelo, imponente, dramático y recogido como una cortina a punto de caer sobre la cabeza de la muchacha. Después parpadeó y aquel pensamiento se desvaneció.

Hm, dijo Penny. Y miró a la pared.

Había varios tornillos sujetando un trozo de tabique. La chica había empezado a maniobrar con el extremo de la cuchara sobre lo que Penny ahora distinguía como un pequeño espacio con la pintura saltada donde ella rascaba tristemente, entre la pared y el trozo extra sujeto con tornillos.

Algo en la cara de la chica, lo cerca que estaba, la seguridad que desprendía y su peculiar pureza, hizo que Penny deseara hacer algo, cualquier cosa.

No sigas, dijo Penny. Espera. Echaré un vistazo. Espera aquí.

Así era mucho mejor. Era estupendo, pensó Penny mientras empujaba las puertas de la salida de incendios y bajaba las escaleras saltando. Penny había estado pasando otra monótona noche dedicada a otro trabajo publicitario en otro hotel cuando de repente, casi por casualidad, se había convertido en una pieza del mecanismo de algo que estaba ocurriendo realmente. Y si ayudo a esa chica, pensaba Penny al saltar de peldaño en peldaño, esa chica siempre me recordará como la amable persona que la ayudó la noche en que ella estaba, estaba, haciendo lo que estuviese haciendo. Y yo lo recordaré siempre también, y lo evocaré dentro de muchos años como la noche que ayudé a la insólita camarera jovencita a sacar los tornillos de la pared de aquel hotel.

Penny estaba entusiasmada. Había descendido las escaleras de la

salida de incendios como si se tratara de una película y ella fuese la protagonista bajando al baile con su vestido, con todo el mundo allí abajo levantando los vasos a la luz de las arañas de cristal como si no esperasen a nadie sino a ella. Penny buscaba (encantadora y educada, con su traje de fiesta de Southern Belle) algo puntiagudo, o algo afilado. Los extintores de incendios, no. Volvió a la suntuosidad (suntuosidad, pensó, ésa es una buena palabra, son buenas palabras, suntuosidad, suntuoso) de otro piso del hotel. Los cuadros con paisajes de la zona, vacas en un prado y un puente entre colinas, no, nada puntiagudo por allí. La siguiente persona que vio fue una mujer de pie junto a la puerta de una habitación, y así es como Penny conoció, esa noche, a uno de los personajes más interesantes con quienes se había encontrado en mucho tiempo, y a la que en principio tomó, erróneamente y a causa del abrigo de moda, largo, viejo y con olor que llevaba puesto, por alguna huésped drogata y excéntrica o tal vez una antigua estrella de rock de segunda fila.

La mujer tenía aspecto de estar pidiendo disculpas cuando Penny se acercó, incluso antes de que le preguntara si tenía algo puntiagudo. Luego, después de que Penny le preguntó por segunda vez, sacudió la cabeza.

Algo pasa en el piso de arriba, dijo Penny. ¿No tendrá por casualidad alguna moneda a mano?

Hmm, dijo la mujer del abrigo. Parecía sorprendida. Miró a su izquierda y luego a su derecha. Parecía cohibida.

Lo único que necesitamos es una moneda, dijo Penny. Hay una especie de tornillo en la pared que estamos tratando de desatornillar. Creemos que puede hacerse con una pequeña moneda.

¿Ah, sí?, dijo la mujer. Luego dijo: Pero algunas monedas son más finas. Que otras.

Penny se echó a reír, divertida con la idea de que el dinero fuera fino. La mujer la observaba, pasmada.

Esto es lo que nos pasa, dijo Penny. Se inclinó hacia delante como si fuera a hacer una confidencia. Estamos tratando de sacar algo de una pared, dijo, según parece. El como se llame, no sé, la ranura que tiene para dar vueltas, ya sabe, es más o menos así de grande. Levantó una mano con el índice y el pulgar casi tocándose.

La mujer del abrigo miró con ojos escrutadores el espacio que había entre ellos.

Si por casualidad tuviera una moneda de dos o diez peniques, dijo Penny.

Hmm, replicó la mujer. Y retrocedió. En alguna parte de su abrigo se oyó un tintineo de monedas. Penny se echó a reír otra vez. Entonces bajó la mirada a los pies, asombrada. De repente los notó fríos. El agua le había desteñido las botas de ante. La moqueta que tenían debajo estaba encharcada. Penny levantó un pie y luego el otro para mirarse las suelas empapadas.

Mierda, dijo. Eran nuevas.

Eh, está saliendo agua de una habitación, dijo la mujer.

Esto también hizo reír a Penny. La mujer la miraba boquiabierta; Penny la agarró del brazo y se la llevó hacia el pasillo con un soniquete de monedas.

Vamos, dijo. Acompáñeme, va a ser divertido. Así tendremos un poco de diversión en el trabajo, para variar. Me llamo Penny. ¿Y tú eres…?

¿Soy qué?, dijo la mujer del abrigo.

Penny se echó a reír a carcajadas.

¿Tenéis algo puntiagudo?, preguntó a ambas la chica, volviéndose de la pared, como si nunca antes hubiera visto a Penny, cuando ésta y la otra mujer llegaron sin aliento al rellano del último piso. Penny se quedó un poco desconcertada.

Esta señora tiene todo lo que nos hace falta, dijo, rodeándole aún los hombros con el brazo y conduciéndola hacia dentro, porque la mujer del abrigo había retrocedido dos pasos en dirección a la salida de incendios, en un intento de soltarse de Penny. La mujer se escabulló por debajo del brazo de ésta, se puso en cuclillas allí mismo casi como si se lo hubieran ordenado, y empezó a sacar del abrigo puñados de monedas y a dejarlos sobre la moqueta. Sacaba una mano primero y luego la otra, llenas de calderilla. Era chocante, pensó Penny, ver tanto dinero suelto en un sitio al mismo tiempo.

La mujer sacudió el abrigo, palpó en el interior del forro y tiró las últimas monedas.

Una parte es mía, dijo.

La chica examinó las monedas con un pie. Ah, sí. Sonó un

teléfono, dijo.

¿Cuál?, ¿mi móvil?, preguntó Penny.

No lo sé, respondió la chica. Un teléfono ahí dentro. Sonó y luego paró.

Ya, dijo Penny. ¿Sonaba con un pitido agudo? ¿O sonaba con una especie de melodía?

Y yo qué cojones sé, contestó la chica, frunciendo el ceño. Se levantó, dando vueltas al dinero en la mano, y fue hacia la pared.

A Penny no terminaba de caerle bien aquella adolescente. Se preguntaba si la dirección del hotel estaba al tanto de la actitud de algunos de sus empleados. Volvió a su habitación para ver si tenía algún mensaje en el móvil, pero no había ninguno y nada parpadeaba en el teléfono del hotel que hiciera pensar que alguien le había dejado un mensaje. Miró en el armario para asegurarse de que sus tarjetas de crédito seguían en el billetero que guardaba en el bolsillo de la chaqueta. Comprobó que su talonario estaba aún en el bolso y echó un vistazo en la maleta para ver si alguien había andado en sus cosas.

En el pasillo el dinero estaba desparramado sobre la moqueta como si formara parte del estampado.

Pintura, dijo la mujer.

La chica miró a Penny. ¿Qué dice?, preguntó.

¡Vaya!, exclamó Penny. ¿No encaja ninguna? Se agachó y cogió unos peniques. ¿Has probado con todas? Parece ser que unas monedas son más finas que otras, ¿lo sabías?

Pintura, repitió la mujer que estaba en el suelo, meneando la cabeza. Pegada.

No entiendo lo que dice, dijo la chica.

¡Vaya!, exclamó Penny. ¿No sirven? ¡Qué pena! Después de todo este jaleo.

Probó con una moneda de un penique en una de las ranuras. Encajaba, por poco, si apretaba con fuerza, pero el tornillo no se movía. Volvió a probar. Agarró la moneda de otra forma. Seguía sin moverse.

Es la pintura, dijo la chica. No gira porque han pintado encima del tornillo.

A la chica se le demudó el semblante; primero parecía desesperada, luego confusa, luego desfallecida. Penny empezó a

pensar en un plan de emergencia. De otro modo esta historia terminaría, la noche quedaría sin desenlace, en unos instantes ella volvería a su habitación a escribir textos sin sentido, y de todos modos Penny no podía soportar una derrota. Y quizá fuera una buena historia. Así que podría, por ejemplo, si quisiera ser amable (y si la jovencita estuviera dispuesta a ser amable, a su vez, con ella), ir a su habitación y buscar en la guía telefónica un supermercado que permaneciera abierto toda la noche. Si encontraba alguno, y sin duda los había allí también, hoy día los hay en todas partes, sin duda, podría preguntar si tenían herramientas eléctricas. En caso afirmativo, podría dar el número de una tarjeta de crédito; podría dar el número de la tarjeta del periódico y pasarlo después como gastos. Podría llamar un taxi, dar también un número de tarjeta y pedir que trajeran la herramienta, con un recibo, al hotel. En caso de que no hubiera supermercados abiertos, o de que no tuvieran herramientas eléctricas, podría pedir a los del servicio de taxis que, si alguno de sus conductores tenía herramientas eléctricas, se las llevara al hotel inmediatamente, y ella se lo pagaría bien.

En ese momento se movió.

La pintura que lo cubría se había desprendido, haciendo un ruido tenue; el tornillo había girado un poco; la chica, nerviosa a su lado, respiró, ah.

Con cuidado. Ahora. Vamos a ver qué más podemos hacer, dijo Penny, con el corazón repentinamente acelerado.

Porque lo había hecho Penny, fuese lo que fuese. Con una vuelta a cada tornillo rompió la pintura de los cuatro de arriba y aflojó toda la fila de abajo lo suficiente como para que media mano (pequeña) pudiera deslizarse por detrás del panel. La chica y la mujer agarraron por los extremos y tiraron. La chica levantó los pies del suelo. Se desprendió más pintura. Se desprendió la madera. Se desprendió el sonido. Las dos cayeron hacia atrás cuando el panel se despegó de la pared y a su alrededor volaron fragmentos de madera desgajada. Salió aire estancado, húmedo. Salió polvo, flotó en el aire y se posó sobre la moqueta del hotel.

Penny, la mujer y la chica metieron la cabeza en el espacio vacío.

Pero aquí no hay nada de nada, dijo Penny.

Profundo, dijo la mujer del abrigo. Su voz resonó un poco cuando se echó hacia delante. Jesús, dijo. Las *úes* y las *oes* de lo que dijo sonaron amplificadas a su alrededor.

La chica no dijo nada.

Penny tosió. Había mucho polvo. Retrocedió hacia la luz del pasillo y vio que la pared tenía una abertura, negra y rectangular, un espacio donde debería haber un cuadro que lo tapara o donde perfectamente podría haber habido una caja fuerte que algunos ladrones hubieran volado. Tenía las yemas de los dedos entumecidas, en carne viva, coloradas, y arañadas por donde había agarrado el dinero y dado vueltas a los tornillos; el dibujo de las monedas se le había quedado marcado en la piel. Se frotó las puntas de los dedos unas contra otras. Se sentía engañada. El panel, combado y medio roto, estaba apoyado contra la puerta abierta de su habitación. Ella había ayudado a quitarlo y tras él había un profundo espacio lleno de nada.

Penny se dio cuenta de que estaba ligeramente contrariada. Se sentó en la moqueta. En el suelo había fragmentos de madera y escamas de pintura blanca entre el dinero desperdigado y la sombra y el lápiz de ojos y la barra de labios, que se habían salido de su bolsa de aseo. A su espalda, la mujer del abrigo estaba haciendo algo con el dinero; oía el leve ruido del choque de las monedas. Penny cogió una esquirla de madera blanca. Se la clavó en un dedo para ver lo que sentía.

Nada.

La nada que recorría todo el hotel como una columna vertebral la horrorizaba.

¿Qué creías tú que había ahí?, preguntó a la chica. El pánico le agarrotaba la garganta. ¿Qué te mandaron a buscar aquí arriba?, dijo.

La chica estaba pasando la mano por el borde, por donde terminaba la pared y empezaba el espacio vacío que había detrás. Aún había grandes trozos irregulares de madera sujetos por donde ésta se había roto, pero quedaban clavados los tornillos. Sobresalían como dientes blancos en la boca del agujero de la pared. La chica se asomó a aquel agujero metiéndose hasta la cintura y Penny sintió el impulso de agarrarla por los tobillos por si se caía dentro, pero justo cuando estaba a punto de lanzarse hacia ella la exasperante chica se

enderezó, cruzó el pasillo y cogió un puñado de monedas. Luego empezó a tirarlas, una por una, en el hueco. El dinero caía en la oscuridad, inaudible.

¿Alguna de vosotras tiene reloj?, preguntó la chica, mirando primero a Penny, luego a la mujer y otra vez a Penny.

Pues no, respondió Penny. Porque soy una de esas personas que no pueden llevarlos, te lo digo de verdad. En cuanto me pongo uno, en cuanto tengo uno cerca del cuerpo, durante el tiempo que sea, no ya en la muñeca, sino incluso en el bolsillo o en el bolso, si es digital, los números se vuelven locos y empiezan a lanzar destellos y a ir a toda prisa. Salta un fusible o lo que quiera que haya dentro de un reloj. Los relojes corrientes, los de dar cuerda, hasta los que van bien en las muñecas de otras personas, conmigo no funcionan; tuve uno que iba tan deprisa que parecían horas lo que en los relojes de los demás eran sólo diez o quince minutos. O viceversa, empiezan a atrasarse y se estropean, sencillamente se paran, de repente, y no vuelven a funcionar, como en la canción infantil, ya sabes, excepto que yo no soy vieja y, obviamente, no estoy muerta. Ya sabes, dijo. El reloj de mi abuelo, seguro que conoces esa vieja canción.

A Penny las palabras le salieron a borbotones. Lo explicó todo. Contarles la historia a las dos había hecho que se olvidara de tener miedo. La chica esperó a que Penny dejase de hablar y se volvió hacia la mujer del abrigo.

¿Y *usted*?, ¿tiene reloj?

La mujer negó con la cabeza.

Penny parecía ser invisible. Entonces se acordó. Hay un reloj en mi habitación, dijo. Por alguna razón está en el baño. Me preguntaba por qué en este hotel ponen reloj en el baño. ¿Por qué?, preguntó a la chica. ¿Es por si acaso a la gente se le pasa la hora de dejar el hotel cuando está en la ducha o en el baño? De todas maneras, si uno está en la ducha o en el baño, se empañaría, ¿no? Me refiero a la esfera. Así que no se podría ver la hora. Pero seguro que hay algún líquido para limpiar las esferas de los relojes y evitar que se empañen.

La chica no replicó. Miró hacia la puerta de la habitación de Penny.

¿Quieres que vaya a ver?, preguntó Penny.

Al dar un paso, se fijó en la raya que se había formado en sus

botas de ante, en la parte por donde se habían mojado y que empezaba a secarse. Mierda, dijo entre dientes. La mierda puta. Eso me pasa por meterme donde no me llaman. Las nueve y diez, respondió a voces.

¿Tiene segundero?, gritó la chica.

Penny apareció con el reloj. Era negro, estilo art déco. Tenía una elegante etiqueta en la base que decía: Propiedad de Hoteles Global.

Son las nueve y diez, dijo.

La chica lo cogió. Meneó la cabeza. Lo sostuvo durante unos instantes y le dio la vuelta. Metió la mano en el interior de la pared y dejó caer el reloj en el agujero.

Mierda, pensó Penny.

Primero no oyeron sonido alguno. Luego oyeron cómo el reloj golpeaba el fondo del hueco con un lejano ruido seco como a plástico. Mierda, pensó Penny otra vez. *Sabía* que iba a hacer eso.

¿Tú crees que se ha roto?, dijo en voz alta.

Seguro, dijo la chica con un movimiento de cabeza, con una sombra oscura bajo los ojos.

¿Tú crees que era de diseño?, dijo Penny.

Se atrevió a acercarse al borde del agujero, se atrevió a mirar hacia abajo.

¿Cómo demonios vamos a recuperarlo?, dijo.

Oscuro. Nada. Un hueco lleno de aire enrarecido. Ella diría que allí nunca había habido ningún reloj. Se retiró de la pared; qué desastre; todo aquello no tenía nada que ver con ella. Si ponían en tela de juicio su palabra, escribiría una carta de queja al periódico *World* afirmando que pretendían cobrarle por algo que jamás había visto, por algo que jamás había usado. *En mi habitación no había ningún reloj en las fechas indicadas. Me niego a pagar por la desaparición de algo que, para empezar, nunca ha estado allí. Yo no soy responsable de nada.*

Si algo falta de mi habitación, creo que deberían pedir cuentas a sus empleados por daños y desaparición de objetos.

Además me gustaría presentar una queja por el ruido y el jaleo que sus empleados han organizado mientras llevaban a cabo ciertas reformas en el pasillo de mi habitación a horas intempestivas para este tipo de actividades durante la noche que pasé en su hotel. Ello no sólo supuso una molestia para mí sino también para otros huéspedes; era algo que

no esperábamos y por lo que nadie se ha disculpado.

La chica estaba hablando.

Pero si fuera más pesado, decía, caería mucho, mucho más deprisa. Algo que pesara más caería mucho más rápido porque es más pesado. Algo, algo mucho más pesado, caería más deprisa. ¿No?

Bueno, sí, obviamente, dijo Penny.

No, dijo la mujer.

Sin ánimo de ofender. Claro que caería más deprisa, replicó Penny. Imagine que tiramos un piano de cola por el agujero. Eso suponiendo que tuviera un piano de cola en mi habitación para que usted lo arrojara por ahí, dijo (deliberada pero amablemente) a la chica. Un piano de cola caería, lógicamente, con más fuerza que el reloj que acabas de tirar.

Un piano de cola, enterito, todo brillante, que se cae y se descuajaringa a cámara lenta en pedacitos de madera y cuerdas en el fondo del hueco, la superficie pulida y refinada que se estrella y se astilla en sostenidos cacofónicos, huesos con tuétano y cuchillas, ondeando en la oscuridad como juncos rotos a la orilla de un río.

No, repitió la mujer.

El piano se desvaneció en la mente de Penny. A Penny le fastidiaba que la contradijeran.

La mujer estaba agrupando en la moqueta las monedas de dos, de diez y de veinte peniques; se sentó sobre un montón de plata y cobre.

Galileo, dijo mientras clasificaba el dinero. Tiró un guisante y una pluma desde la Torre Inclinada de Pisa. Las dos cosas llegaron al suelo al mismo tiempo.

Sí, dijo Penny, pero estamos hablando en términos reales. Un piano de cola caerá más deprisa que un reloj, un reloj más que una moneda, una moneda caerá un poco más deprisa que un guisante…

No, dijo de nuevo la mujer. No es así. Dejó lo que estaba haciendo. Sopesó distintas monedas en la mano durante un momento y luego las puso cuidadosamente encima de las otras.

Todas las cosas que caen desde un mismo lugar, dijo. Caerán al mismo tiempo. Poco más o menos. Porque, si tienen diferentes formas, como una pluma y un guisante. La pluma opone un poco más de resistencia al aire a causa de su forma. Pero no mucho más.

Pero si. Imagínese. Si en vez de aquí fuese en la luna. Allí no hay aire. Así que una pluma, un guisante e incluso un piano. Si todos se dejan caer desde arriba llegarán a ella exactamente al mismo tiempo. A la luna, quiero decir. Ocurrirá un poco más despacio, eso es todo. Si fuera en la luna. Aquí en realidad hay sólo seis veces más gravedad. Si fuese de la luna y el mundo de lo que hablase. Y las cosas que se dejan caer, incluso un piano. Muy pequeño realmente. Un piano, un guisante, una pluma, una moneda, cualquier cosa. Muy parecido, todo. Porque la resistencia aquí apenas cuenta. Lo hace todo igual de grande o igual de pequeño.

Se detuvo, y pensó. Aunque *sería* muy distinto si se dejaran caer dos cosas al mismo tiempo y sus tamaños fuesen verdaderamente distintos. Como si se dejara caer algo como una moneda o un guisante. Y dejaras caer un planeta, del tamaño de la tierra quizá, a su lado.

Empujó hacia un lado el montón de monedas de cinco peniques. Acercó a ella la columna de monedas de cincuenta peniques y la de una libra ahuecando las manos alrededor de ellas y comenzó a colocar las monedas de arriba en los otros montones, contándolas mientras lo hacía.

Penny sabía que la mujer se equivocaba. Abrió la boca para hablar y miró hacia abajo, y casi vio la nada saliendo de sus labios. Había tenido buenos reflejos, después de todo; Penny no quería ofenderla por si la mujer era alguien. Podía ser alguien. ¿Quién sabía? Era bueno saber callarse aunque una se sienta presionada. Pero la nada que pronunció salió en espiral de la boca de Penny y se le enroscó alrededor del cuello como una serpiente. Silbaba; iba a atacar. Penny detestaba aquella nada. Detestaba su imaginación, llena de serpientes, de animales muertos, e inesperadamente de hermosos pianos hechos trizas. La noche se estaba poniendo muy desagradable.

Ahora la irritante jovencita se había descalzado de una de sus zapatillas deportivas. Se acercó al agujero que había hecho en la pared. Se desabrochó la bata-uniforme del hotel, se la quitó y la enrolló en el zapato que tenía en la mano. Sostuvo las cosas dentro del agujero. La mujer sujetaba una columna de monedas con un pie y observaba. Penny no decía nada. La chica abrió la mano y dejó caer las cosas. Penny no estaba segura de si las había oído caer

realmente o se lo había imaginado, la zapatilla con la suela amortiguada, el uniforme más etéreo, con un ligero siseo de la tela.

La chica se dejó deslizar hasta el suelo, apoyada contra la pared. Parecía exhausta. Parecía a punto de llorar.

La mujer del abrigo se incorporó. Cogió medio montón de monedas de una libra y algunas otras de menor valor y las metió en el interior del abrigo otra vez. Hicieron un ruido estridente.

¿Sabes, dijo, que en Londres hacen funcionar el Big Ben con monedas de dos peniques? Las apilan sobre el péndulo. Eso hace que la hora se mantenga exacta.

Hizo primero un gesto hacia el agujero de la pared, luego al dinero clasificado sobre la moqueta. Tuyo, le dijo a la chica. Treinta y dos libras y media. Menos lo que has tirado ahí dentro.

Pasó por encima del dinero y saludó con la cabeza a la chica y después a Penny. Con las manos en los bolsillos, empujó las puertas de las escaleras para pasar. Se cerraron completamente tras ella girando sobre los goznes.

Penny se sintió absolutamente abandonada. Peor, la chica había comenzado, silenciosamente, a llorar. Había puesto la cabeza entre los brazos, se balanceaba ligeramente, hacia atrás y adelante, en el suelo. Penny se levantó. En uno de los pies de la chica, pequeño sin el calzado, se veía un trozo de piel desnuda y blanca por encima del calcetín tobillero.

No, dijo Penny desde donde se encontraba. No llores. Por favor, no llores. No pasa nada. No va a pasar nada.

La chica se balanceaba y lloraba. Penny miró a su alrededor, incómoda. Podría entrar en su habitación y cerrar la puerta. Pero la jovencita seguiría llorando allí fuera y Penny, al otro lado de nada más que una delgada puerta, lo sabría (y, lo que es peor, aún la oiría). O podría entrar en la habitación y llamar a otro empleado. Ese otro empleado subiría y se encargaría de esta empleada.

Penny recogió el panel de madera agrietada y se lo llevó, cruzando desde su puerta hasta el otro extremo del pasillo. Lo apoyó contra la puerta de otra habitación. Se examinó las manos por si se habían desprendido astillas. Se inclinó y cogió sus cosas de maquillaje de entre el dinero y los escombros. Las metió en la bolsa de aseo. Sopló el espejo para quitarle las escamas de pintura y lo limpió en un trozo limpio de moqueta.

De nuevo en su habitación, pulsó la tecla del 1 en el teléfono. Lo hizo con buena intención.

Recepción, dígame, le contestó una voz.

Hola, dijo Penny. Llamo desde la habitación 34. Parece que una empleada del hotel está llorando en el pasillo junto a mi puerta.

Penny se puso el abrigo deprisa. Se colgó el bolso al hombro. Tiró de la puerta tras ella y se aseguró de que estaba bien cerrada. Pasó por encima de los montones de monedas y cruzó el corredor. Pulsó el botón del ascensor y se quedó esperando a que las puertas se abrieran. El ascensor tardó mucho tiempo.

Desde allí llamó a la chica, sentada con las piernas cruzadas y llorando, apoyada contra la pared desbaratada. La oquedad se abría por encima de su cabeza.

Alguien está subiendo, dijo Penny en un tono jovial. No tardará ya.

En el fondo del hueco, desvaídos en la oscuridad, había un zapato y un uniforme arrugado, ambos tibios todavía, ambos enfriándose. Había también tres o cuatro monedas, tal vez más. Había un reloj roto. El armazón de plástico estaba destrozado, y la esfera, en pedacitos.

Se oyó un tintín. Se abrió la puerta del ascensor. Penny entró. La puerta del ascensor se cerró.

Apoyó todo el peso del cuerpo contra la puerta giratoria y empujó hasta que se encontró en la calle. Sintió una ráfaga de alivio, aire no caliente, no acondicionado. Tenía la suerte de no sentirse nunca culpable, al menos nunca más de un ratito, es sólo una cuestión de imaginación. Lo único que debía hacer era cambiar de aire. Se quedó parada en la puerta del hotel y respiró.

Había dejado de llover. Penny vio a la mujer del abrigo delante de ella cruzando la calle a paso lento. La alcanzó junto a un almacén. La mujer miraba hacia dentro por la ventana, haciéndose sombra en los ojos con la mano para poder ver sin que la molestara el reflejo de la farola. Penny miró hacia dentro también. Vio su propia imagen superpuesta sobre unos rollos de moqueta barata.

Hola otra vez, dijo Penny.

La mujer la vio, no le hizo caso y siguió atisbando en el almacén.

Aquí había una historia. Penny la notaba, la percibía, era como

si medio la recordase. Estaba sobre la pista. Siguió intentándolo.

Sólo Dios sabe de qué iba todo aquello, dijo. ¿Un cigarrillo?

La mujer lo rechazó con un movimiento de cabeza.

No puedo soportar que la gente llore, dijo Penny. Encendió el pitillo, aspiró el humo y lo soltó. Pero afortunadamente yo no me siento culpable, dijo. ¿Qué tiene pensado hacer ahora? ¿Adónde va? ¿A algún sitio interesante?

La mujer se encogió de hombros.

¿Quiere tomar una copa por ahí?, preguntó Penny. ¿O comer algo?

La mujer dio media vuelta y dijo algo ininteligible. Parecía que había dicho que iba a mirar plantas.

Yo también voy. Me encantan las plantas.

La mujer se echó a reír, se atragantó, tosió. Sacudió la cabeza y cruzó los brazos sujetándose el estómago. Casas, dijo cuando dejó de reírse.

¡Ah!, dijo Penny. Casas, ya. Bueno, ¿puedo irme con usted a dar una vuelta? Francamente, no tengo absolutamente nada que hacer, por lo menos durante un rato.

La cara de la mujer era inexpresiva. Después de unos momentos, asintió.

Ella iba delante por un lateral del almacén y luego por una calle mal iluminada, desierta a no ser por tres coches mal aparcados junto a un restaurante chino de comida para llevar.

¿Anda mirando casas para comprar una?, preguntó Penny.

¿Eh?, dijo la mujer.

Decía yo que si miraba casas porque piensa comprarse una, dijo Penny.

La mujer volvió a soltar una risa jadeante, mezclada con tos. Sí, contestó, eso es.

Pasaron por delante de unos chicos sentados y apoyados en la pared del restaurante. Hola, dijo Penny al pasar. *Hola*, se burlaron los chicos. Uno de ellos les lanzó un objeto a Penny y a la mujer. Era una lata de cerveza aplastada. Los chicos se tronchaban de risa y gritaron algo. Adiós, gritó Penny. *Adiós*, gritaron ellos a su vez.

La mujer cojeaba. A pesar de la cojera se movía muy aprisa y a Penny le costaba mantener su ritmo.

¿Se ha hecho daño? ¿Un tirón en un músculo?, preguntó Penny.

Sí. Jugando al tenis, contestó la mujer.

Hay que tener cuidado con el tenis, dijo Penny. Hay que hacer estiramientos antes porque, si no, puede uno lesionarse seriamente.

Hacía viento. Parecía que habían recorrido varios kilómetros. La mujer se paraba a menudo para toser. Tras unos cuantos intentos, Penny desistió de hablar; el silencio que obtenía como respuesta la violentaba. La tos le producía estremecimientos internos. Era posible que la mujer fuese alcohólica. Todo esto era tan embarazoso como el llanto de la chica. Empezó a lamentar haber salido del hotel y a pensar en volver mientras recordara todavía el camino. Pero, si se daba la vuelta, tendría que pasar delante de aquellos chicos del restaurante, y sola esta vez. Seguramente no había pasado tiempo suficiente para que la gente del hotel solucionara lo del llanto. Entonces llegaron a una zona residencial de las afueras donde el viento ya no olía a metal húmedo e invernal sino a tierra húmeda e invernal, a setos y franjas de jardín. Había rosales en medio de los pequeños trozos de césped delanteros, que se sucedían uno tras otro; o no tenían rosas o las que quedaban se habían helado.

La mujer se detuvo.

Se encontraban junto a una ventana con las cortinas descorridas; podían ver el interior de la casa. Una niña estaba sentada en un sofá leyendo un libro. Una mujer entró en la habitación y dijo algo. La niña hizo un gesto de fastidio y dejó el libro. Salió del cuarto y cerró una puerta.

¿Te gusta ésta?, preguntó Penny mirando la casa. Era pareada. Achaparrada y fea. Probablemente costaría poco. Delante de ella había una plaza con un poco de césped y varios coches aparcados allí. A uno le faltaba el parabrisas.

Shh, dijo la mujer. O tal vez fue sólo el ruido que hacía al respirar, Penny no estaba segura. Se quedó junto a la ventana un poco más. Después, echó a andar otra vez.

Se paró en otra ventana iluminada varias casas más allá. Penny la alcanzó. En el interior de ésta había un hombre en una silla intentando ver la televisión mientras una mujer le medía las piernas con un metro.

¿Les conoce?, preguntó Penny. La mujer negó con la cabeza. Miró a Penny con una expresión de enojo; Penny retrocedió,

alarmada. Al otro lado de la ventana el hombre había dicho algo que hizo reír a la mujer. Ella se reía aunque sujetaba unos alfileres con los labios. Él se reía también. Ella se quitó los alfileres de la boca, los apartó de ella con la mano y se dejó caer al suelo riéndose.

Cuando aquello estaba poniéndose interesante, cuando aquella gente había dejado de reír y estaban uno en brazos del otro en el suelo, la mujer del abrigo se puso en movimiento. Cada vez que veían una ventana con las cortinas abiertas y las luces encendidas, la mujer se paraba delante, junto a la verja, desde donde pudiera mirar. De calle en calle, de casa en casa de fachadas rugosas, con un jardincito cuadrado tras otro, con las ventanas demasiado pequeñas, como si hubieran encogido, y la luz detrás de las cortinas formando cuadriláteros de colores chillones en la noche, las habitaciones que Penny veía estaban llenas de muebles espantosos. Sillones muy parecidos colocados en rincones que miraban a otros rincones; trastos amontonadas o en orden, familiares, claustrofóbicos, sobre estanterías y repisas de chimeneas. En aquellas habitaciones iluminadas la gente miraba la televisión, o los televisores, a todo volumen, iluminaban con sus rápidas imágenes habitaciones vacías con ventanas sin cortinas abiertas a la oscuridad, y las casas se sucedían sin fin. Había bordes de céspedes sin segar delante de ellas, y entre las aceras y las calles. Era hierba municipal. Penny andaba por la acera. Tenía cuidado de no pisar la hierba.

La mujer seguía mirando a otras personas que miraban la televisión. Penny arrastraba los pies, se metía las manos bajo las mangas, hacía ruidos por el frío. Brr, decía. La mujer dio un respingo; con la mano en alto le indicó a Penny que se callara.

Penny se acercó a una farola para apoyarse; estaba enfadada. Abrió el bolso bajo la luz para ver si llevaba paracetamol. No lo llevaba. Estaba resfriándose. Estaba empezando a dolerle la cabeza. Hacía un frío de la hostia. Pasaron por una calle llena de baches, con las casas parcheadas y los jardines estropeados por los perros, hasta llegar a otras donde los coches tenían mejor aspecto y en los jardines abundaban las clemátides podadas y los pensamientos de invierno recién plantados.

Este sitio es mucho mejor para comprar, susurró Penny, en tono confidencial.

La mujer observaba a una señora de mediana edad en albornoz

que bebía algo de una taza alta y comía algo de color naranja de un plato. De vez en cuando echaba una ojeada a un periódico que tenía en el regazo cuando no miraba delante de ella. No había ninguna luz parpadeante. Quizá estuviera escuchando música o la radio. Quizá estuviera sentada en una habitación silenciosa. Penny memorizó el nombre de la calle, colocado en el muro de una casa de la esquina. Estaría bien, sería mejor coger un taxi aquí. Pero había sacado el teléfono móvil del bolso y lo había dejado en el hotel, seguía junto al teléfono de su habitación, y no tenía dinero para pedir un taxi. Joder, pensó Penny. Mierda. Se le cayó el alma a los pies. Se puso nerviosa.

Pero la mujer del abrigo llevaba dinero, tenía un montón de monedas, Penny lo sabía, la había visto metérselas en el bolsillo en el rellano del hotel. Se animó un poco. Habría una cabina cerca. Y si Penny se quedaba sola por allí, en algún sitio (se desanimó) podría llamar a cobro revertido a casa o al periódico y que ellos le mandaran un taxi a través del Servicio de Información (volvió a animarse), que puede localizar cualquier número independientemente del sitio desde donde se llame.

Atravesaron una pendiente de hierba; Penny caminaba a la zaga, preocupada durante todo el trayecto por no saber a quién telefonear exactamente. Luego empezó a preocuparse por sus botas. Al otro lado, en una calle con agradables casas pareadas, una señora mayor de aspecto aseado deambulaba por el medio de la carretera entre las filas de coches aparcados.

Hola, dijo Penny. Estamos mirando las casas. ¿No tiene usted frío?

La anciana no llevaba abrigo. Le contestó a Penny que buscaba a su gata.

Nunca ha estado fuera hasta tan tarde, dijo la anciana. Me volví un momento y desapareció. No es propio de ella. No sé qué hacer.

No se preocupe, dijo Penny. ¿Ha mirado por toda la casa? Puede que esté dormida metida en un armario o debajo de la cama. Los gatos son muy independientes. Saben cuidar de sí mismos. Váyase dentro, hace frío. Volverá. Lo más seguro es que esté ya en casa.

Es blanca y negra, dijo la anciana. ¿La has visto?

No, dijo Penny.

Tiene una manchita blanca encima de los ojos y otra, también

blanca, en el pecho. Nunca sale de casa. Tuvo que escabullirse cuando llamaron a la puerta los de la asociación de rescate marítimo. Tuvo que irse cuando fui a por mi monedero. Nunca la dejo salir. Nunca sale a la calle.

La mujer del abrigo se había marchado, renqueaba a lo lejos, se disponía a doblar una esquina. Penny no podía creer lo lejos que estaba ya. Volvió a ponerse nerviosa. Dijo adiós a la anciana, pero no la oyó, se había agachado a mirar debajo de un coche. Penny echó a correr. Los tacones de las botas le impedían ir deprisa. Delante de ella, la mujer desapareció, encorvada y cojeando, por un puente del ferrocarril.

Finalmente Penny la encontró sentada en un banco de cemento junto a lo que parecía un pequeño centro comercial. A su espalda había una biblioteca y dos tiendas. Una era una zapatería que tenía adornos navideños entre los zapatos del escaparate. La otra estaba vacía y cerrada; no se veía luz en la ventana, sólo un cartel que decía 50% DE DESCUENTO EN TODO; estaba completamente desmantelada. El letrero decía: Hiltons Sencillamente lo Mejor. Con lo que quedaba, Penny no podía deducir qué se había vendido en ella. Eso la deprimió. Se volvió a mirar en dirección opuesta. A lo lejos se oía un ruido estridente; dos chicos en monopatín se lanzaban contra las pendientes de cemento que había detrás de las tiendas.

Eso les mantendrá calientes, pensó Penny.

La mujer tenía la cara hundida en el abrigo. El aliento le salía a través de un hueco entre dos botones.

Había un teléfono público en la entrada de la biblioteca, que estaba cerrada. Penny volvió a animarse. Se acercó hasta él, descolgó el auricular. Funcionaba. Dios. Gracias a Dios. Qué bendición. Era casi el momento de preguntar amablemente, ¿no crees que quizá deberíamos llamar un taxi para que nos lleve de vuelta al hotel? Hace mucho frío, y yo ya tengo que volver. Tengo cosas que hacer cuando llegue, ha sido un paseo estupendo, gracias. Pero cuando se sentó un momento en el banco junto a la mujer y empezó a hablar, se le metió un pelo en la boca a causa del viento. No era suyo ni de la mujer del abrigo. Era largo. Sin duda era de otra persona. Penny se lo sacó, con asco. Luego lo sostuvo ante ella. Los extremos se agitaban.

De alguna manera era igual, pensó, exactamente igual que mirar por las ventanas de todas aquellas casas, ver a personas que no tenían ni idea de que alguien estaba observándolas. Las mujeres cosiendo, inclinadas sobre sus manos, y las imágenes de la televisión parpadeando como las llamas de la chimenea en el cuarto de estar. Los hombres poniéndose delicadamente cigarrillos entre los labios, o dormidos, con la luz de la pantalla oscilándoles en la cara. Un interminable comer y beber; se había pasado la noche viendo desde la calle todo el proceso de las comidas sin que la gente en sus casas se diera cuenta. Pensad en ello. Aquellas personas, si hubieran levantado la vista hacia fuera, hacia el recuadro de oscuridad formado al dejar las cortinas descorridas o las persianas de las habitaciones levantadas, habrían visto no la oscuridad, y desde luego no a nadie observándoles, sino a sí mismos en los reflejos de las habitaciones en que vivían. Si hubieran apagado las luces, si hubieran esperado a que sus ojos se adaptaran, y luego hubieran vuelto a mirar a la calle, ¿qué habrían visto fuera de sus casas? ¿A quién habrían visto? ¿Habrían visto a alguien realmente?

Era repugnante y asquerosamente excitante, toda esta rutina del sistema digestivo de otras vidas; a Penny la repelía y la estimulaba al mismo tiempo la idea de que pudiera establecerse un vínculo con alguien por el mero hecho de que se apriete un botón y se pase de la luz a la oscuridad, o a través de un hilo, literalmente, a través de algo con la finura, la aleatoriedad genética, la intimidad de un simple cabello de otra cabeza. Sostuvo el largo cabello en el aire. Lo soltó. Voló de su guante y ella lo siguió con la mirada por la acera todo lo que pudo hasta que desapareció. Se volvió a mirar detenidamente por primera vez a la mujer que estaba sentada tiritando a su lado en aquel banco de fría piedra.

La mujer parecía agotada. Se la oía respirar entrecortadamente, como si lo hiciera a través de varias capas de tejido húmedo. Cada vez que tomaba aliento se oía como un eco de fondo. Era como si algo más fuerte que ella la hubiera atacado. Tenía algo aquella mujer; cierta manera de mirar de soslayo, cierta rigidez alrededor de los labios, cierta parsimonia en el modo de sentarse, todo lo cual sugería que estaba como desconectada, que funcionaba con energía de reserva, con una fuerza que estaba extinguiéndose. Tenía las manos cerradas pero en actitud de rendición, las botas le colgaban

al final de las piernas como si pertenecieran a otra persona. Cómo se sentaba, cómo se movía, cómo caminaba, encorvada y alerta, paralizada y despreocupada al mismo tiempo, era muy revelador. Penny trató de pensar de qué. En parte estaba muerta para el mundo. En parte, había algo que imponía en aquella mujer que, en ese momento, no recordaba haber visto en nadie, y por primera vez se le ocurrió a Penny que, a lo largo de su vida, había conocido, literalmente, a miles de personas, y ninguna de ellas se parecía en absoluto a ésta.

Decidió esperar unos minutos más antes de volver al hotel. Quién sabe lo que podía pasar. Ésta era una de las cosas que le gustaban de sí misma, que estaba abierta a cualquier experiencia, a experiencias como aquélla.

Esperó educadamente hasta que la mujer dejó de toser. Sacó los cigarrillos del bolso otra vez y luego comenzó.

¿Seguro que no quieres uno?, preguntó Penny.

Fumar es malo, contestó la mujer.

¿No le importa que lo haga yo?, dijo Penny.

La mujer dijo que no con la cabeza.

¿Cómo se llama?, preguntó Penny al tiempo que encendía un cigarrillo. ¿A qué se dedica?

¿Dedicarme?

Ya sabe, dijo Penny. Para ganarse la vida.

Ah, la vida, respondió la mujer. La voz, áspera, salió del interior del abrigo. Penny esperó, pero la mujer no añadió nada más.

Hace frío esta noche, dijo Penny.

Está despejado, dijo la mujer. Y señaló hacia arriba con un gesto.

El cielo estaba granulado de estrellas. Precioso, dijo Penny. Tiritaba. Probaría de otra manera.

¿Qué cree usted que estaba haciendo la camarera del hotel?, preguntó otra vez.

Y otra vez la mujer se encogió de hombros.

Penny echó una mirada al teléfono público que había a sus espaldas, pero en ese momento la mujer dijo algo.

Tenía que desmontar aquel trozo de pared, dijo.

Sí, contestó Penny. Parecía confusa, como perdida. Creo que es muy joven para trabajar. Estaba pensando en averiguarlo cuando vuelva. ¿Usted qué opina?

No creo que se haya escapado de casa, dijo la mujer.

Penny hizo un gesto con la cabeza, mirándola sin comprender.

El dinero era suyo, añadió la mujer.

Ah, replicó Penny, perpleja. Ahora también estoy yo un poco perdida, dijo.

Vale, dijo la mujer. Eso está bien. Entonces, lo más seguro es que todavía no llegues a estarlo.

Estar ¿qué?, preguntó Penny.

Perdida, dijo la mujer.

Ah, *bueno*, dijo Penny. Perdida. Ya entiendo.

Si sabes que lo estás, dijo la mujer. Entonces es que no lo estás del todo, perdida.

Penny memorizó aquello. Si sabes que estás perdida entonces lo más seguro es que no llegues a estarlo del todo. ¿Era así? No estaba segura. Muy agudo, dijo en voz alta.

La mujer asintió.

Luego dijo: Fíjate en la anciana de Morgan Road. ¿Te dijo que había perdido a su gata?

Pobrecilla, dijo Penny. Espero que la haya encontrado.

No, dijo la mujer. Siempre está buscando un gato. No hay ningún gato. Si alguna vez lo hubo, desapareció hace meses.

Ah, dijo Penny. ¿Entonces hace usted a menudo el mismo paseo que hemos dado esta noche? ¿Anda por aquí con frecuencia?

No creo que haya ningún gato, dijo la mujer.

Penny sabía que a algunas personas les gusta vivir en hoteles, más que tener una casa o alquilar. ¿Vive usted en el hotel?, preguntó.

Silencio.

Penny apagó el cigarrillo en el brazo de piedra del banco. Decidió intentarlo una vez más, sólo una.

Usted no es de aquí, ¿verdad?, preguntó.

La mujer sacudió la cabeza.

¿Dónde se crió?, dijo Penny.

La mujer tomó aire, pero no dijo nada.

Es curioso, dijo Penny, como si hablara consigo misma. Cuando la gente me hace esa clase de preguntas, normalmente contesto con una mentira. Ya sabe, una mentirijilla de nada. Les cuento que tuve una infancia muy triste y que soy huérfana. ¿Se puede seguir siendo

huérfana a los treinta años? Se lo decía a la gente que me lo preguntaba en las fiestas o en cualquier sitio. Decía: *Soy huérfana*, y observaba las caras que ponían, de algún modo era divertido ver lo violentos que se sentían enseguida. A la larga hace que la gente piense que he pasado por algo fuera de lo normal, algo que en algún momento ellos tendrán que experimentar por sí mismos, la muerte de los padres. Y a la vez hace que me vean más vulnerable, como necesitada de una atención especial. Una combinación perfecta. Pero para ser sincera por una vez en la vida, dijo Penny. Que rara vez lo soy.

Penny se quedó mirándola. La mujer parecía estar escuchando. Penny siguió.

En realidad mis padres están felizmente vivos. Bueno, a decir verdad, infelizmente vivos. Ahora viven en diferentes ciudades, lo cual hace que para mi hermano y para mí la Navidad sea un poco complicada. Ambos tienen dinero. Nosotros crecimos con bastantes comodidades. Tuve una infancia tan feliz y tan desgraciada como cualquiera. Y puesto que estoy siendo sincera contigo, así es como fue. Mi padre tuvo relaciones con mujeres que no eran mi madre. La mayoría de los padres las tienen. Así cuando yo era adolescente, y me di cuenta de que eso era lo que él hacía, empecé a hacer lo que se podría llamar llevarse cosas. Ya sabes, de las tiendas. De las casas de otras personas, pero sobre todo de las tiendas.

La mujer aún parecía estar escuchando.

Me llevaba todo lo que podía, de todos los sitios de donde podía. Es increíblemente fácil de hacer. Guardaba todas las cosas debajo de la cama; creo que aún siguen ahí en mi habitación de adolescente en casa de mi padre. Se me daban especialmente bien los prendedores para el pelo; es muy fácil meterlos en la manga, muy fácil, se coge un puñado de paquetitos del estante y se mete en una bolsa o en la manga. Siguen ahí, debajo de la cama, montones de ellos, bolitas de plástico y cosas elásticas, todavía empaquetadas. Maquillajes, jueguecitos de ordenador. De vez en cuando saco algo de allí debajo y le echo un vistazo cuando estoy en casa de mi padre. También ropa. Faldas, jerséis, camisetas. Como un tesoro escondido que se ha quedado anticuado. Todo es rosa, gris, azul cielo, de tonos pastel, lamentablemente pasado de moda cada vez que vuelvo a mirarlo. Cogía tazas de las cocinas de otras personas, o

cucharillas, cualquier cosa. Me proponía marcharme de cada casa a la que íbamos de visita con todo lo que pudiera pillar.

Seguía sin funcionar. Ahora la madre, pensó Penny.

Mi madre, dijo, siempre prefirió a mi hermano. Lo sé, lo sabía. Ahora no me importa. Hubo un tiempo en que sí me importaba, y me desquité sin que ella se enterase…, bueno, a base de sexo en realidad, empecé a acostarme con un viejo amigo suyo y de mi padre. Le vi un día en la estación en las afueras de Londres. Solía venir por nuestra casa, le conocía. Era como una figura paterna, ya sabe a lo que me refiero.

La mujer hizo un gesto de asentimiento por fin. Ya está enganchada, pensó Penny, notando la emoción que le producía, un ligero estremecimiento en la nuca.

Pensé, eso es lo que haré. Y lo hice, echamos un polvo rápido en la sala de espera, que estaba vacía, de la estación. Fue mi primera vez. Fue muy excitante. Bastante sórdido. Terrible, ¿sabe?

La mujer miró a Penny comprensivamente. Penny le devolvió una mirada compungida. El sexo, pensó bajo la expresión compungida. Si no lo consigue lo de los robos, ni lo de mis-padres-no-me-entienden, sólo queda el sexo, el sexo siempre funciona.

Siguió hablando.

Llevaba faldas cortas para complacerle, le gustaban. Robaba faldas cortas sobre todo. Tenía diecisiete años. Él trabajaba en la prensa. De hecho me dio mi primer empleo en un dominical. Así que supongo que la experiencia me marcó de por vida, de más de una manera.

La mujer se acercó de repente a Penny. ¿En un periódico o algo parecido?, dijo.

El *World*, dijo Penny. Está lleno de espacio en blanco. Puesto que estoy siendo sincera. Tenemos que llenarlo todo lo deprisa que podamos. A eso me dedico. Ése es mi trabajo, llenar ese espacio todas las semanas para personas como tú y yo.

Dio un ligero codazo a la mujer, como si fueran amigas. La mujer meneó la cabeza. Entonces ¿no trabajas en un periódico?, preguntó.

Trabajo en el *World*, respondió Penny. El *World*. Ya sabes. El *World on Sunday*.

¿Y eso es un periódico?, preguntó la mujer.

El *World*, repitió Penny.

¿Es un…?, no me acuerdo de la palabra, dijo la mujer. Extendió los brazos, como si sostuviese algo demasiado grande para ella.

Penny se rió. No puedo creer que no conozca el *World*, dijo. La mujer había abierto los ojos de par en par y sacado la cabeza del abrigo completamente.

¿Eres periodista?, preguntó. ¿Haces entrevistas a personas y cosas así?

Bueno, fundamentalmente a personas, dijo Penny. Las cosas normalmente no son muy comunicativas.

¿Fue tu diario el que sacó aquella página?, siguió preguntando la mujer. No dejaba de gesticular con las manos. Penny se echó hacia atrás.

Probablemente, contestó. ¿Cuál era?

La página que trataba sobre lo que había en los bolsillos de los indigentes, sobre lo que la gente guardaba en los bolsillos.

Hmm, dijo Penny.

Seguro que había una fotografía de las cosas que llevan las personas en los bolsillos. Todo se vería extendido en la fotografía. Y además habría algo escrito sobre la persona, dijo la mujer. El nombre, el sitio donde se tomó la foto, cosas así.

No, no creo recordar ningún artículo de esa clase, dijo Penny. No durante el tiempo que yo llevo en el *World*.

¿Llevas mucho tiempo en el *World*?, preguntó la mujer.

Bueno, unos tres años, contestó Penny.

A la mujer se le nublaron los ojos. Ah, dijo, y se apartó. Luego se volvió otra vez. Pero ¿recuerdas haber visto una página parecida en algún otro periódico?, preguntó.

No, dijo Penny sacudiendo la cabeza. Desde luego no en nuestro *World*. Otra gente todavía hace cosas de ésas. Seguramente fueron otros, nosotros ahora no solemos hacerlas. Sinceramente, no son noticias de interés; con el gobierno anterior siempre eran buenos temas una injusticia o una historia humanitaria. Con el gobierno actual esas cosas parecen sentimentaloides. Nadie las cuenta ya. A menos que esté presente el factor drogas. Las historias de drogas siempre están bien.

Sí que *está* el factor drogas, dijo la mujer. Todo el mundo las toma. Todo el mundo de la calle toma drogas, todos lo hacemos.

Todos ustedes las toman, dijo Penny.

No hay más remedio, dijo la mujer. Te joden el cerebro, de verdad de verdad que te lo joden. Discúlpame las palabrotas, dijo espontáneamente.

A *eso* es a lo que usted se dedica, dijo Penny.

Y también, dijo la mujer. Cambian a la gente.

De la calle, dijo Penny otra vez.

Sí, de cualquier sitio, dijo la mujer. Realmente hacen a la gente una puta mierda.

La mujer se detuvo. Se sentó, no dijo nada. Sacudió la cabeza. Levantó las manos, abiertas, vacías. Después dijo: Perdona otra vez. Mi lenguaje.

Soy idiota, pensaba Penny. Soy una tremenda idiota. Fíjate. El abrigo. El dinero. Esa piel enferma, ese olor, esa agilidad apática. Su deambular por ahí. Su respiración. Pero qué tonta soy. Había caído del guindo. Penny cae del guindo. Un buen título. Le dieron ganas de reír otra vez. Después pensó en el teléfono público, en un taxi y en una habitación calentita, con cortinas, cerrada.

La mujer estaba hablando. ¿Perdón?, dijo Penny.

Las cosas, dijo la mujer. Si se las toca. Echadas a perder.

¿Sabe?, dijo Penny. Antes, cuando nos conocimos, creí que usted tenía una habitación en el hotel.

Sí, dijo la mujer indigente. La tenía.

Ah, dijo Penny. Se levantó y dio unos zapatazos en el suelo. Tenía las botas estropeadas y los pies helados. Se preguntaba si volvería a sentirlos otra vez.

¿Escribías sobre noticias y cosas históricas como aquella guerra aérea que hubo?, preguntó la mujer indigente.

¿Mm?, dijo Penny. No, no, yo me ocupo de la sección de estilo. Aunque una vez, para un artículo, tuve que saltar desde un avión. Fue muy divertido.

Caray, ¿de veras?, dijo la mujer por cortesía.

Penny andaba por el medio de la calle. Pasaban coches, pero ningún taxi. ¿Pero es que pasan taxis por aquí alguna vez?, gritó. Dio unos golpes en el suelo con sus botas estropeadas.

¿Puedo pedirte un favor?, dijo la mujer.

¿Mm?, gritó Penny desde el medio de la calzada, donde estaba preguntándose si los taxis aceptarían o no tarjetas de crédito.

Un favor. ¿Puedo preguntarte un significado?

¿Qué significa eso de un significado?, dijo Penny mientras volvía a la acera.

Es una palabra. No sé qué significa, dijo la mujer.

Ajá. ¿Qué palabra?, preguntó Penny, dando taconazos y buscando alguna señal de vida por la calle.

Regendrado, dijo la mujer.

Penny se quedó quieta. ¿Re… qué?, dijo.

La mujer deletreó la palabra. Penny sacudió la cabeza.

No sé, dijo. No sé qué significa esa palabra. No me suena en absoluto.

Es de un poema, dijo la mujer. He sido regendrado.

Penny abrió el bolso. Encontró la pluma y buscó algo donde escribir. La mujer volvió a deletrear la palabra y Penny la escribió letra por letra en la cubierta interior de su talonario de cheques.

No, dijo Penny, nunca la he oído. Lo siento.

Penny se sorprendió ella misma de sentirlo. Miró a la mujer de nuevo. Pensó en lo equivocada que estaba, que hasta creía que había gravedad en la luna. Todo el mundo sabía que no. Sonrió para sus adentros. Continuó escribiendo en el talonario.

¿Cómo se llama?, le preguntó a la mujer. Dígame su nombre, por favor. Lo he pasado muy bien esta noche con usted. De verdad que ha sido algo especial conocerla a usted esta noche.

La mujer parecía complacida.

Elspeth, dijo.

Elspeth. ¿Elspeth qué?, dijo Penny mientras escribía.

¿Para qué quieres saberlo?, preguntó la mujer.

Sólo por saberlo. Para recordar, contestó

Penny.

La mujer se quedó pensando un momento. Luego dijo: Freeman. Elspeth Freeman.

Penny Warner, dijo Penny. Encantada. Se quitó el guante y tendió la mano. La mujer, asombrada, halagada, tomó la mano de Penny en la suya, fría.

Bueno, Elspeth, dijo Penny. Si alguna vez necesita algo…

Penny deslizó el cheque doblado en el bolsillo del abrigo de la mujer, lo empujó hacia abajo y le dio unas palmaditas. Se olvidó de las botas estropeadas. El corazón se le animó y echó a volar; era

como un pájaro, eufórico, volando por encima de ella.

Y otra cosa, dijo. ¿Quiere que la lleve de vuelta al hotel?

La mujer indigente dijo que no con la cabeza.

Vale. ¿Sabe dónde hay una parada de taxis por aquí cerca?, dijo Penny. ¿O podría prestarme, Elspeth…?, ¿sería posible que me prestara unas monedas para ese teléfono de ahí, de modo que pueda yo pedir un taxi? Tengo que volver. Tengo trabajo que hacer.

La mujer había metido ya la mano bien adentro del forro del abrigo y sacado una moneda de veinte peniques, que le estaba tendiendo.

Aquí tienes, dijo.

Cuando regresó al hotel, Penny comenzó a sentirse inquieta por haber extendido un cheque por tanto dinero. Cuando el ascensor llegaba a su planta, ya había decidido qué hacer al respecto.

La puerta del ascensor se abrió. Penny se asomó a hurtadillas. La chica ya no estaba. Todas las monedas habían desaparecido. Habían limpiado el pasillo. Pero el boquete de la pared seguía allí, horroroso. Penny ladeó la cabeza para no verlo.

Abrió la puerta con su llave. Una vez en la habitación, notó el olor, ostensible y plástico, del nuevo ordenador.

Qué bien, pensó.

Echó las cortinas, se quitó a patadas las botas sucias y deterioradas y se dejó caer en la cama.

Qué cansada, pensó.

No tenía mensajes en ninguno de los dos teléfonos. Puso en marcha el ordenador. El reloj marcaba las 23.15. No tenía ningún correo electrónico. Durante un momento se sintió desolada. Luego tecleó el primer párrafo todo seguido. Lo repasó. Casi no necesitaba nada más.

Bien, pensó.

Cogió el teléfono y marcó el 1.

Recepción, dígame, contestó una voz.

Hola, dijo Penny, llamo desde la habitación 34. Querría tomar un sándwich Club.

De acuerdo, señora, dijo la voz. Le pasaré la llamada al Servicio de Habitaciones.

Y otra cosa, dijo Penny. ¿Puede decirme la combinación para ver los programas codificados? No encuentro aquí ninguna información

al respecto. He estado buscando toda la noche.

Por supuesto, señora. Tal como dice el Folleto de Información de los Hoteles Global, en el epígrafe Para ver programas codificados, lo que tiene que hacer es marcar dos veces el número de la habitación. Por ejemplo, su combinación será 3434, puesto que el número de la habitación es el 34.

Ah, dijo Penny.

Servicio de Habitaciones, dijo una voz.

Habitación 34, dijo Penny. ¿Pueden subirme un sándwich Club?

Naturalmente, señora, dijo la voz. ¿Quiere algo de beber?

Chocolate caliente, dijo Penny.

Muy bien, señora. ¿Con nata?

No, dijo Penny.

Penny colgó. Pulsó la tecla ON en el mando a distancia y fue cambiando de canal hasta que encontró el codificado que había visto por la tarde. Marcó el número. Unas palabras en pantalla le indicaron que pulsara el botón PAGAR. Penny lo apretó. El canal se descodificó inmediatamente. Sentada dentro de un coche, al lado de una casa, se veía a una mujer con sombrero de ala curva y un impermeable desabrochado. Se suponía que era una detective; llevaba una cámara con un objetivo ridículamente largo. A través de éste miraba a un hombre y una mujer haciendo el amor en una cocina. Se quedó observándoles y luego dejó la cámara y se metió un dedo en la boca. La mujer de la cocina gemía. Se agarraba al aparador. El hombre le hablaba en voz baja. Giró a la mujer sobre la mesa y la penetró por detrás. Ella gimió un poco más. Tenía la cabeza cerca de un taco de cuchillos, un plato lleno de lo que parecía beicon crudo y una cesta de bizcochos glaseados adornados con cerezas. El hombre se enrolló una tira de beicon alrededor del dedo índice y daba la impresión de que iba a introducirlo en el ano de su compañera. Cambió el plano y se vio a la mujer del coche, que había quitado el objetivo de la cámara y se lo había puesto entre las piernas. Ahh, decía, moviéndose hacia atrás y hacia delante sobre la lente.

Penny terminó el segundo párrafo y lo leyó en voz alta.

Magnífico, pensó.

Entonces recordó algo y sacó el talonario de cheques. Había una palabra escrita. Era la palabra cuyo significado quería saber la

mujer indigente. Con cierta curiosidad, entró en un programa de ortografía y tecleó las letras *r e*, luego *g* y *e*, pero la pantalla no mostraba nada. Después de un rato apareció la sugerencia de sustituir esa palabra por regenerado. Lo intentó con el Tesauro. *No se ha encontrado la palabra*, decía el Tesauro. Seleccione otra palabra para buscar. Había una lista con las siguientes palabras: regenerador, regenerante, regenerar, regenerativo, regentar.

El Servicio de Habitaciones trajo el pedido.

Penny firmó, y comió y bebió.

Estuvo pensando en las horas anteriores mientras comía. No habían sido aburridas. Habían sido inesperadamente interesantes. Nadie creería que había andado paseando por las peores zonas de la ciudad, fisgando en las casas ajenas, con una persona indigente que le preguntaba por el significado de las palabras. ¿Le importaría a alguien eso? Pero a ella le había caído bien la indigente, que la había llevado a ver jardincillos, uno con un sofá, otro con un frigorífico, jardines con juguetes infantiles abandonados, o con fucsias, rosas y céspedes perfectamente recortados. El Jardín de Inglaterra. Algo así como la Gran Bretaña de Blair en los Albores del Nuevo Milenio. Debería plantearlo. Debería trabajar en ello. Es un tema que invita a la reflexión y que aúna valores populares, tradicionales y sociales. Estaba contenta. La noche le había proporcionado muchas cosas que no esperaba.

Se preguntaba si la mujer indigente había estado inspeccionando las casas en busca de cosas de valor.

Antes de que se le olvidara otra vez, marcó el número del Servicio Bancario 24 Horas e introdujo su número de contraseña. Le dijo al hombre el número del cheque.

¿Anulado?, preguntó el hombre.

Penny hizo una pausa. Algo la dejó helada como si en algún sitio alguien hubiera dirigido un mando a distancia hacia ella presionando el botón *pausa*. En ese momento petrificado, a Penny le vinieron a la memoria: el distinto grosor de las monedas; el reloj que domina el Támesis y el Parlamento, el péndulo que funciona correctamente gracias a una pila de monedas pequeñas; un hombre con barba subiendo peldaños irregulares con una pluma y un guisante en la palma de la mano y el modo en que el dinero que pidió prestado cayó dentro de la cabina para que al otro lado de la

línea alguien dijese algo y la oyera a ella.

Dígame, dijo el hombre que contestó. Dígame.

Luego, estaba de vuelta en el hotel, sentada en la cama con el auricular en la mano y hablando con alguien a quien no conocía de un banco que nunca cerraba.

Por favor, dijo Penny.

Durante un momento pensó que se había vuelto blanda. Durante un momento el universo había cambiado. Pero no. Bien. Mientras leía las dos últimas cifras del cheque, se convenció; resultaba duro, quizá, teniendo en cuenta lo que había pasado esa tarde junto a la puerta de su habitación y lo que estaba pasando justo en ese momento en la pantalla del televisor delante de sus ojos. Pero algo en su interior, que se había abierto por la fuerza, estaba sellado de nuevo. Bien, pensó otra vez, satisfecha consigo misma primero por la extravagancia inicial de su acto, y después por haber sido capaz, por haber sido especialmente sensata como para ponerle fin. Si eres pobre, eres pobre. No sabrías cómo ocuparte del dinero. Debe de ser un alivio no tenerlo. No era casualidad que las palabras pobreza y pureza se parecieran.

Dinero llovido del cielo para Mujer Indigente.

Se echó a reír. Eso era muy bueno. Estaba saliéndole redondo. Escribió el último párrafo del artículo sobre el hotel y lo releyó entero.

Esto, pensó, va a quedar muy bien.

Temerosa de llamar abajo para que enviaran a alguien que le abriese la cama (por si acaso mandaban a la chica que había conocido antes en el pasillo), la abrió ella misma. Inspeccionó las sábanas, como hacía siempre, en busca de quemaduras de cigarrillos, manchas de sangre, marcas de cualquier clase, pelos.

Terminó el artículo, lo archivó y lo envió sobre la marcha. Dejó la televisión encendida, roces de carne como ruido de fondo, y también las luces. (Normalmente esto mantenía a raya al sueño, pero esta noche soñaría otra vez que se caía del avión, con el fardo defectuoso a la espalda, las correas y los cordones enredados y el paracaídas que no se abre mientras ella cae hacia el solitario y ondulado campo inglés, los árboles de allí abajo tan pequeños que podría coger uno con los dedos y llevárselo a la boca como una de esas exquisiteces internacionales cuyo adecuado modo de comerse

uno no sabe muy bien. Pero ¿y si alguien la ha visto comerlo incorrectamente?, ¿y si el árbol crece en su estómago, mientras ella cae, hasta el tamaño real de los de abajo, su estómago a punto de estallar, y las hojas, las ramas y el tronco naciendo violentamente de ella?) Había puesto en su maleta el champú del hotel, el papel de escribir del hotel, el bolígrafo del hotel, el lápiz del hotel, los discos de algodón del hotel, la bayeta para los zapatos del hotel, la crema de manos del hotel, todo guardado para salir temprano al día siguiente en dirección al sur.

Se estiró en la cama. Era enorme. Tenía un olor agradable. El lugar donde se había acostado permanecía caliente. Estaba a punto de quedarse profunda, rápida, completamente dormida.

Perfecto, pensó, y se durmió.

HOTELES WORLD

No importa en qué lugar del mundo se encuentre si está cerca de un Hotel Global. Podría estar literalmente en cualquier parte. Incluso podría estar en casa. Para trabajar, para relajarse, para la escapada ideal; y si busca las elegantes y espaciosas habitaciones cuyo diseño, único e individual, es uno de los distintivos más destacados del fenómeno de los Hoteles Global, no tienen igual. Son buenas.

Razones para elegir un Hotel Global

¿Hacen falta pretextos? Estos hoteles, informales, tranquilos y por lo general pequeños, en la más moderna categoría de los Global, son su propia razón de ser. Con un precio asequible, una decoración elegante, están a años luz de los hostales a la hora de no dejar nada que desear.

Razones para quedarse

¡Porque no podrá evitarlo! Nueva York, Bruselas, Leeds, en cualquier sitio, nosotros le garantizamos que si se aloja en un Global no podrá resistir la tentación de pasar todas sus vacaciones (como hicimos nosotros) en su habitación, deleitándose en ese marco de lujo y suntuosidad que tan bien saben conseguir. Se sentirá tan a gusto en cualquier sillón en el que se deje caer que le resultará difícil levantarse, y no digamos salir de la habitación. ¡Y la comida! ¡Y qué decir de la comida! Ésa es otra razón por la que no querrá marcharse. Global tiene a gala contratar a los cocineros más avezados y vanguardistas, quienes le prepararán tales menús que dondequiera que se encuentre estará degustando una cocina del más alto nivel.

Ambiente de la ciudad

Excelente para reuniones de empresa y magníficamente preparado para todo el mundo, desde el viajero solitario hasta cualquier reunión de envergadura, creemos que los atrayentes precios de los Hoteles Global merecen ser tenidos en cuentan sean cuales sean sus necesidades.

Fines de semana en invierno

Seamos realistas, el invierno es una época de trabajo, de mal tiempo y difícil de llevar. O bien podría estar disfrutando de un baño relajante, o de la atenta diligencia de sus impecables empleados, o gozando de lo último en tecnología televisiva en su habitación, o sencillamente disfrutando de una habitación con vistas de un Hotel Global. ¿Por qué no se olvida de todo completamente? Con mucho estilo y poco ruido, refugio perfecto, el clásico pero contemporáneo Global proporciona un ambiente difícil de mejorar. A todo el mundo le esperan unos días incomparables.

World Perfect concede a la cadena de hoteles Global una calificación de nueve sobre diez.

Un estilo agradable y una agradable visita.

Una estancia superior.

futuro en el pasado

& como lo principal es que yo conté el tiempo que yo estuve allí & como he venido a casa con unos impresionantes zapatos nuevos que son la hostia & además me dieron el desayuno & estaba francamente bueno

& como existe el billete de cinco libras

& como yo ya sabía lo horrible que era estar apretujado boca abajo ya que lo había leído en los periódicos no fue una sorpresa ni un susto ni nada que yo no supiera

& como ella era rápida como era tan increíblemente rápida apuesto a que estaría satisfecha estoy segura de que estaría satisfecha de lo rápida que había sido me gusta pensar que es ligera como el aire más ligera que el aire ahora como esas fotografías que toman de las luces de los coches en las ciudades cuando los coches circulan tan rápidamente que el único rastro que dejan no es otro que el de sus luces al pasar a toda velocidad ante la cámara ocurre lo mismo con ella estoy segura creo que podría andar por ahí día & noche si quisiera como una asombrosa estela de luz a toda velocidad por los tejados de los edificios incluso podría salir de las ventanas altas de ese hotel flotaría sencillamente no se caería no tendría que caerse porque ahora puede andar sobre el aire también no sólo sobre el agua como la gente que está sólo viva bueno eso es lo que pienso de todos modos

& como normalmente a esta hora de la noche en realidad no de la noche de la mañana más bien qué hora es las cuatro y media ya que a esta hora de la mañana aquí estoy yo contemplando el airtex del techo & todo girando en mi cabeza yo dándole vueltas & más vueltas a que ella iba a que tenía que haber subido quizá a sup en el equipo nacional ellos dijeron que tal vez podían hacerle una prueba para el equipo que a veces sustituye al equipo nacional si conseguía el tiempo adecuado en el estilo mariposa tenía que recortarlo ella

decía que hasta medio segundo menos eso es lo que me dijo que estaban a punto de ofrecérselo si conseguía hacerlo 45 centésimas de segundo más deprisa ella me lo dijo estaba en la cama ahí mismo justo ahí mismo podría ir a las pruebas le dijeron que aún era rápida para su edad si lograba hacer lo de las 45 centésimas las 45 centésimas de segundo no es nada es como casi nada no es tiempo en absoluto como que que que que que que pasa tan rápidamente que apenas te das cuenta de que está ahí que era todo lo que necesitaba recortar de su tiempo recortar dijo ella & que no se lo había dicho a nadie por si acaso no ocurría porque decía que podría gafarse no se lo he dicho a nadie no se lo he dicho absolutamente a nadie sup eso significa suplente imaginad a Sara mi hermana Sara Wilby podría haber sido una sup del equipo nacional lo que realmente es la hostia de alucinante & ella su voz estaban ahí a unos centímetros ahí mismo yo podría haberla tocado con la mano imaginad que recortáis una mariposa sería terrible tendríais que tener cuidado qué pasaría si se cortara una parte de las antenas la probóscide por dónde la recortaríais no hay por dónde no tiene nada que le sobre una mariposa fue el miércoles por la noche ella estaba ahí mismo diciéndomelo & fue extraño porque normalmente no me contaba nada normalmente no me decía nada acerca de nada & entonces el siguiente lunes por la noche después de aquello fue la noche del lunes que no volvió a casa cuando se suponía que tenía que volver no volvió nunca todas las noches desde entonces desde aquella noche aparecen pedazos de ella como exigiendo algo nunca sé qué & es como si se plantara a los pies de mi cama & de repente explotara como si sencillamente se desmoronaran pequeños trozos de ella la oreja el cuello la nuca las manos los dedos los tobillos los pies la parte por donde se le hunde el bañador & los omóplatos un ojo la boca los músculos joder me revuelve el estómago la palabra el pecho me mira algunas noches me observa con un solo ojo abierto algunas veces con los dos con los dos ojos contemplándome como cuando él dice que soy muy insolente bueno Sara realmente tienes un pecho la hostia de insolente bueno tenías Dios qué rara me siento estoy como una puta cabra para que me hagan una lobotomía esta noche todavía no aún no ha venido de todas formas no puedo dormir quizá después de esta noche pueda creo porque me ha puesto el corazón a cien por hora o quizá es por toda esa

comida que me han dado en el hotel comí mucho Dios hacía mucho tiempo que no comía tanto no sé durante cuánto tiempo me había olvidado de la comida

& como ahora sé con seguridad aunque en realidad ya sabía que no era su intención hacerlo supongo que también eso me mantiene despierta aunque normalmente a esta hora de la madrugada estoy aquí acostada sin dormir también porque estoy dando vueltas a todas esas cosas como que iba a cumplir 20 años & que habría sido el 22 de enero del año que viene & que estaba a punto de cumplir los 20 dentro de unos meses habría cumplido 20 años el 22 de enero de 2000 20 22 2000 & en el colegio todos pensaban que lo había hecho a propósito como en Inglés con la imbécil de Ellis mirándome desde la primera fila de la clase con sus putos ojos tristes tan compasivos como si yo fuera una inválida o un bicho raro o algo así aquel día que estábamos leyendo ese libro Tess of the D'Urbervilles de T Hardy & hay un momento en que la chica está mirándose en un espejo & de repente piensa que todos sabemos nuestras fechas de nacimiento pero todos los años pasamos por alto sin darnos cuenta otra fecha que es igual de importante es la fecha de la muerte noto cómo todos incluso los chicos me clavan los ojos en la espalda & Gemma a un lado & Charlotte al otro no miran porque todos lo sabían causaba una extraña sensación hacía que todo fuera joder como la hostia de raro como si hubiera pasado algo & nadie pudiera decirlo & yo sabía que todos supondrían que estaría pensando que a ella le había llegado la otra fecha quizá hasta ella misma la había decidido había decidido hacerlo ese día & fue el 24 de mayo mayo 24 & la cosa es que por una vez joder yo no estaba pensando en eso ni en nada relacionado con eso por una vez había estado pensando en otra cosa había estado escuchando una historia sobre otra cosa sobre una chica que se miraba en el espejo eso es todo luego tuve que pensar en ello claro porque todos lo sabían & esperaban que lo hiciera aunque nadie tenía cojones para decirlo en voz alta seguro & entonces aquella noche & durante mucho tiempo después lo único en lo que podía pensar era en cómo había pasado todos aquellos 24 de mayo uno detrás de otro & cada uno de ellos debió de despertarse de levantarse como siempre desayunar lo que siempre desayunaba sólo una manzana nuestra madre la reñía porque una manzana no era suficiente desayuno para una chica en

edad de crecer siendo el desayuno la comida más importante del día lo había visto en una revista o en la televisión o en algún sitio seguro que la obligaban a comer otras cosas cuando éramos pequeñas & todavía podían obligarla a comer Frosties o algo así Rice Krispies supongo no sé no me acuerdo & iría andando al colegio no cuando era muy pequeña claro es decir antes de nacer yo sino después de nacer yo tenía ella casi cinco años para entonces iría andando hasta la escuela la escuela primaria primero a Edward's & luego a partir de los once a Bourne Comp aquel día 24 de mayo si era un día de diario & probablemente fue a la piscina o a cualquier otro sitio & ahora sé seguro que no lo hizo a propósito no sabía que era su otra fecha sencillamente era resulta un poco terrible la idea de ese libro que no puedo quitarme de la cabeza de que ese día está siempre ahí & ese día llega me pregunto si sentiré algo cuando la fecha se acerque a mi día creo que si no hubiera ocurrido en la vida real & como hemos estado leyendo ese libro en el colegio habría pensado que era una idea muy guay a pesar de ser un libro tan largo con todas esas partes tan aburridas sobre el destino no me acuerdo de mucho más aparte del caballo que muere & del niño & del hombre del bigote desde luego había mucha más muerte en aquellos días & la sangre en el techo que había en la película que nos pusieron basada en el libro qué pasaría si estuviera mirando al techo como estoy ahora & viera sangre extendiéndose por él & goteara en la habitación & me cayera en la cama ah es tan horrible porque ella ellos no nos dijeron nada aquella noche el hombre no dijo si ella sangró no sé quizá no tienes por qué hacerlo quizá no sangras si sencillamente te rompes por dentro pero estaba pensando en estaba pensando en otra cosa sí el 24 de mayo lo de la fecha del libro estaba pensando sí como ha sucedido en la vida real ya no es tan guay más bien es como si sencillamente no pudieras evitar pensar en ello porque es como es como leer un libro eso es como si estuvieras leyendo un libro cualquier libro & como si fueras por la mitad realmente metida en la historia sabiéndolo todo sobre los personajes & todo lo que les sucede entonces pasas a la página siguiente & de la mitad de la página para abajo está en blanco se detiene ahí sencillamente no hay más palabras & estás segura de que cuando cogiste el libro no estaba así era un libro normal & tenía un final un último capítulo

una última página todo pero ahora lo hojeas hasta el final & está en blanco nada que decirte sí así es un poco como es

& como en septiembre él & mamá se la dieron a unos amigos de los Henderson los Henderson habían dicho que conocían a alguien que quería una cama individual supón que no les dijeron a las personas que la tienen ahora que perteneció a alguien que está pero que bien muerta cama de muerto cama de muerte ja ja me pregunto quién dormirá en ella ahora me pregunto que harían si supieran si ellos supieran me pregunto si seguirían durmiendo en ella & ahora es mi habitación no nuestra habitación cogieron el colchón lo sacaron de lado por la puerta lo colocaron en el techo de un coche él desmontó los listones & los ataron con el cable de un calentador viejo para que no se perdiera ninguno no podía hacer un nudo porque al ser de goma se cayeron en la acera haciendo ruido el hombre tuvo que recogerlos los puso en la parte trasera del coche era una ranchera el colchón parecía una cosa de nada en el techo del vehículo cuando miré por la ventana me quedé sorprendida de cuán pequeño era porque una cama parece grande cuando estás cerca de ella pero a cierta distancia es pequeña parecía la cama de un niño cargaron con el bastidor oía cómo trataban de sacarlo por la puerta a mis espaldas luego ya no estaba lo desatornillaron lo pusieron en la parte de atrás con el asiento abatido & ahora sólo hay espacio aquí es como si la habitación fuera la misma pero distinta vacía demasiado iluminada descompensada o algo así pero están las marcas de la moqueta que prueban que estuvo ahí si se tocan con la mano se notan los hoyitos que han dejado las patas de la cama & por detrás estaba todo lleno de polvo que él limpió con el aspirador en Biología nos han explicado que gran parte del polvo está compuesto de tejido humano así que si es verdad hay un poco de Sara en el aspirador Dios mío pero ella se reiría se ganaba buenas broncas por no pasar el aspirador por detrás de la cama recogí todo lo que pude de lo que quedaba después de que él limpiara & lo tengo en un pañuelo debajo de las medias & las bragas en el cajón de arriba porque quizá se te desprendió a ti Sara es posible como cuando te pelas en verano a lo mejor tengo un poco de piel suya de la primavera de 1999 en el cajón de arriba Dios mío joder en un determinado minuto hay & al siguiente eres no eras más que escamas de lo que sea algo que ni siquiera se

ve bien Dios mío ahora todos los cajones de la cómoda son míos aunque aún no he guardado ahí todas mis cosas no tengo muchas ahora cierran bien antes estaban todos atiborrados & medio armario vacío como si sencillamente hubiera cogido & se hubiera marchado de casa todas mis cosas bien separadas en la barra para que parezca que no se han llevado nada pero se han llevado todas sus cosas bueno se le olvidó el uniforme de repuesto claro ya pero también quitó todas las fotos de la pared & han empapelado otra vez porque los adhesivos habían dejado marcas ahora es de rayas rojas pero sólo en una maldita pared estaban los pósters de George Clooney & Carol Hathaway & Pulp & Romeo & Juliet pegados al viejo papel Dios mío es curioso la gente ya no pone esas cosas en las paredes parece como si hubiera sucedido hace años en vez de hace sólo luego él tiró todas sus cosas de natación al cubo de la basura de la calle yo no sabía que lo había hecho cuando salí & lo abrí para tirar las cáscaras de cebolla allí estaban todas las medallas de oro & plata & las estatuillas & las placas & todo lo demás lo saqué & lo volví a meter en casa mis brazos llenos con todos los premios que había ganado de pequeña con los que había ganado en las competiciones con otras escuelas todos los de los Campeonatos Junior el de buceo que ganó el año pasado todo olía a basura lo llevé al cuarto de estar & lo dejé en la moqueta él se puso como un puto basilisco ese hombre necesitaba una lobotomía sácalos afuera te lo advierto no voy a decírtelo dos veces Clare sácalos afuera ahora mismo bueno en realidad sí que me lo dijo dos veces sí algunas medallas tenían también el nombre de ella grabado en el reverso yo eché una mirada a todo aquello en la moqueta del cuarto de estar & dije dije algo no puedo creer que de verdad yo dijera algo en voz en alta dije sí pero esta especie de jarrón tiene que entregarse el próximo año a la siguiente persona que lo gane no puedes tirarlo no es tuyo él se calló incluso se enfadó más diría yo por el modo en que respiraba lo cogió en las manos lo sostuvo como para no dejar marcas lo puso en lo alto del aparador abrió la puerta del aparador lo metió allí cerró la puerta luego quitó todo lo que había en la moqueta lo envolvió en un paño de cocina volvió a ponerlo en la basura al día siguiente se llevó el jarrón en una bolsa cuando se fue al trabajo después anduvo varios días dando vueltas por la casa con una expresión rara en la cara los hombros

encorvados como el puñetero jorobado ese de donde sea encorvados como si llevara una mochila llena de cosas no sé qué piedras ladrillos pedruscos espero que le pese de cojones de todos modos le oigo ahora esos putos ronquidos incesantes le oigo darse la vuelta dormido él no tiene ningún puto problema para dormir claro por supuesto que no & nuestra madre no nuestra sólo mi completamente ida deambulando por ahí como un fantasma ella también todo el tiempo yendo al médico a buscar esa cosa que la alivia ami-no-sé-qué o mazi-algo que se acerca Brett uno de cuarto curso diciéndome están drogados tu madre o tu padre después del funeral & traía de todo yo puedo vendértelo le dije que se fuera a tomar por el culo él dijo si es una buena dosis te haré un buen precio a tomar por el culo puto gilipollas no importa lo que digan esos gilipollas todo el rato ha sido lahermanadeClareWilby sehasuicidado lahermanadeClareWilby sehasui esos malditos memos de la puerta principal gritándolo cuando yo pasé al otro lado de la calle & ahora sé que ella no lo hizo ahora tengo pruebas así que pueden irse todos a la mierda espera a que se lo diga a mamá & papá pero no puedo a que no no puedo decirlo así como así en medio de la cena él perdería la cabeza si oye mencionarlo otra vez ella no comería nada no vería nada no oiría nada completamente destrozada en su silla como si alguien la hubiera desgajado de un árbol & la hubiese roto igual que puede romperse un trozo de rama en pedacitos creo que podría decírselo si la pillara a solas si él estuviese fuera o si no estuviese en el cuarto o si se encontrara en el baño o afeitándose otra vez con ese puñetero rrrrrrrr de la puta maquinilla & no oyera yo le diría a ella escucha mira yo sé que no fue a propósito no había ninguna razón ninguna lo sé porque estuve en el lugar donde ocurrió fui al hotel conocí a la gente que trabaja allí & aquel hombre me contó que fue un accidente con toda seguridad él estaba allí lo vio porque ella iba a estar en el mismo turno que él toda la semana & estuvieron hablando de montones de cosas dijo que lo pasaron muy bien incluso pensaban ir al cine la noche que libraran habían decidido ver Happiness ella sólo estaba bromeando fue sin querer no debió hacerlo pero tampoco debo yo decir puto esto o puto lo otro verdad se supone que tengo que evitar hablar con palabrotas imaginad si yo hablase de verdad si dijera algo las paredes de esta casa se irían

al carajo del susto como si hubiera hablado un fantasma nadie debe pronunciar una palabra sobre algo real de todos modos cómo lo diría es demasiado real para decirlo cómo empezaría si lo hiciera qué palabras emplearía para comenzar con qué palabra empezaría & de cualquier manera si hablara ella estaría demasiado abstraída como para oír o el llanto que tanto le trastorna a él volvería a empezar sería como cuando descolgó las fotos o tiró todas las cosas de natación todo aquello de oro & plata el trofeo de la competición de saltos que era la figura de un delfín ahora bajo la tierra en el vertedero de basura a oscuras a menos que haya farolas en el vertedero también de todos modos está todo enterrado ya bajo la basura revuelto con bolsitas de té usadas & sobras de comida putos condones con una especie de piel mohosa por encima como si llevara meses en las bolsas rotas tiradas en la parte de atrás del puente del ferrocarril & a esta hora habrán arrojado más toneladas de mierda que oprimirán todas sus cosas de natación enterrándolas cada vez más abajo en la tierra como un tesoro escondido un día alguien quizá excave en uno de esos programas en los que hacen excavaciones para ver cómo era la sociedad antiguamente & será un hallazgo realmente importante & las cosas llevarán su nombre & la gente se preguntará dentro de unos siglos quién sería ella & las pondrán en una vitrina de cristal en un museo & el público que las mire dirá me gustaría saber quién era esta Sara Wilby que ganó los 50 metros Mariposa en el campeonato Junior de 1996 hace tantos cientos de años qué clase de persona sería & cómo transcurriría su vida debió de ser una nadadora muy rápida para ganar pero quizá en el futuro consideren lento lo que nosotros pensamos que es rápido todos ellos irán muy deprisa aunque ella era muy rápida Dios mío era verdaderamente rápida solíamos ir a verla cuando ellos todavía podían hacerme ir & ella iba siempre muy aventajada cuando llegaba al otro extremo & giraba de aquel modo bajo el agua como en un salto mortal separándose la primera de la pared lateral con un impulso muy avanzado muy por delante de cualquier otro participante era increíble que pudiera permanecer tanto tiempo allí debajo después emergían la cabeza & los hombros imaginadla tomando aliento después de contenerlo durante tanto rato imaginadla no pudiendo respirar & luego en el último minuto ser capaz de hacerlo otra vez eso era la hostia de alucinante ella

siempre llegaba la primera en las competiciones cuando no había nadadores muy buenos & al menos la segunda o quedaba en los primeros puestos cuando había nadadores realmente excelentes tenían que ser muy buenos de verdad para ganarle a ella nosotros nos levantábamos en las gradas él gritaba aplaudía movía los brazos en el aire después ella con la toalla por los hombros el agua corriéndole por las piernas & la espalda & el cuello el pelo chorreándole agua por la cara por todo el cuerpo nosotros nos poníamos al borde de la piscina recuerdo a una amiga de mamá que decía Sara deberías enseñar a nadar también a tu hermanita tendríais dos medallistas en la familia todos se reían él me miraba con aquella cara porque sabía que de ninguna puta manera ni él ni nadie conseguiría que yo me acercara a la puta agua & nadar delante de todo el mundo todo el mundo pensaba que era gracioso porque una ganaba medallas & yo ni siquiera sé nadar ahora cuando sus trozos empiezan a venir por sí mismos pienso en el agua que le escurría así de una parte de su cuerpo a la siguiente & es como si pensar en el agua recorriéndola los mantuviera unidos o sea que la cabeza está sobre el cuello & el cuello sobre los hombros & los hombros sobre el tronco con los brazos etcétera el olor a cloro o lo que sea eso que ponen en el agua siempre en nuestro dormitorio siempre ese ligero olor en su cama & fuera en el pasillo también por los bañadores en la cesta de la ropa para lavar todavía lo percibo al menos eso me parece lejano no son imaginaciones me pregunto si su cama huele aún a cloro & los amigos de los Henderson se preguntarán qué es lo que hay en su dormitorio que huele así ellos no sabrán qué es no podrán adivinarlo hubo una noche que yo aún estaba despierta & ella quedándose dormida & de repente se despertó sobresaltada dio una sacudida tan fuerte que la cama se movió todo el cuerpo se le agitó yo dije lo que ella había dicho Dios mío ella se echó a reír dijo estaba soñando que me caía de la acera a un lado del bordillo eso fue un par de semanas antes de matarse Dios mío es sorprendente lo que la gente es capaz de hacer para no tener que pronunciar la palabra o aproximarse a alguien que haya estado cerca de este asunto como en el colegio que parecen incómodos como si yo hubiera hecho algo que les avergonzara es triste no eso no es triste triste fue cuando murió Fluff así es como yo recuerdo lo que es una cosa triste mirar a tu alrededor & que el gato

no esté en la cocina ni en la silla eso fue muy triste pero la tristeza era proporcionada a un gato con esto es como si la cocina no tuviera razón de ser incluso es una estupidez tener cocina la silla carece de importancia es lo que está en ella o sobre ella lo que la convierte en algo la única otra persona muerta que conozco es el abuelo & eso fue hace tanto tiempo & cuando él se sentaba en el jardín al sol con el pecho descubierto era todo pliegues alrededor del cuello & la cara como si fuera demasiado pequeño para aquella piel que se recogía en torno a él no es lo mismo que con ella era como si él estuviera preparándose para morir como si por dentro fuera demasiado ligero para una piel que se había vuelto demasiado gruesa & pesada para él pero con ella era perfecto la suya ajustaba perfectamente era tersa & estaba preparada para hacer un largo viaje como si fuese una flecha o algo así & lo único que hubiera que hacer fuera ponerla en un arco & dispararla al aire sí & toda la gente en el funeral decía mal su nombre & los vecinos parecen incómodos cuando nos encontramos en la calle o cuando estoy en alguna tienda & hay alguien que conoce a mamá o a él es esa curiosa mirada de soslayo & cómo sobrelleváis una pérdida tan tremenda como si hubiéramos extraviado un monedero o un perro o la vida de ella de una manera terrible como si ella la hubiera dejado en algún sitio & cuando levantó los ojos no sabía lo que había hecho con ella una terrible manera de perder a alguien cercano como si la hubiésemos perdido en unos grandes almacenes en la sección de deportes & si fuésemos al departamento de atención al cliente podríamos llamarla por medio de los altavoces del interfono esta llamada es para Sara Wilby su familia la espera en atención al cliente podría usted Sara Wilby por favor volver de entre los muertos ah mierda ah & etcétera etcétera bueno ahora ahora ella está muerta no es así bueno eso se parece mucho a pasar en una fracción de 45 centésimas de un puto segundo al otro mundo el más allá sí donde está toda la gente muerta sonriendo Sara & el abuelo & las abuelitas con ellos & Fluff & aquella anciana del otro lado de la calle que murió todos ellos cantando alguien gritando Lord kum ba ya con la difunta señora Kincher de tercero de primaria rasgueando la guitarra para que nadie la pronunciara la palabra muerto a que no tu hermana murió ha muerto la señora Johnstone que vive un poco más allá en la misma calle me paró de camino al colegio

diciendo me imagino cómo te sientes sujetándome el brazo de aquella manera psicópata con los ojos muy abiertos es un vacío que nadie puede llenar bueno supongo que algo de verdad hay en eso porque cuando miré dentro del hueco vi que las guías de acero esas cosas hechas de acero o hierro que facilitan al como se llame el ascensor para comida & platos que suba & baje por el hueco están todas ahí todavía instaladas en el tabique del fondo ja pueden simular bastante bien que el hueco del ascensor no esta ahí poniendo un trozo de madera encima & pintándolo del mismo color que la pared pero no pueden quitar el metal del interior a que no no se molestarían en quitar eso que va de arriba abajo & había una ruedecita arriba del todo en el interior para la cuerda de acero que lo sostenía la rueda sigue allí también poco más o menos del tamaño de una galleta de chocolate & naranja yo metí la mano & la empujé giraba suavemente como funcionaría cualquier cosa similar si nada hubiera cambiado realmente & sabe Dios lo que haría falta para empastar ese hueco señor Dentista un cargamento de puto hormigón pero ellos no lo han hecho está ahí todavía sólo lo habían camuflado lo único que tuve que hacer fue mirar yo vi yo miré abajo en un determinado momento ella estaba arriba exactamente donde yo estuve esta noche al siguiente momento ese metal que está ahí todavía que siempre estará ahí supongo que aunque lo rellenasen de hormigón de alguna manera aun así seguiría estando ahí seguiría siendo el mismo agujero sólo que relleno de hormigón eso es todo & aunque derribasen todo el hotel & desmontaran ese hueco del ascensor & ya no estuviera allí de algún modo permanecería a pesar de que no se viera ni se supiera de él pero eso significa que si eso es verdad entonces también lo es aquello porque Sara estuvo aquí porque anduvo por las calles o desplazaba el agua cuando nadaba la apartaba con los brazos para poder impulsarse en medio de ella entonces de algún modo está aquí todavía pero eso es una gilipollez tremenda porque ella ha desaparecido quiero decir que ha desaparecido de verdad de verdad o no has desaparecido & si alguna vez derriban ese edificio o incluso sólo el interior o sea si fuesen a convertirlo en un edificio distinto pero conservando el exterior les gusta hacer eso mantener la estructura externa & cambiar todo lo de dentro como hicieron con aquel cine de la calle Merret adonde tú ibas a ir a ver Happiness al final

supongo que lo harán reformarán el edificio y para entonces no importará que alguien cayera & muriera porque de todos modos para entonces nadie se acordará nadie lo sabrá

& como ocurrió allí creo que es por eso por lo que yo iba & me sentaba fuera porque no sabía dónde sentarme no sabía por qué yo sólo quería saber algo no sé qué pero lo único que había en casa eran unas putas marcas en la moqueta una puta mierda sólo ellos sentados en unas estúpidas sillas con los ojos fijos en el televisor apagado no sé no sé qué pensé yo que iba a ocurrir pensé que ibas a volver a aparecer de la nada a la vuelta de la esquina saludando con la mano diciendo hola creí que estaba muerta & vosotros también verdad bueno pues no he estado aquí todo el tiempo merodeando he alquilado una habitación vivo aquí os he tenido preocupados verdad bueno por supuesto que no tenía ni puta idea de lo que iba a pasar & de todos modos los muertos cuando vuelven no son como cuando ella volvió vestida con su chaqueta de punto igual que normalmente ellos son siempre vampiros o apariciones misteriosas & terroríficas que gimen hablando de venganzas o que no aparecen de ningún modo sólo mueven cosas por las habitaciones invisibles igual que los cómo se llamen poltergeist o que flotan fuera de las ventanas como en aquella película Salem's Lot ésas son sólo historias no era así tú no serías así tú no serías un vampiro con esos dientes ridículos tú serías tú misma pero claro si ella está como es de imaginar debe de estar ahora bajo tierra con la cara toda no no ella estaría de pie vestida con su traje de baño o sus vaqueros & la chaqueta del pijama como en casa igual que estaba todas las veces cuando yo pensaba que ella estaba allí entonces ya no pude seguir haciendo aquello inventármela a que no puto trastornado lo único que quedaba eran trocitos de ella apareciendo por sí mismos tiene que haber una manera de pararlos & entonces encontré el uniforme cuando me lo puse me quedaba un poco grande todo lleno de botones en la parte de adelante debía de ser el de repuesto el que no llevaba cuando no iba de uniforme evidentemente no es aquél porque cuando cayó estaba doblado debajo de mi abrigo debieron de olvidarlo cuando limpiaron el armario nadie reparó en él porque si lo hubieran visto lo habrían tirado eso seguro yo no me había dado cuenta de que estaba allí hasta ahora así que era una señal yo pensé que si entraba podría averiguar sin duda pero aquella mujer

del mostrador que salía siempre a la calle estaba de servicio & ya había salido esa noche yo ya me había echado a correr por eso pensé que tal vez no ésa no era la mejor noche pero luego lo fue después de todo cuando volví lo llevaba metido debajo de la sudadera me la quité a la puerta iba a intentar colarme como si fuera una empleada nueva para que no se dieran cuenta pero cuando entré ella estaba dormida no se enteraba de nada con la cabeza apoyada en el mostrador no tuve que decir nada a nadie de por qué estaba yo allí nadie me preguntó nadie me paró ni siquiera me vio nadie yo sencillamente subí las escaleras & fui hasta el último piso donde ocurrió aquello yo sabía que era en el último piso donde había ocurrido vino en todos los periódicos con aquella foto suya del impreso de matrícula de sexto DESTACADA NADADORA MUERTA UN INSÓLITO ACCIDENTE SE COBRA LA VIDA DE UNA NADADORA DE LA CIUDAD TRÁGICO SALTO A LA MUERTE DE UNA JOVEN cuando yo los busqué en la biblioteca encontré el hueco dando golpes en la pared después cuando la mujer del mostrador Lisa subió & me vio no me echó ni nada no estaba enfadada dijo que estaba un poco sucio & que ella lo arreglaría con los de mantenimiento del hotel en realidad fue muy amable cuando cruzaba la calle yo siempre pensaba que sería muy antipática pero no lo era tenía una llave en el bolsillo que abría todas las puertas ella llamaba a una puerta & si no respondía nadie & como no contestó nadie abrió la puerta con su llave & entró & salió con unos kleenex yo tenía la nariz realmente tapada me resultaba difícil respirar es realmente difícil después de llorar & yo había estado llorando de lo lindo creo que por lo del puto hueco del ascensor por haberlo visto estaba tan oscuro a viejo olía aquello no veía el fondo si estaba lejos o cerca si se tardaría mucho o poco en llegar en cuanto lo vi abierto de aquella manera sencillamente me di cuenta de que de todas las cosas tristes de este asunto ésta era la más triste de que realmente no importaba si había querido hacerlo o no no había ninguna diferencia sólo el hecho de que en un momento determinado había estado allí allí mismo en aquel mismo lugar donde yo estuve & al siguiente ya no & estaba dándome los kleenex & preguntándome dónde estaba mi otro zapato no le presté atención preguntó de quién era el dinero que había en el suelo pensé que si seguía sin hacerle caso se marcharía pero dijo que la

pared parecía una enorme máquina tragaperras & que había ganado el gordo me entraron ganas de reír porque eso era exactamente lo que parecía era como si la pared hubiera vomitado todo aquel dinero entró de nuevo en la habitación & salió con una papelera & recogió el dinero & me dijo que yo tenía que bajar con ella creí que iba a llamar a la policía iba a echar a correr pero del brazo me llevó a una habitación trasera que más bien parecía una oficina con taquillas & un hervidor de agua mientras ella entregaba la llave a alguien & cogía un teléfono luego volvió & me cogió del brazo & se quedó fuera de aquella especie de armario & dio unos golpecitos & la puerta se abrió estaba lleno de trastos por todos lados & salió un hombre que parecía un oso parpadeando con la luz como si acabara de despertar & salir de una cueva conocía a Sara dijo la mujer para que yo le dijera mi nombre & le explicó que yo necesitaba unos zapatos & él preguntó que de qué número & volvió con un par de botas Doc bastante viejas con cremalleras en la parte delantera en una mano & en la otra casi arrastrando unas Nike tipo bota blancas bastante nuevas muy cuidadas como si apenas se hubieran usado realmente sentaban muy bien luego ella volvió de detrás del mostrador con un aspirador le dijo que tenía que ir a limpiar el piso de arriba me preguntó si quería volver a subir unos minutos yo también así que le pregunté si podía prestarme su reloj si tenía segundero lo tenía & ella me lo pasó por la barandilla cuando llegué al piso de arriba el hombre que conocía a Sara estaba allí plantado mirando la pared como diciendo joder me preguntó lo has hecho tú yo asentí pensé que iba a ganármela él se sentó sobre las piernas & me contó toda la historia no estaba muy segura de que quisiera saberla pero después de todo fue alucinante enterarse de que estaban viendo la tele justo antes & era una película del Oeste sobre unas personas en la nieve con Warren Beatty & no sé quién más & de repente ella apostó cinco libras a que podía meterse en el ascensor & lo hizo él la vio toda acurrucada boca abajo él dijo que iba a pronunciar una frase iba a decir debes de tener articulaciones de goma porque en ese ascensor sólo cabe un niño de ocho años como mucho pero cuando iba por la mitad de la frase lo único que allí había eran los cables sacudiéndose & para cuando él terminó de decirla ya se había oído el golpe oh Dios mío pero yo ya sabía todo aquello de que iba boca abajo lo sabía porque había leído algo en

los periódicos así que no me resultaba del todo nuevo el chico sacudía la cabeza & se tapaba los ojos con las manos & cuando otra vez pude oír & pensar sin aquella especie de zumbido eléctrico en los oídos parecida al puto rrrrrrrrrr de la máquina de afeitar realmente hubiera preferido no saberlo yo sólo quería hacerlo fui a aquel lugar me quedaba la otra zapatilla para tirar imaginé que eso serviría & ahora tenía el reloj por lo que esta vez podría hacerlo todo bien la dejé caer con cuidado & escuché & cuando me volví él se había quitado las manos de los ojos ahora el hombre me miraba bueno qué joder para entonces ya había terminado de todos modos estaba a punto de marcharme escaleras abajo pero el hombre se me acercó sujetó la puerta abierta con un pie hizo un ruido raro con la garganta & me entregó algo que yo no sabía lo que era era un papel azul grisáceo doblado algo estropeado dijo esto dijo hicimos una apuesta & se lo debo así que te lo doy a ti creo que quería decir que te lo debía a ti Sara lo desdoblé era un billete de cinco libras lo había tenido tan plegado formando un cuadrado que cuando lo desdoblé estaba lleno de cuadraditos por todas partes cuando llegué al piso de abajo había otra persona en el mostrador & por un momento pensé que iban a pillarme & que iba a tener problemas por lo de la pared estaba a punto de salir por la puerta como si fuera una huésped la hija de un huésped o algo así pero aquella Lisa apareció por detrás & me hizo entrar otra vez & me obligó a sentarme pidió que me trajeran el desayuno inglés completo que había en el menú me dejó elegirlo le devolví el reloj era la una y media llevaba allí un montón de tiempo pero se me había pasado volando luego ella se marchó & volvió con el desayuno era enorme había dos huevos no uno bacon dos salchichas una cosa redonda & negra que creo que era morcilla no sé había alubias en un tazón aparte quizá por si no gustaban las alubias en un plato había un montón de tostadas cortadas en triángulos creo que trajo de más todos tomaron alguna la otra mujer del mostrador se puso unas cuantas en un plato & el hombre con el mono de trabajo llegó & cogió algunas fue muy amable conmigo & el hombre del piso de arriba que te conocía también cogió unas cuantas cuando bajó & había bucles de mantequilla en platitos blancos una selección de mermeladas en tarros más pequeños que mi dedo pulgar podías elegir entre mermelada de mora de fresa de melocotón de grosella

yo la tomé de mora fue un desayuno estupendo corría a cargo del hotel no pude comerlo todos me decían vamos come más realmente eran todos muy amables no dejaban de darme palmaditas en la espalda como si me conocieran de toda la vida todos eran amables luego aquella Lisa me acompañó a casa fue curioso volver andando a casa con aquellas Nike nuevas el contacto con el suelo parecía diferente como si hubiera aire entre él & yo ella esperó fuera hasta que cerré la puerta diciéndome adiós con la mano era curioso que la cosa fuera tan agradable & tan triste a la vez durante el trayecto me dijo que parecía cansada yo le contesté que no dormía mucho & me dijo que ella dormía demasiado & que me daba unas cuantas horas de su sueño que me las enviaría imaginad si fuera posible hacer eso prestar a alguien unas horas que no se necesitan eso sería tan guay poder hacerlo podrían meterse en un sobre & enviarlas por correo he-visto-estas-horas & me-he-acordado-de-ti es gracioso no de ja ja ja pero sí extraño que pudiera ser tan triste el estar allí & sentir lo triste que fue todo & que al poco estuviera tomando ese estupendo desayuno & calzando unas fantásticas Nike & sintiéndome como hacía tiempo que no me sentía de bien es más o menos como estar leyendo un libro & que de repente se pare la historia porque aunque parecía que se había detenido no lo había hecho realmente sino que continuaba & no pasa nada por sentirse aliviada de que se parase porque en realidad está bien que se parase que se pare igual que lo de las fechas cuando todos los de mi clase esperaban que yo sintiera algo & por un puto momento se me había olvidado qué era lo que tenía que sentir como si alguien me enviara un minuto de alivio un minuto de otra cosa por correo he-visto-este-minuto & me-he-acordado-de-ti bueno es como si esta noche hubiera empezado para tener un final normal & luego se volviera algo completamente distinto algo inesperado como si alguien en algún sitio hubiera visto esta tarde & pensado en mí

& como te marchaste bastante temprano después de que te marcharas empecé a hacer mientras estaba aquí tumbada listas de todas las cosas que podrías haber sido nadadora incluida por supuesto pero el caso es que podrías haber sido cualquier cosa médico vendedora de jerséis en una tienda vendedora de zapatos en una zapatería vendedora de periódicos en un quiosco alguien que cuida árboles & arbustos en un vivero sabes de lo único que hablan

en el colegio es del milenio esto el milenio lo otro qué vas a hacer para el milenio quinientas palabras sobre qué harías para convertir el mundo en un lugar mejor en el próximo milenio & lo único que se me ocurre es que la lista de cosas que podrías haber hecho joder no se acaba nunca sigue & sigue se van añadiendo cosas nuevas todo el tiempo podrías haber sido especialista de recursos humanos de televisión o haber hecho las cosas que nos mandan hacer en el colegio con los ordenadores & jefa de personal o haberte casado o haber sido la persona que trabajaba en un hospital el día que llevaron a una chica muerta al caerse por el hueco de un ascensor & luego como en Emergency Room tu vida habría seguido en lugar de detenerse supongo que nadie vería ese programa si se acabara cada vez que llevan a una persona que se muere la historia sigue & sigue para los médicos & las enfermeras todas las semanas & ocurre lo mismo en Casualty aunque los pacientes se mueren a menudo imaginad si se parara sólo porque desapareciese la gente lo único que habría serían pantallas en blanco en la televisión por todo el país cinco minutos después de que empezara cada episodio la gente aporrearía los aparatos de televisión tiraría los mandos a distancia habría disturbios veo la televisión por si tú no puedes hacerlo estoy al día de lo que ocurre en Brookside por ti es una verdadera mierda & no es sólo que George Clooney haya dejado la serie sino que corre el rumor de que Carol también lo va a hacer a ti te fastidiaría bastante es extraño pensar que quizá tú no lo sabes cuando todo el puto mundo lo sabe ya & cuando como un trozo de tostada lo hago despacio para recordar por ti qué sabor tiene primero el sabor a tostado luego el sabor a mantequilla derretida & el de la mermelada como esta noche luego el sabor más fuerte de la corteza cualquier cosa que coma la como despacio para fijarme a qué sabe realmente comer una naranja o cualquier otra cosa & pollo & patatas con salsa de carne que sé que te gustaban hoy por ejemplo en el almuerzo había guisantes congelados que sabían a como saben los guisantes congelados te acuerdas & que una vez me subí sobre un brazo del sofá cuando no había nadie en la habitación & pasé la mano por arriba de la puerta por ti por donde la madera está como un poco áspera sin pintar creo que no se ha pintado nunca desde que se construyó la casa hay polvo de un montón de años & células de toda nuestra puta familia ahí arriba en capas incluidos los gatos &

cuando bajé toqué el terciopelo de la funda del brazo del sillón reclinable para que supieras cómo era aunque el tacto del terciopelo me produce un escalofrío por la espalda como si arañaras uno de los viejos singles de vinilo de su colección no tú yo & miro las cosas con atención para que sepas si quieres cómo son los coches nuevos que vi llegar a la ciudad en el transportador de coches eran tan nuevos que aún no tenían matrícula pero cómo molaban estaban tan relucientes que parecían realmente buenos realmente rápidos porque los coches son cada vez más rápidos & hasta he ido a la piscina sí la piscina yo para olerla por ti también el olor del agua & los productos químicos & el olor del champú es tu olor fui el martes de la semana pasada durante el almuerzo había niños chapoteando ese tío se zambulló vaya mierda que era golpeó el agua con tanta fuerza que por el ruido que hizo tuvo que hacerse daño sí ya sé lo creas o no la piscina adonde no iría por nada del mundo ni muerta me dejaría ver por allí ja ja mira oye dos cowboys están en un bar del Salvaje Oeste & después de beber varios whiskys uno le dice al otro no deberías seguir bebiendo porque te estás poniendo borroso o acaso te parece un chiste tonto de hermana pequeña & a lo mejor puedes oír cosas como ese chiste en el momento en que suceden a lo mejor estabas escuchando cuando Laura me lo contó en el quiosco no sé si tengo que memorizarlos & contártelos después como ahora espero que no te aburra oírlo otra vez si es que ya lo habías oído conoces el del hombre que puso una tienda de periódicos & se la llevó el viento voy a acabar como una puta cabra de tanto hablar con una muerta una persona que está muerta & no oigo nada & aquí estoy hablando con ella contándole chistes joder la hostia estoy perdiendo la cabeza por favor la cabeza de Clare Wilby podría pasarse por el Servicio de Atención al Cliente el chiste soy yo menudo chiste soy el corazón me late a tanta velocidad que va por delante de mí es un poco alucinante hablar con ella de esta manera alucinante porque ahora hablo con ella todo el tiempo antes apenas lo hacíamos pero ahora todo el tiempo no lo entiendo a veces un muerto puede estar más vivo que cuando estaba vivo de verdad es una locura una chifladura realmente lo es no debería pensar así es de putos retrasados mentales si alguien se enterase de que era yo quien dejaba esos dulces allí me encerraría en un psiquiátrico pero no veo cuál es la diferencia está muy bien

plantar esa tontería de los azafranes de primavera aunque no sé si a ella le gustaban pero lo que sí sé es que le gustaban los dulces porque a mí me enseñaba a chupar el azúcar glas & el aspecto que tenía el tofe masticado en la boca lo tenía entre los dientes abría mucho la boca para que yo lo viera ella decía que había dos maneras de comerlo se podía comer con el azúcar masticándolo con fuerza todo a la vez ésa es una manera & da un sabor determinado también se puede chupar primero el azúcar & luego masticarlo esto da otro sabor así que pensé que eran una cosa tan buena como cualquiera para dejar allí e incluso mejor puesto que ella había dejado de comerlos con el fin de adelgazar para la natación & ser así más rápida todavía recuerdo cuando me lo enseñó en la boca estaba todo brillante por la forma en que estaba cubierto de saliva joder qué raro es todo eso yo me estoy volviendo un poco rara si alguien supiera que pienso en estas cosas o que voy por ahí dejando dulces en los cementerios para una muerta que no es que pueda comerlos precisamente verdad sencillamente aún no me hago a la idea de que esté muerta & ella una muerta & como las dos cosas son la misma adonde van adonde fue ella cómo se puede estar caminando por ahí en un momento determinado & al siguiente ya no poder hacerlo es como si te alzaran & desaparecieses en el cielo o doblaras una esquina & te cayeras del mundo & nadie puede telefonearte ni nada & vi lo que le pasó a ese ratón que llevamos al cobertizo después de que Fluff lo cogiera no sangraba pero estaba conmocionado eso es lo que dijo mamá lo pusimos en un platito & al lado colocamos otro con agua pero cuando volvimos de las vacaciones & abrimos la puerta del cobertizo no quedaban ni los huesos sólo un enjambre de cosas blancas que se movían de un lado a otro en el plato lo tiramos todo a la basura el plato también & también & también están todas esas normas como cuando Teresa Drewe su familia es católica & ella antes de ir a Bournes fue a una escuela católica se me acercó en clase de arte mientras hacíamos cofres para el futuro & me contó que los santos llegan a serlo porque son capaces de soportar muertes terribles así a lo mejor era bueno morir así dijo pero luego preguntó si era verdad que lo había hecho a propósito porque eso significaba que no podría ir al cielo & que estuviera donde estuviese enterrada convertiría la tierra en arenilla bueno no fue a propósito a que no & eso de que hay

personas que llevan consigo trocitos del cuerpo de un santo para que las protejan o lo que sea son como las que llevan patas blancas de conejo en los llaveros para que les den buena suerte como la que nos enseñó el tío Martin aquella vez todavía con las uñas del conejo bueno supongo que el pañuelo del cajón el pañuelo del cajón es algo parecido a eso a lo mejor aunque yo quiero tenerlo me gusta saber que está ahí desde luego no se lo diría a nadie ni se lo enseñaría a nadie porque podrían pensar que es asqueroso & una chifladura pero Sara yo sé que Sara se reiría se reiría de lo del aspirador si estuviera aquí luego yo haría algún chiste sobre cómo ahora es tan ligera tan poco pesada que fácilmente podría recortar las 45 centésimas de su récord de mariposa en realidad ella podía ser la nadadora más rápida del puto mundo entero si hubiera querido si eso es lo que quería ahora es tan ligera que podría ser tan veloz como el viento veloz como la puta luz diría yo & ella me tocaría en lo alto de la cabeza con esa expresión seria en la cara & me dejaría la marca de la mano en el pelo como suele hacerse con la tonta de la hermana pequeña & yo me pregunto si quizá yo me parecía un poco a ella con el uniforme en realidad nosotras no éramos parecidas pero tal vez un poco sí que debía parecerme a ella un poco sí

& ya que los trocitos de ella todos deshechos no aparecen no han venido esta noche todavía todavía gracias a Dios joder que no son ellos sino mi corazón que late tan deprisa que no me deja dormir no además del puto ruido que hace él al otro lado roncando no puedo creer que alguien ronque tanto & no se despierte él tiene un sueño muy pesado ja eso es la ironía del milenio suena como si alguien taladrara ladrillos junto a la casa como si alguien segara la moqueta con una de esas segadoras de césped que hay que empujarlas que no tienen motor sólo que suenan tan fuerte más fuerte que un motor & así cómo cojones voy a dormir yo no he dormido decentemente desde hace meses me pregunto si esa Lisa me daría algunas horas de su sueño era un sueño agradable no recuerdo que él roncara de esa manera antes de aquello una de dos o está roncando o está levantándose se levantará dentro de un momento sonará ese puto rrrrrrrrr dentro de un minuto mañana otra vez está siempre en casa ahora dale que te pego a la maquinilla en la cara unas tres veces al día yo no me acuerdo realmente cómo era antes debía de ser

diferente creo que piensa que soy una insolente todo el tiempo no sólo porque no digo nada sino porque soy la que queda & también sé que es verdad que si me tirasen a una piscina & tendrían que tirarme porque de ningún modo yo saltaría ni me zambulliría como ella jamás de ningún modo así que si me tirasen yo me hundiría inmediatamente & resultaría tan embarazoso que alguien el socorrista de la piscina probablemente tendría que meterse a sacarme del fondo como si yo fuera uno de esos bloques con los que la gente practica a veces no me importaría ser sólo una oreja sólo un ojo una ceja una simple pestaña desprendida que alguien me sujetara con la yema de un dedo & expresara un deseo & me soplara tan ligera como un trocito muy muy pequeño de no sé bueno de una hoja sería un alivio ser sólo eso & no esto con pies & manos & cerebro trabajando todo el tiempo Sara tienes suerte oh Dios mío pero qué he Dios mío no no quería decir eso Sara no quería decir nada con eso no ella tenía unas pestañas de lo más alucinante eran tan largas más largas que las de cualquier persona que yo conozca & ahí estaban en los bordes de los párpados subiendo & bajando cuando cerrabas los ojos & los abrías o parpadeabas como parpadeamos todos miles de veces al día adonde han ido esas pestañas acaso se dañaron el sábado pasó una cosa cuando fui a Sainsbury's con mamá ella se sentó junto a la puerta mientras yo pagaba en la caja me dieron la vuelta & el recibo yo lo estrujé & lo metí en el bolsillo & me di cuenta de que desde el fondo decía estas palabras adiós hasta pronto & me dirigí hasta donde estaba mamá sentada cerca de los periódicos & me vino a la cabeza no sé por qué aquella noche muy próxima ya del fin cuando yo estaba preparándome para dormir & tú estabas en tu cama mirándome yo te veía los ojos en la oscuridad me mirabas a mí sólo a mí la mirada era no sé terrible de repente me llené de aprensión aquello me irritó era doloroso me llenó tan sencillamente como el agua llena una taza un lavabo una bañera una charca un río la cuenca de un océano o cualquier cosa donde se ponga me llenó de tal manera que apenas podía respirar me llegaba más arriba de la nariz como si yo fuera demasiado pequeña para esa profundidad Sara te acuerdas de que te dolía el estómago un día de la semana en que empezaste a trabajar en el hotel & te acuerdas de que tomaste aquella cosa de color rosa que venía en un frasco con una tacita de

plástico sobre el tapón bueno pues yo registré la mesilla que hay junto a la cama la mesilla de al lado de tu cama antes de que se la llevaran encontré la tacita eso fue la semana después de que tú & había en el fondo un poco de esa cosa rosada que no te habías bebido se había solidificado dentro de la tacita yo lo cogí con las uñas tenía exactamente la misma forma que el interior de la taza & hasta se había quedado grabado lo que estaba escrito en el fondo de la taza sólo que al revés es fantástico verdad es curioso eh ahora está en mi mesilla al fondo voy a guardarlo todo el tiempo que se conserve porque no sé si durará mucho tiene ya un aspecto como de papel el color se ha oscurecido no huele a nada pero lo toqué con la lengua tiene un sabor algo dulce es una chifladura lo sé pero no pude evitar guardarlo de alguna manera es como las cinco libras que él te debía puse las cinco libras en la mesilla también nunca las gastaré son tuyas de algún modo te representan tal vez como te representan te llamen para que vuelvas o si tú sabes que están aquí regreses a buscarlas te pertenecen aunque no vengas yo las guardaré por ti vale más que ninguna otra cosa he aplastado el billete entre dos libros Sun Signs de Linda Goodman & tu diccionario de la escuela está lleno de palabras que podrías haber buscado cuando lo miro siempre me pregunto de qué palabras necesitarías saber el significado es chocante la cantidad de palabras que hay & algunas no se han pronunciado nunca es como si yo hubiera pensado en tantas puñeteras palabras en esta habitación no nuestra mía ahora que estoy nadando en ellas ja hundiéndome más bien deben de tener varios metros de profundidad bueno quizá la cama flota sobre ellas como un barco como una barca de remos no quizá ya estoy debajo de ellas & respiro como los peces por las branquias no sabía que tal vez yo nadaba mejor de lo que pensaba ahí voy nadando bajando en picado quién necesita oxígeno soy una nadadora alucinante Dios mío quedarse despierta hasta tan tarde es mejor que las drogas algunas veces ahora voy nadando por la cubierta de la barca & la barca está debajo de la palabra que expresa agua profunda bajo millas de profundidad de todas esas palabras que no he pronunciado me pregunto si las palabras son ligeras o pesadas supongo que depende de lo que digan o de lo que no digan bueno los diccionarios sin embargo no son la hostia de ligeros precisamente verdad oh creo que eso fue un pájaro siempre

hay un pájaro que hace piar a toda la puñetera bandada no mucho antes de que llegue la mañana hasta que la mañana aparezca como la primera mañana como aquel himno de la escuela un mirlo ha hablado etcétera hablado ja ja más bien ha chillado YA HA AMANECIDO OTRA VEZ TODO EL MUNDO ARRIBA VAMOS QUE SE DESPIERTE TODO EL MUNDO cuando yo era pequeña pensaba que cuando rompía el día era como encender una luz en una habitación a oscuras pero en realidad la luz es gris apenas parece luz más bien se parece a cuando la luz desaparece creo que la mañana más alucinante que he visto en mi vida fue cuando había niebla baja la luz surgió como de costumbre pero yo no veía nada sólo niebla como si un bloque de luz a través del cual nadie viese estuviera plantado entre la ventana & el resto del mundo como si fuera ya no hubiese nada más & cuando el día llegó la niebla se desplazó yo la vi moverse como una cortina atravesando el jardín como si la barrieran era asombroso ver cómo volvía el mundo Dios mío aquella terrible noche que desapareció era temprano mucho más temprano que ahora primero sonó el teléfono & me despertó después llamaron a la puerta & yo me levanté & me quedé en el umbral de nuestro dormitorio & allí estaban en el pasillo ya había un policía & una policía papá ya se había vestido pero la cintura del pijama le asomaba por arriba de sus pantalones de trabajo luego mamá estaba abatida contra la pared el policía estaba al lado de papá con el casco bajo el brazo papá parecía pequeño a su lado como si le hubieran herido en la espalda a mí se me encogió el corazón noté que había ocurrido algo la casa había cambiado algo había llegado a la puerta & lo había cambiado no era sólo nuestra casa era todo también en el exterior como si todas las cosas se hubieran hecho añicos & luego alguien las hubiera unido con pegamento pero desordenadamente & nosotros estábamos en la entrada de la casa había luz fuera nadie se movía en el pasillo la puñetera luz del día llegó de todos modos como siempre

& como ha sido bueno desde entonces tener razones para levantarse & desayunar & más de lo mismo & otro día más

& como el desayuno puede realmente he olvidado cómo es de verdad un buen sabor & un buen olor

& como tú Sara olías a agua especialmente limpia & ahora no eres más que aire ni siquiera eres aire ya no sé qué eres

& como cuando tú ponías la mesa al volver del colegio golpeabas el aparador con el borde de los cuchillos siguiendo el ritmo de lo que sonara por la radio o lo que hubiera en televisión

& como yo tengo la foto de nosotras en Navidad del año pasado que está en la mesilla debajo del diccionario él no la encontrará ninguno de los dos la encontrará a que no así que ella tampoco se disgustará es perfecto tenerla allí

& como tú te reirías a propósito del aspirador & el pañuelo & la cosa de color rosa de la taza yo sé que te reirías

& como hubo un día en que me tiraste muy fuerte del pelo

& como tú te metiste en líos cuando mamá me cepilló el pelo & se desprendió un mechón muy grande con el cepillo

& como no ha vuelto a crecer normalmente desde entonces

& como tú podías decir más palabrotas que nadie

& como me llenaste el brazo de moratones cuando te dije lo de las palabrotas

& como yo fui a Bourne el primer día con mi blazer nuevo & todas aquellas chicas de tu curso tus amigas me rodearon en la puerta de atrás preguntando si yo era tu hermanita no sé si tú sabías que ellas lo habían hecho

& como yo siempre me lo sabré de memoria no se me olvidará el sonido de tu respiración en la oscuridad

& como aquella noche cuando yo tenía once años & sonó por la radio esa vieja canción sobre la carretera larga & sinuosa & por algún motivo no sé por qué me dio miedo de que la tierra estuviese llena de muertos hasta la tierra de alrededor de las flores en el jardín aunque no dije nada yo estaba en la cama tú estabas en la otra preguntaste qué pasa estás asustada tú lo supiste sin que yo tuviera que decir nada fuiste a la cocina & preparaste tostadas & las trajiste & yo me metí en tu cama nos las comimos & me quedé dormida contigo me desperté a la mañana siguiente & el plato estaba todavía sobre la cama sobre las mantas & había migas en él eso era la prueba de lo que había pasado

& como tú podías contener el aliento tanto tiempo bajo el agua

& como tú eras capaz de andar sobre ella me refiero al agua porque aquella vez que no había casi nadie en la piscina yo estaba en las gradas por encima de ti tú dabas pasos por el agua en lo más hondo yo me quedé admirada me acuerdo que me preguntaba cómo

es posible que ella pueda hacer eso mantenerse en la superficie del agua así como la cosa más natural del mundo cómo es que puede flotar así de fácilmente sobre nada

& como quizá ahora puedas andar por el aire también

& como yo sé que dondequiera que te encuentres ahora cuidarás de nosotros de mí & mamá & papá

& como tú estuviste allí con toda seguridad estuviste allí todas aquellas veces en la piscina yo te vi yo puedo verte ahora subida en el trampolín más alto muy arriba mucho más alta que las gradas así que todos levantábamos la vista hacia ti que mirabas abajo al agua hay siempre un momento antes de saltar en que esperas una fracción de segundo parece que no quisieras tirarte que pudieras volverte atrás si quisieras como diciendo qué pasa qué necesidad hay de hacerlo & entonces a pesar de eso tú siempre te lanzabas dabas un paso adelante hacías oscilar el trampolín abajo & arriba extendías los brazos & ya estabas cayendo en el aire era siempre tan alucinante tú atravesabas el aire volando sin esfuerzo como si el aire se hubiera estirado tan bella como no sé qué como un pez como un cuchillo caliente entre mantequilla como tú simplemente sumergiéndote en el agua como siempre

& como al final cuando te metiste & caíste con piernas y brazos por lo que yo sé yo sé boca abajo atascada yo lo sé & entonces todo acabó todos tus récords de natación se han completado escucha Sara aunque no pudieras aunque no pudieras moverte aunque no pudieras hacer nada al respecto escúchame fuiste rápida fuiste muy muy rápida yo lo sé porque fui allí esta noche a verlo estuve allí & tú fuiste tan rápida que todavía no puedo creerlo menos de cuatro segundos bajaste de cuatro tres y un poco ése fue el tiempo que empleaste yo lo sé yo lo conté por ti

presente

Por la mañana.

El jardín está húmedo después de la lluvia de anoche. Es invierno, y queda más invierno por venir; el lugar está deteriorado ya con los residuos de todo el año y faltan aún otros tres meses para que todo muera y se empiece a vislumbrar la primavera.

El árbol está adornado de rojos y amarillos, pequeñas manzanas no comestibles arañadas o caídas. De cualquier modo, en el árbol o en el suelo, esperan las heladas. Quedan algunas hojas en las ramas pero las nuevas debajo de ellas, bien encerradas, van avanzando persistentes. El lilo está desnudo. El ruibarbo se ha plegado y metido bajo tierra. Dos de sus enormes hojas de verano, colocadas sobre la segadora de césped para protegerla de la lluvia, están pegadas y pudriéndose sobre el metal de las cuchillas y el armazón. La nueva hierba parece quemada donde el frío ha dejado su marca. La forsitia es una maraña de ramas muertas. Pero el pelargonio sigue floreciendo. Las caléndulas están floreciendo. Las margaritas y las campánulas al final están floreciendo. La jara no ha dejado de florecer. Hay pequeñas moscas suspendidas en el aire, recientes y osadas. La altamisa está verde. El cerastium está verde. La franja de las fresas todavía da algún que otro fruto verde bajo las hojas del borde pese a lo avanzado de la estación. Los pájaros las picotean si las encuentran, hay aún muchos pájaros en el cielo, en el jardín, en la gradual desnudez de las ramas.

Por la mañana. Algunos fantasmas andan ya por ahí.

Una bolsa de Marks & Spencer enganchada por el viento en una cerca puede convocar a los espíritus de un millar de señoras de mediana edad a entretenerse alrededor de jerséis y chaquetas de punto una vez más, dando vueltas por las secciones de moda de tiendas no abiertas aún, suspirando por pasar los dedos por la lana

de las mangas de las nuevas líneas de invierno si les fuera posible, abrazar la ropa contra sí otra vez y aspirar el aroma de lo nuevo, los fantasmas de sus maridos esperando junto a la puerta, con los brazos cruzados, aburridos, eternamente impacientes.

Arriba en el norte, en una calle de una ciudad de las brumosas y frías Highlands, el espíritu de la señora M. Reid ha vuelto y está delante de la que fue su tienda, donde vendía azucarillos, barritas de caramelo a rayas, chicle, regaliz, tabletas de menta, pastillas en forma de rombo, figuritas de chocolate, dulces nuevos industriales, tofes hechos por ella en la parte de atrás de su local, donde ahora hay un cuadrado de asfalto para aparcar. Tantas cosas estropea-dentaduras expuestas en frascos y vendidas aquí a tanta gente durante tantos años; el embolsado, el pesado, el empaquetado, el recibo del dinero. Ayer dos hombres desprendieron el letrero de la fachada de la papelería Keith's porque la papelería Keith's va a contar con un letrero diseñado recientemente, y debajo en la fachada de la tienda el letrero original está allí todavía y esto es lo que dice, lo que ha dicho durante diecisiete años, lo que dice oculto bajo todos los otros letreros que ha habido durante un siglo desde que la señora Reid lo mandó pintar y abrió la tienda tras la muerte de su marido, un hombre que le había prohibido abrir una tienda porque eso le avergonzaría, un hombre que a ella no le gustaba demasiado, un hombre sobre cuya muerte los habitantes del pueblo, los domingos en la iglesia, mientras chupaban las pastillas de menta que ella vendía, comentaban el rumor, que ellos mismos habían creado, de que era obra de ella, con chocolate caliente preparado a la manera extranjera, deshaciéndolo en cuadraditos, y al que añadió matarratas; nada de lo cual le preocupa ahora, con su nombre, imponente y escrito al estilo *fin de siècle* con una pintura aún sin decolorar, que ha vuelto a su establecimiento un día más: Confitería M. Reid.

En el sur, al otro lado de la línea que separa Escocia de Inglaterra, huyendo de las hordas de seculares espectros de guerreros del norte, soliviantados por la ira, enseñando sus heridas y blandiendo sus escudos de guerra, el espíritu de Diana, Princesa de Gales, fantasma famoso y de casa real, fantasma de una rosa, fantasma en un millón de atónitos cuartos de estar, fantasma presente otra vez en las páginas del *Daily Mail* de esta mañana, que

sigue vendiendo ejemplares a fuerza de infundirle una vida que cada vez está más agotada, sonríe dulce y tímidamente, como una niña, con su diadema, su chaqueta de amazona, un niño en los brazos, un ramo de flores, mirando de soslayo con una encantadora modestia, saludando desde una carroza; dentro de unas horas, bien entrada la mañana, flotará, con su aire compasivo y los ojos tan tristes, sobre los chirriantes expositores de postales de los quioscos y oficinas de correos, sobre todos los paños de cocina, tazas, bandejas y posavasos adornados con su atractivo rostro lleno de gracia en tantas tiendas de recuerdos de la Inglaterra de cambio de siglo.

Más al sur, en la ciudad brumosa, el ánima borrosa de Solomon Pavy, el niño actor que murió con apenas trece años hace casi cuatrocientos, en el verano de 1602, resentida por la interrupción de su sueño y quedar flotando cada vez que alguien lee el poema que Ben Jonson escribió en su memoria, quien le conoció cuando él era el Niño de las Fiestas de la Reina, deambula por el reconstruido Globe Theatre, muy parecido a como fue aunque ni mucho menos tan bueno ni tan sucio. La pura esencia del niño vaga entre bastidores y galerías. El teatro está cerrado hasta la próxima temporada. Es demasiado temprano para que haya gente en el restaurante o en el salón enmoquetado de la entrada. Este año se han representado muchas obras de diferentes autores del Renacimiento, aunque Solomon Pavy (a pesar del desconsolado poema de Jonson que le privó del legítimo y sosegante olvido) prefirió a Will, que escribió *La Comedia de los Errores* antes de que él naciera, el asesinato de César cuando todavía vivía, y Cleopatra, después de su muerte, para su eterno pesar, el chico que sólo representó papeles de hombres mayores, que nunca llegó a saber qué Julieta habría hecho él si hubiera alcanzado la mocedad, pero qué importa Julieta al lado de Cleopatra —oh, dichoso caballo, que llevas el peso de Marco Antonio— mientras cruza, con su voz aguda y silencioso, el escenario de madera, sale de un solo impulso por encima del muro al espacio desierto y planea junto al río sobre las cabezas de la gente que se ha levantado temprano para ir a trabajar o de la que vuelve a casa del trabajo y camina cansinamente por el camino nuevo de la orilla. Y un poco más adelante siguiendo el curso del río, turbio e ininterrumpido, en el emplazamiento de la

Cúpula del Milenio, célebre monumento a lo efímero, cuyas tripas acampanadas se llenan de pánico, arrogancia, retórica y aire a medida que se acerca el año nuevo, la caída de una cuerda desde el techo al suelo hace volver durante un momento a los fantasmas de los estrangulados que encontraron la muerte en la horca que se levantaba allí mucho antes que ninguna Cúpula, que se balancean delante de los adormilados vigilantes nocturnos, pasan a través de las vallas electrificadas, mientras las cámaras de seguridad los graban, ausentes.

En algún sitio al norte o al sur del país, en cualquier ciudad (para ser más precisos digamos que la ciudad a la que están vinculados tan vagamente lo sustancial y lo nimio de este libro), el fantasma de Dusty Springfield, famosa cantante de los años sesenta, se eleva, firme y derrotado, decidido y vacilante, desde la ventana abierta de una casa al final de Short Street. Va por las calles, los jardines, la zona industrial y el vertedero, el negro canal con sus fétidas orillas, la piscina y el hotel, con sus primitivas y destartaladas habitaciones, hasta el cielo, quedando en la ciudad sólo una voz tan tenue que se va perdiendo, que ya no se oye. Lo que no quiere decir que no esté ahí; de vuelta en Short Street no hay ninguna duda La Mirada del Amor, está en tus ojos, una mirada que tu corazón no puede disimular; lleva el pelo cardado, los ojos pintados con kohl, es joven y mueve los brazos como si abrazara algo, y luego como si tirase ese algo o se le escapara; una mirada que dice mucho más de lo que las palabras pueden decir nunca; una mirada que el tiempo no puede borrar; ella le dice a todo el que escucha, a cualquiera que oiga, que ha esperado, cuánto ha esperado, y los vecinos de Short Street y alrededores, que se despiertan la mayoría de los días laborables a las siete de la mañana por culpa del volumen de la canción que sale del número 14 de Short Street, están en la cama tapándose la cabeza con la almohada, frunciendo el ceño mientras toman un café tempranero preparado demasiado deprisa, muy flojo o muy fuerte, soltando improperios a través de las paredes del dormitorio, dejando mensajes telefónicos en el número de atención al ciudadano del Ayuntamiento, mirando indignados por la ventana o la puerta en la dirección del ruido, escuchando con mal humor las noticias de las ocho de Radio 4 que se cruzan con aquella música, haciendo otra denuncia al hombre

que está a punto de terminar su turno en la comisaría de policía, cruzando la calle para llamar a la puerta del número 14 de Short Street y, si él o ella tienen la decencia de contestar, amenazar a la persona en cuestión con una paliza, otra vez, durmiendo a pesar de todo, o escuchando, incluso cantando al mismo tiempo con el espíritu de Dusty, que prácticamente se ha desvanecido ya y cuya melodía está ya en el débil crescendo final, cuando dice *no te vayas nunca*, cuando los tres minutos treinta segundos de canción (y tras ella todas las canciones de dos minutos, de tres minutos que ha habido sobre idas y venidas, triunfos y derrotas, los eternos ciclos del amor y las nimiedades de la vida) terminan, como si descendieran sobre las alas grises y extendidas de una paloma que va a posarse a un jardín en las ramas todavía húmedas del manzano silvestre, suave, inexorablemente, hasta el fin.

Por la mañana. La señora que limpia los escalones todos los días y el pavimento del exterior, donde está la palabra *Global* formada con losetas, ha vaciado el cubo y lo ha guardado con la fregona en el armario de las cosas de limpieza. Hace unas horas que se ha ido a casa. La palabra *Global* aún está limpia; no ha pisado mucha gente por encima todavía.

Las cajeras del supermercado están desayunando vestidas ya con su ropa de trabajo en casas repartidas por toda la ciudad (excepto las que trabajan a tiempo parcial y las que tienen el día libre, muchas de las cuales aún están durmiendo en sus camas o preparando los desayunos para niños y hombres).

La gente que compró ayer sus medicinas en la Farmacia Boots se siente mejor, peor o igual. Algunos tienen catarro. Otros, infecciones. A otros no les pasa nada. Algunos están somnolientos y no deberían manejar ninguna máquina hoy. Algunos tienen fiebre que sube o que baja. Algunos se han curado mientras dormían y se despertarán recuperados. Algunos se han dado cuenta, o se darán cuenta cuando despierten, de que tomar las medicinas no ha influido absolutamente nada en cómo se encuentran.

Las personas que hacían cola ayer en la puerta del cine para ver una película están o despiertas o dormidas. Sólo un pequeño porcentaje de ellas recuerda haber visto la película.

La profesora de la autoescuela está bebiendo Horlicks para desayunar; la cafeína la pone nerviosa. Piensa en la impresión del

contacto con el aprendiz de conductor dentro de ella. Su marido está haciéndose un lío con la corbata. Ella sonríe y responde a sus preguntas, acordándose de la presión del chico por debajo de su ropa en el coche.

El aprendiz de conductor está despierto en la cama repasando las lecciones que ha recibido hasta el momento. ¿Es buena la profesora?, le preguntó su madre anoche (su madre le paga las clases). Sí, dijo él. Y se ruborizó. Es una profesora muy buena, dijo, dice que muy pronto ya no necesitaré mandos dobles y que con el número justo de clases aprobaré fácilmente. Tiene contratadas otras diez clases. Se pregunta qué más va a aprender.

La encargada de la cafetería espera en medio de la calma que precede al ajetreo de todas las mañanas. Se ha preparado un bocadillo de beicon y está leyendo el periódico de hoy. La historia va de pervertidos otra vez; no es tan buena como la de ayer, sobre gente devorada por tiburones. Pero la afirma en sus principios morales y eso le hace sentirse limpia.

El hombre cuyo hijo se marchó ayer en coche, mientras él le despedía con la mano desde la acera, está mirando por la ventana trasera hacia su jardín. Ha puesto bolsas con frutos secos para los pájaros. Le encantan los pájaros de invierno. Hay un pinzón. Hay otro pinzón.

El hombre que ayer se enfadó en la parada del autobús con dos amantes que se toqueteaban está pidiéndole ayuda a su mujer para colocarse la corbata. Ven acá, dice ella, y se la quita de las manos y se la pasa alrededor del cuello, hace un nudo, por arriba, por debajo, tensada, lista. Ella le da un beso en la mejilla. Él se dirige al hall y se mira en el espejo; está irritado, aunque no sabe por qué. Abre la puerta y dice adiós en un tono muy alto.

Los amantes borrachos de ayer de la parada del autobús están en la cama. Él intenta dormir un poco más, pero el martilleo de la resaca le hace abrir los ojos cada vez que los cierra. Ella está despierta, soltando la ceniza de un cigarrillo en una taza. Sonríe al hombre; adormilado, él le devuelve la sonrisa.

El albañil está sentado en un tablón que sobresale del ático de un edificio de tres pisos. Está a punto de despertar con el taladro a todas las personas que duerman todavía en las casas cercanas. De todas formas, ya es hora de que se levanten. Alguien, una chica,

pasa en una bicicleta. Él la saluda con la mano. No la conoce. Ella a él tampoco. Le devuelve el saludo. Buenos días, encanto, dice él. Está muy animado. Deja el taladro, pasea la mirada por el vecindario y empieza a silbar una canción que aprendió de pequeño.

La mujer que ayer iba caminando dificultosamente por la calle abre uno de los aparatosos objetos que llevaba entonces. Es un recipiente de plástico con zumo de naranja tan grande como la mitad superior de su cuerpo. Cuanta más cantidad compres, más barato es. Mantiene el equilibrio sujetando el recipiente contra ella y llena cuatro vasos. Los pone en la mesa de la cocina, uno delante de cada niño.

La mujer gorda que no cabía en el vestuario de la piscina se encuentra en la cama. Está leyendo un libro y comiendo un plátano. El gato se ha hecho un nido entre los pliegues de su estómago. Se ha pasado el último cuarto de hora lamiéndose y aseándose y ahora ronronea a la mujer con los ojos llenos de amor.

La chica que trabaja en la relojería acaba de salir de la ducha; seca ya, se ha sentado a los pies de la cama. El pelo le cae sobre la cara. Se lo coloca detrás de las orejas. Se abrocha la correa del reloj en la muñeca. No es el suyo. Pertenece a otra persona, una cliente. Una chica lo llevó en verano y no ha vuelto todavía a recogerlo. Es un reloj muy bonito; hay cientos como ése, todos iguales, pero la correa de éste está suavizada por el uso de modo que tiene un tacto muy agradable y va perfectamente desde que lo arreglaron. Cuando vuelva a buscarlo, la chica que trabaja detrás del mostrador le dirá: Hola, aquí lo tiene. Me preguntaba cuándo se pasaría a recogerlo. No me parecía que fuese a desprenderse de él. Es un reloj muy bonito. Seguro que no le importa, piensa la chica todas las mañanas cuando se lo pone. *S. Wilby*, dice en el paquete que hay en el cajón; la chica lo buscó en los cajones cuando el señor Michaels se marchó a un congreso de ventas, lo encontró, lo abrió, sacó el reloj y lo miró. Durante un montón de semanas había estado guardado en el cajón de los relojes reparados, cada uno en su paquete y todos con su tictac. *S. Wilby. 27,90 libras. Agua en el mecanismo*. Veintiocho libras, un coste bastante alto para un reloj como éste. Lo tachó en el libro de registro y puso las palabras *sin recoger* al lado, lo borró en el ordenador, dobló la factura y se la guardó en el bolsillo. Se quitó

su reloj. Se colocó el otro en la muñeca. La hebilla se ajustó donde siempre lo había hecho. Ella y S. Wilby tenían las muñecas de un tamaño similar.

La chica que trabaja en la relojería nunca había hecho nada parecido con el reloj de otra persona. Ella misma está sorprendida. S. Wilby estuvo a la puerta de la tienda varios días, tímida y apocada, discreta, misteriosa, mirando al suelo todo el tiempo. Ella fingía no ver a S. Wilby. No sabe por qué hacía eso. Parecía lo correcto. No estaba preparada. No era el momento oportuno. Resultaba violento. Resulta violento todavía cuando piensa en ello, y siente un cosquilleo en el pecho o algo parecido que se remueve, que la oprime, que se agita.

La chica que trabaja en la relojería ha buscado todos los Wilby en la guía telefónica y ha anotado los números. Uno de estos días se va a armar de valor y va a llamar a todos, uno por uno, para preguntar si hay alguna S. Wilby que haya dejado un reloj para arreglar.

En la cocina se sirve cereales en un tazón, y luego leche. Su madre está trabajando. Su hermano no se ha levantado todavía. Coge una cuchara del escurridor. Mira la esfera del reloj. Casi las ocho. Tendrá que ir andando al trabajo, él aún no se ha levantado. Saldrá dentro de un cuarto de hora si no quiere llegar tarde.

Todas las mañanas lo piensa cuando se pone el reloj. Será hoy. Ella apoyará las manos en el mostrador y dirá: Vengo a recoger un reloj a nombre de Wilby. La chica de la relojería le enseñará el reloj que lleva en su propia muñeca. Espero que no le importe, le dirá. Me encanta.

Termina el desayuno y mira la hora. Saldrá dentro de cinco minutos. Se queda mirando al jardín desde la ventana.

Marcha perfectamente, ¿sabes?, tiene intención de decir. Y mira, no te costará nada. Corre de mi cuenta.

Por la mañana. Se posa un pájaro. Luego otro. El árbol tiembla ligeramente. Unas gotas de agua saltan de las ramas y caen, una parodia de lluvia en miniatura.

recordad
que
tenéis
que
vivir

recordad
que
lo
importante
es
amar

lo
demás,
bruma,
hojas…

Uyyyy-
yyyyyyy
yy
y

ALI SMITH nació en Inverness (Escocia) en 1962 y vive en Cambridge. Su primer libro de cuentos, *Free Love*, ganó el Satire First Book Award y el Scottish Arts Council Award en 1995. Su primera novela, *Like*, apareció en 1997 y su segundo libro de cuentos, *Other Stories and Other Stories*, en 1999. A la fecha ha publicado cuatro libros de relatos y siete novelas, de las que sólo dos se han traducido al castellano —Hotel World (2004) y Accidental (2007)—. Su obra ha recibido los mejores elogios de la crítica y los lectores, y se caracteriza por una enorme frescura y originalidad, además de por una excepcional perspicacia para encontrar los detalles cotidianos capaces de sorprendernos. Colabora con *The Times Literary Supplement*. Por *Hotel World*, finalista del Booker Prize, recibió el Premio Encore.

Notas

[1] La autora usa la expresión *to show somebody the ropes*, que significa «enseñar a alguien el funcionamiento de algo en particular». En otros momentos la expresión está usada en su sentido literal, que sería «enseñar a alguien las cuerdas». (*N. de las T.*) <<

[2] Juego de palabras con el nombre del personaje, Else, y *what else*, «qué más», y *who else*, «quién más». (*N. de las T*) < <

[3] *No strings*, «sin condiciones». *String* significa también «cuerda», sentido en el que se utilizará más adelante. (*N. de las T.*) <<

[4] *Salads*, «ensaladas»; *pie*, «empanada». (*N. de las T.*) < <

[5] *Salad*, «ensalada»; *spies*, «espías». (*N. de las T.*) < <

[6] Juego con el nombre del personaje, Else, y *something else*, «algo más», «otra cosa». (*N. de las T.*) <<

[7] La palabra que utiliza la autora es *well,* que significa «bien» y «pozo», de ahí el juego de significados. (*N. de las T.*) < <

[8] *Unwell* significa «mal», «enfermo», en fiases como *to be unwell, to feel unwell,* «estar mal, indispuesto», «sentirse enfermo». También, de alguna manera, sería lo contrario de *well* en el sentido de «pozo». (*N. de las T*) <<

[9] En inglés «estar acostado» y «mentir» son iguales en el infinitivo y en el gerundio (*to lie, lying*). La autora está jugando aquí con el doble significado de la palabra *lying*. (*N. de las T.*) <<